

UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO

Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales
Licenciatura en Ciencia Política



***Del amor al odio. La revista Primera Plana y el
onganiato (1966-1970)***

Alumno: Ezequiel Román Berlochi

Directora: Dra. Alicia Megías

Rosario
Septiembre de 2013

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	3
PRIMERA PARTE.....	13
CONTEXTO POLÍTICO. LA ARGENTINA ENTRE 1955 Y 1970.....	13
1- LA POLÍTICA ARGENTINA ENTRE 1955-1966.....	13
2- EL ONGANIATO (1966-1970).....	28
SEGUNDA PARTE	45
<i>PRIMERA PLANA: NUEVO PERIODISMO, MODERNIZACIÓN Y GOLPISMO</i>	45
1- UNA NUEVA FORMA DE HACER PERIODISMO	45
2- DESESTABILIZACIÓN Y GOLPE.....	49
3- MEDIOS DE COMUNICACIÓN Y OPINIÓN PÚBLICA	61
TERCERA PARTE	66
UNA RELACIÓN TURBULENTA. <i>PRIMERA PLANA</i> Y EL <i>ONGANIATO</i> (1966-1970).....	66
1- PRIMERA ETAPA: PRIMERAS FRICCIONES (JULIO 1966-ENERO 1967).....	66
2- SEGUNDA ETAPA. TENSIONES Y RECOMPOSICIÓN DE LA RELACIÓN (FEBRERO 1967- JUNIO 1968).81	
3- TERCERA ETAPA: CRISIS Y RUPTURA FINAL (JULIO 1968- JUNIO 1970).....	97
CONCLUSIÓN	120
BIBLIOGRAFÍA.....	124

INTRODUCCIÓN

La década de los `60 representó en nuestro país una compleja variedad de problemas, especialmente desde lo cultural, pero también desde lo político y social. Es una década marcada por la proscripción del peronismo y el inicio de la intervención de la juventud en política. De igual manera, es una época en donde la política local se subordina al conflicto Este-Oeste, en el marco de la Doctrina de Seguridad Nacional, donde todo movimiento social y contestatario al orden establecido, fue visto como un avance de la “amenaza roja”. También fue la década en la que aparecen los grandes semanarios y con ellos, una nueva manera de percibir la realidad. Y en 1962, nació *Primera Plana*, una de las publicaciones más importantes e influyentes de la historia argentina, cuyo destacado papel en la desestabilización y posterior derrocamiento al gobierno de Arturo Illia, es bien conocida. Ahora bien, lo que nos proponemos llevar a cabo en el presente trabajo es analizarla revista *Primera Plana*, durante el período de gobierno del general Juan Carlos Onganía (1966-1970).

Creemos importante estudiar la función que ocupó *Primera Plana*, durante la etapa del *onganiato*, ya que si bien durante el periodo anterior la revista habría brindado un incondicional apoyo a Onganía, perfilándolo como el líder que necesitaba el país para salir de una vez por todas de la profunda crisis en que se hallaba, pero una vez en el poder, la relación entre el semanario y el gobierno de facto no habría sido tan “estrecha” como era de esperarse. Por lo tanto, lo que trataremos de averiguar, es cuál fue el rol que jugó el semanario durante la primera etapa de la Revolución Argentina y cómo fue la relación entre *Primera Plana* y Onganía, una vez este en el poder.

De hecho, consideramos que si bien en un primer momento, la revista apoyó la figura de Onganía, dicho apoyo se diluyó con el tiempo, a medida que el gobierno de Onganía fue incapaz de mantener sus dos objetivos básicos: la instauración del orden y la modernización económica. A la vez, se registra un cambio en la postura del semanario, en gran medida ocasionado por las divisiones internas al interior del régimen, entre paternalistas y liberales, por lo que la revista adoptó una posición cercana a estos últimos, ocasionando problemas con la corriente paternalista encabezada por Onganía.

De igual manera, nos proponemos contribuir a la ampliación del conocimiento sobre el rol político que tuvo una de las publicaciones más importantes de la Argentina,

durante una etapa sumamente conflictiva en la historia del país. Si bien ya se han realizado trabajos muy importantes sobre este tema, estos se han ocupado de estudiar la actuación de *Primera Plana*, especialmente en la desestabilización del gobierno radical de Arturo Illia y en la formación de la imagen de Onganía, dejando bacante el estudio del rol o la posición de la misma durante la primera etapa de la Revolución Argentina.

En este sentido, los principales aportes con los que esperamos realizar, estarían orientados a enriquecer la bibliografía existente sobre la cuestión, haciendo hincapié en lo acontecido durante el período 1966-1970. A su vez, nuestra investigación tendría como principal beneficiario a la comunidad académica, especializada en temas de historia y ciencia política.

Pero antes de adentrarnos en el tema, consideramos necesario realizar una breve exposición sobre el estado de la cuestión. Para ello, podemos realizar una división entre aquellos trabajos que estudian los aspectos políticos y económicos de la Revolución Argentina y aquellos que analizan el rol de la prensa escrita en el derrocamiento de Arturo Illia y que posibilitaron el ascenso de Onganía al poder. Hemos optado por esta división, dado que consideramos que estos son los dos ejes principales por los que discurrirá nuestro trabajo, es decir la función de una de las principales publicaciones que apoyó a la figura de Onganía, desprestigiando la gestión del gobierno radical y a la propia figura presidencial, a la vez que impulsó los lineamientos para la instauración de un nuevo tipo de gobierno, que se abocara a garantizar el orden y generara una política económica orientada a los intereses de la gran burguesía.

Con respecto al primer conjunto de trabajos, debemos destacar la clásica obra de Guillermo O'Donnell, *El estado burocrático autoritario*, donde el autor realiza un detallado análisis del estado burocrático autoritario del período 1966-1973, tomando en consideración la política económica llevada a cabo por la gestión del ministro de economía Adalberto Krieger Vasena (1967-1969), que estuvo orientada a garantizar la acumulación de capital de la gran burguesía, en detrimento de la clase trabajadora y de la clase media, como así también, de la burguesía agraria pampeana.

El trabajo de O'Donnell, se orienta a describir la forma de gobierno denominada como Estado burocrático autoritario (BA), del cual dice, es un determinado Estado propio de una sociedad capitalista, cuyo principal objetivo es garantizar el desarrollo económico de la gran burguesía. En este sentido, para el autor, antes de la implementación del BA, la situación económica que presentaba el país en donde se

instauraría esta forma de gobierno distaba mucho de satisfacer los principales intereses de los sectores más pujantes de la sociedad.

De este modo, la situación económica imperante antes de la puesta en marcha del BA, se destacaba por presentar fluctuaciones en el crecimiento agregado del producto y de las principales ramas de la economía, alta inflación, déficit de la balanza de pagos, falta de inversión directa a largo plazo y de inversión privada y un fuerte déficit fiscal; a lo que se le agregaba una situación política inestable, caracterizada por el vacío político, fuerte deslegitimación política y una creciente violencia. Esto estaba vinculado a la emergencia de un sector popular

concentrado en grandes centros urbanos, que abarcaban a una clase obrera a la que los concomitantes procesos de extensión de la industria habían hecho numerosa y geográficamente concentrada. Invocando como pueblo y portador de demandas de justicia sustantiva, ese sector popular urbano continuó interviniendo, con creciente voz y peso propios, en una escena política en la que se planteaban conflictos de resignación de recursos que el escaso o errático crecimiento económico, combinado con una alta inflación, tendía a exasperar. Esto realimentó la activación política del sector popular, al tiempo que acentuaba las oscilaciones de la economía (O'Donnell, 2009: 46).

En ese contexto es que el BA tratará de sanear la economía mediante las clásicas recetas liberales y de disciplinar a un sector popular, cada vez más contestatario. Con respecto al primer objetivo, el mismo será llevado a cabo mediante la gestión de técnicos apolíticos, que tenderán a ver la economía como algo separado de la política, mientras que la instauración del orden se realizará por medio de un recrudescimiento del aparato represivo.

A su vez, O'Donnell realiza una brillante descripción sobre las divisiones internas del modelo impuesto en la Argentina, haciendo especial énfasis en la división entre paternalistas y liberales, cuya división original se plasma en las distintas facciones al interior de las fuerzas armadas y cómo estas fueron adaptando sus intereses en la negociación con diversos actores, tales como los grupos empresarios, los sindicatos y, en especial, con el peronismo proscripto. En gran medida, el éxito y posterior fracaso del BA, debe entenderse a la luz de estas pujas de poder al interior del elenco gobernante, durante el periodo 66-73.

Otro trabajo importante que hay que considerar, es el estudio realizado por Alain Rouquié, *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, donde se detalla la

intromisión de las Fuerzas Armadas en la política argentina, en relación al contexto internacional de la Guerra Fría y en la lucha contra la subversión interna, como así también, la relación entre los militares y los principales actores políticos del país. Sobre este aspecto, cobran especial relevancia dos trabajos del sociólogo Ernesto López (1985 y 1987), quien trabaja en detalle la evolución de las doctrinas militares argentinas y su relación con el contexto internacional.

En cuanto a los trabajos existentes sobre la revista *Primera Plana*, entre los más relevantes estudios publicados sobre la misma, se destaca la obra de Daniel Mazzei (1997a), en la que analiza pormenorizadamente el rol que ocupó la revista en la desestabilización y posterior derrocamiento del gobierno de Arturo Illia. El objetivo central del trabajo de Mazzei es responder a una serie de interrogantes sobre las técnicas de persuasión que utilizó la prensa, para de ese modo, crear un clima favorable al golpe y a quienes iba dirigido ese mensaje.

La principal hipótesis del autor es que la causa del golpe de estado no era el posible triunfo peronista en las elecciones a celebrarse en 1967, sino que el mismo

estuvo impulsado por una facción que nucleaba a un conglomerado heterogéneo de grupos, caracterizados por lo débil y efímero de los lazos que unían a sus integrantes (...). Por un lado estaban los golpistas antisistema, para quienes se había alcanzado un “consenso de terminación”. Consideraban que debía terminarse con la política y la clase política tradicional. El golpe significaba, para ellos, el fin de una época y el inicio de otra marcada por un sistema corporativo. Un segundo grupo, que aceptaba la democracia liberal de la Constitución de 1853, incluía desde aquellos que sí estaban preocupados por la victoria peronista hasta los sectores económicos que se sentían perjudicados por la política intervencionista del gobierno radical del pueblo (Mazzei, 1997a: 10).

Mediante un detallado análisis de los editoriales de Mariano Grondona, el autor reconstruye el entramado que llevó a la revista a moldear la opinión pública, para que aceptara el golpe y “viera” en Onganía al único hombre capaz solucionar los problemas del país. Por otra parte, Mazzei se ocupa de discernir sobre a qué sectores sociales, estaba dirigida la revista, qué temas trataba y cuál era su tendencia ideológica en materia económica, entre otros.

Un segundo trabajo, sumamente importante y detallado, es el realizado por Miguel Ángel Taroncher Padilla en su tesis doctoral de la Universidad de Valencia,

titulada *Periodistas y presa semanal en el golpe de estado del 28 de junio de 1966: la caída de Illia y la Revolución Argentina*. Allí, Taroncher, realiza un estudio sobre la relación entre prensa y política, tomando como ejemplo el golpe de 1966. Así pues, el autor considera relevante

la investigación del rol que desempeña, en el proceso que desemboca en la quiebra institucional de 1966, un modelo específico de prensa escrita: los semanarios diseñados según las pautas del "Nuevo Periodismo", de amplia difusión entre los lectores de la clase media y alta de la Argentina, en la década del sesenta, ya que no se registran antecedentes de una intervención tan directa y activa de este tipo de prensa en el campo político nacional. Desde una perspectiva general, la investigación se inserta dentro de la historia de la prensa y de forma específica, de las publicaciones como actores políticos (2004: 15).

Entre otras cuestiones, además de analizar el caso de *Primera Plana*, estudia otros semanarios importantes y sumamente influyentes de los años `60, como *Confirmado* y *Dinámica Social*, como así también, la trayectoria de algunos de los más relevantes formadores de opinión de la época como Mariano Grondona, Bernardo Neustadt y Mariano Montemayor. Por otra parte, el trabajo de Taroncher establece que los sectores que planificaron el golpe supieron aprovechar las ventajas que ofrecía la comunicación masiva mediante las revistas de actualidad, cuyo *boom* fueron los años `60, para instaurar en el colectivo la idea de ineficiencia del gobierno radical y la imagen de un Onganía todo poderoso.

Teoría: En relación a las bases teóricas que sustentan la investigación, nos detendremos primeramente, en lo relacionado al rol de los medios de comunicación en política. En este sentido, consideramos que los mismos se desenvuelven en tres papeles sustantivos, en cualquier sistema político. Es así que los medios de comunicación son *eco* de lo que comunican otros actores, como por ejemplo, los ciudadanos, los políticos, los partidos, entre otros. También pueden desempeñarse como *comparsas* de otros actores, pasando a secundar activamente a quienes apoyan o critican a actores estatales, representantes de las instituciones y formadores de políticas. Y en último lugar, los medios ejercen el papel de *protagonistas*, cuando desarrollan una estrategia propia para promover una determinada política o candidato.

Entendemos, al igual que Flavia Freidenberg, que los medios de comunicación

actúan como actores políticos, en el sentido de formar parte del triángulo que permite a los ciudadanos obtener información

política y, al mismo tiempo, ejercer control o vigilancia sobre las instituciones; son productores culturales; y, finalmente, se comportan como instituciones que hacen políticas públicas o influyen en el proceso de elaboración y/o control de las mismas (2004: 3).

Definido el papel político de los medios, podemos pasar a las teorías que intentan explicar los efectos de los medios en la ciudadanía, especialmente en lo relacionado a la formación de opinión y a la percepción de la realidad. De este modo, y como plantea Freidenberg (2004), podemos encontrar tres paradigmas que formulan distintas visiones sobre la influencia de los medios de comunicación.

El primero de ellos, es la denominada teoría de *impacto directo* o *modelo hipodérmico*. El mismo planteaba que el receptor del mensaje, era un ser pasivo, que respondía al mensaje de forma automática, por lo que se “proponía que los medios ejercían un poder omnímodo y se postulaba que tenían la capacidad de manipular por completo a una audiencia de carácter pasivo” (Freidenberg, 2004: 5). Es partir de este lineamiento, que comienzan a desarrollarse técnicas de persuasión, poniendo el énfasis en la propaganda política.

Lo que planteaba este modelo, era que cualquier mensaje difundido por los medios, tenía un efecto de persuasión instantáneo y masivo en receptores influenciados, lo que tendía a producir efectos directos sobre el comportamiento. Ésta teoría, apuntaba a que el emisor tuviera a su disposición las herramientas necesarias para “maximizar los efectos de influencia y llevar a cabo la supuesta manipulación de los receptores” (Freidenberg, 2004: 5).

El segundo paradigma fue la teoría de la *influencia selectiva*, que planteaba que el mensaje no estaba destinado a personas aisladas y susceptibles a la influencia directa del emisor, sino que se comenzó a considerar que los receptores formaban parte de grupos y comunidades amplias, y que a su vez, eran emisores y receptores de influencia social y política. A través de estos estudios, se llega a la conclusión de que los medios ejercían una nula o muy limitada influencia en la ciudadanía, tendiendo a reforzar las actitudes y posiciones políticas que cada individuo ya tenía.

A su vez, se concluye que los individuos atienden aquella información que se le presenta, como más coherente con sus creencias anteriores, desarrollándose tres criterios que regulaban la opinión pública. La *exposición selectiva*, que planteaba la “tendencia de la audiencia a exponerse a la información más afín a las actitudes que sostiene y a

evitar los mensajes que le resulten contrarios a ellas” (Freidenberg, 2004: 6); la *percepción selectiva*, que se vinculaba con aquellos procesos que incidían en el moldeamiento del significado del mensaje recibido, adaptándose a las creencias del receptor; la *memoria selectiva*, que hacía referencia a que el receptor, memorizaba aquel mensaje, que resultaba más acorde con su pasamiento.

Finalmente, el último paradigma, es el que corresponde a las teorías de las funciones de *agenda setting*, *priming* y *framing*. La hipótesis principal de ésta etapa, se orienta a que

los medios de comunicación son capaces de generar efectos sutiles y que podrían ejercer una influencia decisiva, sobre todo en cuestiones políticas y estrechamente vinculadas con las campañas electorales, por ejemplo: contribuyendo en la construcción de imágenes de candidatos y partidos, en la relevancia atribuida a ciertos temas y cuestiones en los debates para formular la intención de voto y la decisión de voto y en la creación de un cierto clima político (Freidenberg, 2004: 7).

De este modo, los medios de comunicación incidirían sobre la opinión pública al definir los temas en los que deben centrarse la sociedad, ocultando y distorsionando otras cuestiones, al mismo tiempo que se brindan parámetros, por los cuales debe analizarse o entenderse determinado acontecimiento. Es así como los medios, presentan la información, desde tres formas distintas.

La *agenda setting*, los medios dirigen la opinión pública hacia determinados temas, que son presentados por ellos como relevantes en un momento determinado, condicionándose, de esta manera, la percepción de los individuos a la cobertura realizada por los medios. Generalmente, este tipo de influencia puede observarse en la cobertura de las campañas electorales, por lo que “se sostiene que los medios fuerzan la atención hacia determinadas cuestiones, construyen imágenes del mundo político y proponen los objetos acerca de los cuales el público debe pensar” (Freidenberg, 2004: 8). El *efecto priming*, es el segundo estilo de presentación de la información. El mismo se destaca por “activar ciertas ideas y tendencias que luego fomenten un determinado comportamiento político” (Freidenberg, 2004: 8) en el público. Al igual que la anterior, también suele utilizarse este paradigma, con fines electorales dado que al destacar una determinada noticia o tema y no otro, los medios dan criterios de elección a los ciudadanos, quienes juzgaran a los candidatos según los criterios de análisis de los medios. El último modelo es el denominado *efecto framing*, el cual hace referencia a

que los individuos necesitan esquemas de referencia, que les permitan contextualizar el mensaje. Es así como los medios provocan diferentes conclusiones en una audiencia, según la manera en que es presentada la información, influyendo sobre la percepción de las personas y las causas, responsabilidades, consecuencias y soluciones que ellas hacen sobre lo que observan.

En relación a lo anterior, adoptaremos para nuestra investigación el tercer paradigma, debido a que consideramos que es el que más se condeciría, con el rol que adoptó *Primera Plana*, en relación a la presentación de la información y del direccionamiento político que ejerció sobre la ciudadanía.

Ahora bien, sólo nos resta definir algunos términos básicos que utilizaremos a lo largo de nuestro trabajo. En primer lugar, creemos necesario definir el concepto de Estado burocrático autoritario (BA), ya que en gran medida, el tipo de discurso esgrimido por *Primera Plana*, no solamente estaba dirigido a sostener la imagen de Onganía, también se ocupó de justificar la instauración (y necesidad) de un proyecto determinado de Estado y sociedad. Para Guillermo O'Donnell (2009), las características que definen a un BA, son las siguientes: se sostiene mediante el apoyo de la gran burguesía¹; se busca la implementación del orden, mediante la subordinación del sector popular, para lograr de ese modo, la modernización del sector productivo lo que tenderá a normalizar la economía. Se impone un sistema de exclusión política del sector popular, buscando la posibilidad de instaurar, en el futuro, una determinada sociedad donde impere el "orden". Como consecuencia de la exclusión política, se suprime la idea de ciudadanía y de democracia política, a la vez que también se instituye como un sistema de exclusión económica del sector popular, debido a que promueve la acumulación de capital de la gran burguesía, a costa del mencionado sector, que progresivamente irá empobreciéndose². En lo económico, se busca la promoción para la modernización de la economía, de capital trasnacional, lo que claramente tiende a perjudicar a sectores de la burguesía local. Esto produce un "encogimiento de la nación", en el sentido de que el BA no representa a ciertos sectores de la nación, por ser considerados estos "indeseables", lo que obliga al Estado, a formar una nueva idea o visión de nación. En lo relacionado a la imposición del "orden", se produce una

¹ Definida ésta como "las facciones superiores, mono u oligopólicas, del capital privado urbano nacional o trasnacional" (O'Donnell, 2009: 59).

² Esto último, trajo aparejado conflicto entre las facciones paternalista y liberal, que compusieron el BA argentino, cuestión que será analizada en profundidad, a lo largo de nuestro trabajo.

despolitización del tratamiento de las cuestiones sociales, sometiéndose estos a un tratamiento “técnico”, al igual que la economía, que pasa a ser vista como una cuestión técnica y no política.

Otros dos importantes conceptos, que tendremos en cuenta, son los correspondientes a paternalistas y liberales. Con respecto al primero, Guillermo O’Donnell, la define como

entroncados con las corrientes tradicionalistas de la Iglesia, con un origen de pequeña clase media provinciana, admiradores de Francisco Franco, corresponden cercanamente a la “mentalidad autoritaria (...). Su visión corporativista esta surcada por imágenes organicistas, pero queda lejos de una ideología fascista gracias a un conservadorismo impregnado de paternalismo, hostil a toda movilización política e ilusionado en recuperar la “integración social” de un mítico pasado patriarcal (2009: 83-84).

Mientras que por liberales, entenderemos a todos aquellos que tejieron lazos con la gran burguesía y el capital transnacional, que buscan la instauración de una “verdadera democracia” alejada de las tendencias demagógicas del período anterior, es decir, del peronismo. Para ellos, orden es sinónimo de estabilidad económica.

En síntesis, la investigación que nos proponemos pretende explicar, por qué se fue deteriorando la relación entre la revista *Primera Plana* y el gobierno de Onganía, que en un principio, como ya hemos mencionado anteriormente, fue “cordial” hasta el punto en que Onganía no habría logrado posicionarse por encima de otros “candidatos” a encabezar el golpe de 1966. Sin la ayuda brindada por la publicación; entorno a la creación de su imagen como líder distinguido, no se habría podido legitimar su figura ante la población. Por tal motivo, nuestro trabajo se orientará hacia una investigación de tipo explicativa.

La misma se realizará mediante el análisis de los editoriales políticos y económicos de *Primera Plana*, durante el período 1966-1970; y de las principales notas y artículos especiales sobre política y economía, publicados en la revista, durante el citado período. Cabe destacar que haremos especial énfasis en las notas que cubrieron los principales acontecimientos políticos y las principales políticas llevadas a cabo por el gobierno.

Hemos dividido nuestra investigación en tres partes. En la primera, haremos un breve racconto del acontecer político, económico y social de nuestro país entre 1955 y 1970; para pasar a una segunda parte, donde nos detendremos a estudiar nuestro objeto de estudio, es decir, a quien estaba dirigida, cual era su línea editorial y corriente a la que adscribía. También nos detendremos en analizar el papel que jugó durante la desestabilización y derrocamiento de Arturo Illia y haremos una acotada mención al papel de los medios de comunicación como formadores de opinión pública.

Finalmente, en la tercera y última sección, nos abocaremos a examinar los posicionamientos de la revista, durante el periodo 1966-1970, en torno al gobierno de facto. Para ellos, hemos de considerar los editoriales políticos y económicos y las notas centrales de la revista, durante el mencionado ciclo, habiendo relevado un total de 155 ejemplares de *Primera Plana* y 41 números de *Periscopio*, revista que reemplazó a la primera luego de su clausura en agosto de 1969.

En una nota más personal, quiero agradecer a todos aquellos que me brindaron su apoyo incondicional a lo largo de estos años de estudios. Especial mención a mis padres, Mónica y Rubén por todo lo que hicieron por mi en este tiempo, y a quienes nunca podré terminar de agradecerles por todo. La profesora Alicia Megías, quien se desempeñara como directora de esta tesina, también merece mi mayor gratitud por su apoyo, aliento y estímulo, no sólo como directora del trabajo, sino también como profesora. A todos ellos y a quienes no he mencionado: ¡Gracias!

PRIMERA PARTE

Contexto político. La Argentina entre 1955 y 1970

1- La política argentina entre 1955-1966

La autodenominada Revolución Argentina, no puede entenderse sin antes realizar un breve paneo sobre el contexto político del periodo 1955-1966, que representó para nuestro país, una etapa cargada de tensiones y fuertes choques entre distintos actores políticos, fundamentalmente el peronismo proscrito, los sindicatos y las Fuerzas Armadas.

Dichas tensiones confluyeron en las protestas sociales (como los Rosariazo y Cordobazo) y en el surgimiento de un nuevo actor, la guerrilla, que hará su aparición con el secuestro y posterior muerte del general retirado y ex-presidente de facto Pedro Eugenio Aramburu, provocando de este modo, la caída del primer Estado burocrático autoritario.

En el presente apartado, realizaremos un breve recorrido por los principales acontecimientos políticos del periodo, a la vez que daremos cuenta de los posicionamientos de los actores más importantes e influyentes de la época.

La cuestión peronista

Sin lugar a dudas, el principal factor que atravesó la política argentina del periodo, fue el peronismo. En 1955 y luego de diez años en el poder, Juan Domingo Perón fue derrocado por un frente compuesto por sectores de las Fuerzas Armadas, aliados con sectores civiles de los partidos políticos de la oposición, la Iglesia y las burguesías rural y urbana. Dicho frente “pudo mantenerse unido durante un cierto tiempo bajo la bandera de la «democracia», que fue levantada oponiéndola al carácter dictatorial y totalitario atribuido al régimen peronista” (Cavarozzi, 2006: 16).

En relación a ello, el general Eduardo Lonardi, líder del levantamiento que culminó en el golpe de estado, asumió la presidencia provisional de la Nación, no sin generar profundas discrepancias con otros sectores golpistas, sobre todo con la facción más “dura” encabezada por la Armada. En el fondo, lo que se ponía en tela de juicio, era el proyecto político de la Revolución Libertadora. Alain Rouquié deja entrever la puja entre dos proyectos distintos: uno de corte nacionalista, encabezado por el general Lonardi. Otro, de corte liberal, defendido por la Armada y algunos oficiales del Ejército.

Con respecto al primer proyecto, dice Rouquié que

Lonardi no tenía la mentalidad de un cruzado con todo lo que ello implica en cuanto a deseo de revancha o de exterminio del adversario. Su primer discurso público como presidente provisional marcó la tónica: era tiempo de concordia y reconciliación (1994: 123).

En este sentido, Lonardi no se propuso perseguir a los sectores sociales beneficiados por las políticas del peronismo. Es más, durante su corta gestión, la CGT no fue intervenida ni disuelta, así como la Fundación Eva Perón, que continuó con sus funciones. Para el primer presidente de facto de la Revolución Libertadora, no había “ni vencedores ni vencidos”.

Lo que se proponía Lonardi, era enfrentar los “males” del régimen depuesto: la inflación, la burocracia parasitaria y la corrupción. Al mismo tiempo

se oponía al contrato con la California, contrario al interés nacional, y se proponía poner fin a los malentendidos con la Iglesia mediante la firma de un “concordato”. Además, el nuevo general presidente intentó echar las bases de un peronismo sin Perón dirigiéndose directamente a los trabajadores partidarios del “tirano derribado” (Rouquié, 1994: 123).

Como contrapartida, los sectores más reacios al peronismo, encabezados por el vice-presidente almirante Isaac Rojas, demandaban acciones más enérgicas en relación al desmantelamiento de lo que quedaba del aparato estatal peronista. La puja de poder entre ambos sectores finalizó con la dimisión de general Lonardi, quien fue reemplazado por el general Aramburu.

Con la llegada al poder del sector liberal de la Revolución, se inicia el proceso de desperonización de la sociedad, cuyo objetivo era “suprimir todos los vestigios de totalitarismo para restablecer el imperio de la moral, de la justicia, del derecho, de la libertad y de la democracia” (Directivas Básicas del Gobierno Revolucionario en Rouquié, 1994: 129). Para tal fin, se intervino la CGT, se disolvió el Partido Peronista y la CGE y se arrestó a numerosos dirigentes y ex-funcionarios peronistas. La política represiva del régimen “democrático” de la Revolución Libertadora, tuvo su punto álgido, el 9 de junio de 1956 con motivo del levantamiento cívico-militar encabezado por el general Juan José Valle, que culminó con el fusilamiento de éste y de otras treinta y ocho personas más.

En el mientras tanto, el peronismo, privado de su líder, sus símbolos y proscripto de la vida política, inició lo que se denominó como la *resistencia*. La expresión se

utilizó para describir toda una serie de acciones en contra del nuevo régimen, que iban desde el levantamiento militar hasta el sabotaje industrial, pasando por la realización de actos “relámpagos” en la vía pública consistentes en cantar la Marcha Peronista o repartir folletos en contra de la dictadura.

La función de la resistencia, puede ser entendida en el sentido de que

la proscripción clausuró rituales típicos de una democracia plebiscitaria, en la que el voto y la concentración importaban no sólo en sus funciones consensuales sino también excluyentes. El sentido identitario se reforzaba entonces, precisamente, con el sentimiento que involucraba a los presentes, y el lenguaje que presidía estas manifestaciones (en ocasiones considerado como un dialogo) proyectaba al individuo hacia un lugar otorgado, hacia el cumplimiento de una función, y lo compellía, en suma, a ocupar lo que cada peronista podía y debía sentir como su “puesto de lucha” (Melon Pirro, 2009: 54-55).

Independientemente de las acciones clandestinas de la resistencia, el peronismo (el propio Perón) no fue impedido de negociar con otros actores. Con motivo de las elecciones de 1958, Perón da el visto bueno para iniciar conversaciones, con quien hasta hacia unos pocos años antes, había tenido fuertes tensiones: Arturo Frondizi.

Para ese momento, Frondizi había logrado consagrarse como líder de una de las escisiones de la UCR. Recordemos que en 1956, la Convención Nacional del radicalismo había fracasado en su intento de seleccionar candidatos comunes para la Asamblea Constituyente, que reformaría la Constitución del `49. Como corolario, el partido de Alem se dividió en dos: la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI) liderada por Frondizi y la Unión Cívica Radical del Pueblo (UCRP) encabezada por Ricardo Balbín.

El motivo de la escisión del radicalismo, estaba vinculado con la reforma a la Constitución que se planteó desde el gobierno nacional, concretamente con el cambio del sistema electoral que se impondría para erradicar al “virus” peronista. Para César Tcach

la convocatoria situó a la UCRI en una difícil disyuntiva. Si optaba por competir con la UCRP en la captación del voto radical fiel, debía ser condescendiente con los sentimientos antiperonistas de ese sector del electorado. Si se inclinaba por competir con el voto en blanco ordenado por el general Perón, debía, por el contrario, aproximarse a las expectativas de los votantes peronistas. Frondizi optó por la segunda de estas alternativas, empuñando con firmeza se rechazó a la Convención Constituyente (2007: 27).

Para tal fin, y luego de una serie de reuniones entre Rogelio Frigerio (en representación de Frondizi) y John W. Cooke (delegado de Perón) se logra llegar a un acuerdo en donde Perón cedería los votos peronistas a cambio del compromiso de Frondizi de reconocer legalmente al justicialismo y eliminar las trabas para la consolidación de la CGT. En relación a ello, para Tcach, la promesa de Frondizi no era suficiente garantía de que una vez en el gobierno, cumpliría con lo prometido, lo que lleva al autor a suponer que Perón perseguía otros objetivos, como el reconocimiento y legitimación de sí mismo como actor político y reafirmar su posición como líder al interior del movimiento, echando por tierra las expectativas neoperonistas. Es entonces, con los votos peronistas, que Arturo Frondizi llega a la primera magistratura, con un programa político-económico desarrollista.

Durante los primeros meses de gobierno, Frondizi demuestra su compromiso con Perón, haciendo aprobar leyes de amnistía y derogando las inhabilitaciones gremiales y permite el uso de los símbolos peronistas, entre otras medidas que lo congratularon con el Consejo Coordinador y Supervisor del peronismo. Distinta fue la relación con otros actores políticos, como las Fuerzas Armadas, para quienes el pacto Perón-Frondizi “había roto el hilo conductor de la Revolución Libertadora” (Tcach, 2007: 31).

Si bien tales resoluciones le permitieron a Frondizi obtener el visto bueno del peronismo, pronto tal apoyo se diluyó con las medidas adoptadas por el gobierno en relación a dos importantes decisiones tomadas por la administración nacional. En primer lugar, el proyecto para reglamentar el funcionamiento de las universidades privadas, enfrentó al gobierno con sectores de la cultura y del movimiento estudiantil. En segundo lugar, la introducción al país del capital extranjero para la exploración y explotación petrolera, opuso al gobierno con los sectores más nacionalistas del peronismo.

A lo anterior, debemos sumarle la implementación de un plan de estabilización y austeridad que incluyó la privatización de numerosas empresas, como el frigorífico Lisandro de la Torre, lo que provocó la toma del establecimiento por parte de los obreros, quienes a su vez contaron con el apoyo explícito de Cooke, y por lo tanto, del peronismo. El conflicto desatado por el Lisandro de la Torre, indujo a que el gobierno aplicara el Plan CONINTES, lo que permitió que tropas militares recuperaran el frigorífico por la fuerza y reprimieran a los obreros desplegados en el barrio porteño de Mataderos.

De esta manera, el gobierno de Frondizi se encontró en una situación sumamente crítica. Presionado por las Fuerzas Armadas por un lado, y por el peronismo y la oposición por otro, el gobierno carecía de espacio para maniobrar. El advenimiento de las elecciones de 1962, halló al gobierno en una disyuntiva debido a que Frondizi pensaba que podía derrotar al peronismo en elecciones limpias. Para ello debía permitir que el justicialismo se presentara a las mismas, lo que lo haría enfrentar a unas Fuerzas Armadas cada vez más politizadas y opuestas al retorno del “tirano prófugo”. El otro camino posible, era continuar con la proscripción del peronismo, lo que lo enfrentaba con el justicialismo. Al final, Frondizi se decidió por la primera opción.

El 18 de marzo, el peronismo se consagraba como el gran ganador de las elecciones, obteniendo cinco gobernaciones, incluyendo la de Buenos Aires. Como consecuencia, Frondizi fue depuesto, asumiendo la presidencia el presidente provisional del Senado, José María Guido, para de ese modo mantener la fachada democrática.

Con el golpe palaciego del '62, finalizaba una etapa de intervenciones militares en política y comenzaba otra, asignada por conflictos al interior de las Fuerzas Armadas.

Las Fuerzas Armadas como actor político

Con el periodo que se abre con la Revolución Libertadora, las fuerzas armadas adoptaron una forma particular de intervenir en política, que Marcelo Cavarozzi denomina como *intervención tutelar*, la cual

resultó en 1) la exclusión del peronismo del proceso electoral y de las instituciones representativas del Estado, y 2) el ejercicio de presiones y de su poder de veto sobre las medidas e iniciativas políticas del gobierno constitucional instalado en 1958, con el propósito de imponer sus propias preferencias en los asuntos públicos. Por lo tanto, durante el periodo de intervención tutelar, los militares coartaron las prácticas y principios democráticos de dos maneras. Denegaron el derecho a elegir los candidatos de su preferencia a una porción significativa de la ciudadanía y recurrieron repetidamente a la amenaza de deponer las autoridades constitucionales si las mismas no satisfacían sus demandas. Por supuesto, todo esto se hizo en nombre de la democracia (Cavarozzi, 2006: 29-30).

Pronto, una sensación de desilusión comenzó a hacerse sentir entre los uniformados. Dicha desilusión se hizo patente en sectores de las Fuerzas Armadas que

comenzaban a percibir a la intervención militar en política, como la principal culpable de la caótica situación en que se encontraba el país. La presidencia provisional de Guido fue el escenario, donde chocaron las dos facciones en que se dividieron las Fuerzas Armadas. Comenzaban los conflictos entre azules y colorados.

Azules (o legalista) y Colorados (o anti-integracionistas)³ fueron dos corrientes o facciones dentro de las Fuerzas Armadas Argentinas que lucharon entre si, por imponer su visión de la realidad y de la política nacional, una vez derrocado el peronismo.

Un primer enfrentamiento entre estas facciones, podemos encontrarlo en la formación del gobierno de la Revolución Libertadora, que como vimos anteriormente, en su primera etapa, con Lonardi a la cabeza, trató de acercar posiciones al peronismo derrocado. Los azules, en cierta medida, serían “herederos” de esa posición. En cambio, el sector liderado por el binomio Aramburu-Rojas optó por una impronta liberal, violentamente antiperonista y anti-obrera, con la cual se identificaron los colorados. De ello se desprende que, ideológicamente, la facción azul se identificará con el nacionalismo-católico, mientras que los colorados adoptaran una impronta de tipo liberal.

También habíamos mencionado que los colorados se denominaron como anti-integracionista, debido a que se negaban a negociar con el peronismo y a incorporarlos a la vida política; mientras que la facción azul se denomina como “legalista” o “integracionista”, en el sentido de que va a estar dispuesta a negociar con el peronismo, como había hecho Lonardi en su momento y a tratar incorporarlo gradualmente a la vida política. También se los denomina “legalistas”, ya que a diferencia de sus camaradas, no buscaban la instauración de una dictadura, por el contrario defendían el rol profesional de los militares⁴. En relación a esto último, se puede observar que durante el levantamiento azul de 1962, en ningún momento se buscó derrocar al presidente

³ A su vez, dichos colores son utilizados en los juegos de guerra para identificar a las fuerzas que combaten entre si. El azul se utiliza para denominar a las fuerzas propias, mientras que el rojo se usa para identificar al “enemigo”, por lo que en términos políticos, la facción autodenominada como azul se proclamaba como el verdadero representante de la Nación, y la achacaba a sus compañeros de armas, el mote de colorados, identificándolos como aquello dañino a los intereses del país.

⁴ Este “legalismo” deben entenderse entre comillas, dado que para los *legalistas*, las Fuerzas Armadas podían intervenir en política en determinadas situaciones, como en caso de “desborde de autoridad” tal como va a ocurrir con el golpe de 1966, protagonizado por el general Juan Carlos Onganía, jefe de la facción azul, que resultó vencedora de la pulseada entre ambas facciones durante el periodo 1962-1963.

interino Guido⁵. A continuación, veremos las principales características de ambas facciones, empezando por cómo veían al peronismo y sus proyectos políticos.

En este sentido, para David Rock “la facción colorada estaba comprometida a muerte en contra del peronismo, y su objetivo último era instaurar una dictadura militar destinada a durar tanto tiempo como fuera necesario” (1993: 202). Básicamente, pensaban que “el peronismo era un movimiento de clase sectario y violento que da lugar al comunismo” y “aspiran a una dictadura militar capaz de eliminar hasta el último vestigio de peronismo” (Rouquié, 1994: 213).

De esto se desprende que la facción colorada, buscó imponer una dictadura que le permitiera “borrar” al peronismo de la Argentina, convirtiéndose en heredera de los objetivos de la Revolución Libertadora, sobre todo de su etapa más violenta y anti-peronista. Para ellos, las Fuerzas Armadas debían cumplir un rol *pretoriano*, de defensa de las instituciones, de sí mismas, ya que consideraban que la democracia había permitido la llegada al poder de movimientos y líderes demagogos casi dictatoriales como Hipólito Yrigoyen y Juan Perón.

En cambio, los azules hacían hincapié en la modernización económica como reaseguro contra la subversión, porque pensaban que en el progreso económico se encontraba la llave de la seguridad y la mejor herramienta contra el peronismo más radical; por lo cual, desde lo económico adherirán al proyecto de industrialización de tipo desarrollista, comenzado por Frondizi.

En cuanto al peronismo, la facción azul, para Rouquié era anti-peronista, pero consideraban al movimiento del general Perón como una fuerza nacional y cristiana, que permitió salvar a la clase obrera del comunismo y que constituía por ende un bastión contra la subversión. El anti-peronismo de ésta facción va a estar dado por la pretensión de Perón de “politizar” al Ejército y ponerlo a su servicio y, a diferencia de los colorados, creían que las Fuerzas Armadas sólo podían cumplir con su cometido profesional en defensa de la seguridad nacional.

En relación a la influencia internacional sobre ambas facciones, se pueden diferenciar dos momentos: 1º sobre la facción colorada, la cual estará dada por la

⁵ En el comunicado n° 150, pueden observarse el tinte legalista de la facción cuando plantea que “nuestro objetivo en lo nacional es mantener el actual Poder Ejecutivo y asegurarle la suficiente y necesaria libertad de acción, en la medida que su cometido sea conducente al cumplimiento de los compromisos contraídos con el pueblo de la Nación (...). En lo militar, se persigue al restablecimiento de la justicia, base de la disciplina, el respeto a las leyes y reglamentos, sin discriminaciones en su aplicación. Creemos antes que nada, que el país debe retornar cuanto antes al pleno imperio de la Constitución que nos legaron nuestros mayores”.

experiencia francesa en Argelia y 2º sobre la facción azul, identificada con la Alianza para el Progreso del gobierno de John F. Kennedy.

En cuanto a la importancia que tuvo para los colorados la influencia militar francesa, hemos de hacer especial énfasis en lo relacionado con la “lucha *anti-subversiva*”, que habían llevado a cabo los franceses durante la independencia de Argelia y que las Fuerzas Armadas argentinas estaban interesadas en aprender.

Pero antes de profundizar más este aspecto, debemos recordar que la influencia internacional, tanto sobre la facción colorada como azul, se produjo en el marco de dos acontecimientos coyunturales internacionales: la Guerra Fría y los procesos de descolonización de Asia y África, especialmente en Argelia, donde la experiencia de los paracaidistas franceses en la guerra por la independencia de dicho país, inspiró a los militares argentinos en la lucha anti subversiva.

De este modo, en 1957 y en el marco de acuerdos de cooperación en temas militares con Francia, arribaron al país especialistas en guerra contra revolucionaria, vinculados a la organización terrorista de derecha Organización del Ejército Secreto (OAS), quienes sostenían que la era nuclear había producido un tipo muy particular de conflicto entre el Este y el Oeste. Como resultado de ello, los comunistas no corrían el riesgo de una confrontación militar directa con Occidente. En contrapartida, habrían de proseguir su expansión capturando lentamente a las naciones periféricas mediante la *subversión*. De acuerdo a estos expertos, ésta última significaba una guerra revolucionaria, insurrecciones o actos de terrorismo. Los subversivos eran “enemigos ocultos” que operaban subrepticamente mediante el control de instituciones claves como los sindicatos, los partidos políticos, los medios de comunicación y las universidades. El peligro no radicaba ya en la posibilidad de la invasión de tropas extranjeras, sino que el peligro radicaba al interior del país. El enemigo no sólo estaba oculto, sino que también era interno.

De estas “enseñanzas”, saldrá el denominado Plan CONINTES (Conmoción Interna del Estado), destinado a combatir al peronismo, debido a que la asociación que efectuaba el sector liberal del ejército y los sectores dominantes, entre peronismo y comunismo, para ellos eran exactamente lo mismo. El Plan CONINTES, que estuvo inspirado en las tácticas aplicadas por los franceses en Argelia, dividió al país en distintos distritos militares con sus respectivos comandantes a los que se les garantizaba

amplios poderes y se les permitía constituir tribunales de guerra para juzgar a los “terroristas”⁶.

En cuanto a la facción azul, en el terreno internacional, adhirió a los objetivos planteados en la Alianza para el Progreso, que había sido creada por los Estados Unidos para contrarrestar la influencia de la Revolución Cubana en la región y para apoyar medidas reformistas dentro de la órbita del capitalismo. En ella, cobra especial relevancia la relación seguridad y progreso. Creían, como ya dijimos, que las Fuerzas Armadas sólo podían cumplir con su cometido profesional, convirtiéndose en agentes de la modernización económica y social: en el progreso económico se encontraba la llave del orden y el mejor reaseguro en contra de la subversión; lo que se traduciría en mejorar (progresivamente) las condiciones de trabajo y vida de los obreros, para evitar que estos fueran cooptados por movimientos radicales; a la vez que la “seguridad” se darían en el marco de disciplinar a la sociedad, garantizando el orden establecido.

De todas formas, y más allá del perfil profesional que se le quería dar a las Fuerzas Armadas, Juan Carlos Onganía, líder de la facción azul y Comandante en Jefe del Ejército, declaró que las Fuerzas Armadas podían intervenir y remover a un gobierno civil

si se produce, al amparo de ideologías exóticas, un desborde de autoridad que signifique la conclusión de los principios básicos del sistema republicano de gobierno; o un violento trastrocamiento en el equilibrio o independencia de los poderes, o un ejercicio de la potestad constitucional que se presuponga la cancelación de las libertades y derechos de los ciudadanos (discurso de West Point, citado en Rock, 1993: 205).

Por lo tanto, los militares podían avanzar si las “empresas totalitarias” ganaban la conducción de los partidos políticos o de los grupos de oposición. Rock plantea que Onganía se reservaba el derecho de intervenir en su rol de Comandante en Jefe del Ejército ante el menor indicio de avance totalitario, léase comunismo, pero que no estaba claro si este concepto incluía al peronismo.

De esta forma, y tal como expresa David Rock, los principales objetivos de los militares argentinos después de 1955, serán los de

⁶ Para ese momento (1962-1963), todavía no se hablaba de “grupos de tareas” o de represión ilegal, como ocurrirá en el '76, sino que la represión fue llevada de forma “visible” por la fuerzas del orden. Igualmente, los militares argentinos ya estaban siendo adoctrinados en la Escuela de las Américas en lo relacionado a la lucha anti-subversiva que, será puesto en práctica con el terrorismo de estado de la dictadura del Proceso de Reorganización Nacional (1976-1982).

evitar el retorno del peronismo al poder y en combatir a la “subversión” promovida desde el exterior. En torno a estos objetivos, los militares adoptaron la doctrina de la seguridad nacional, cuya tesis principal era la siguiente: primero, que la “subversión” constituía un “enemigo oculto” y que formaba parte de una “conspiración mundial” del comunismo en contra de Occidente. En segundo lugar, que el desarrollo económico y la seguridad nacional estaban vinculados entre sí y que las Fuerzas Armadas no podían implementar el primero sin la última; y en tercer lugar, que los militares tenían el derecho de supervisar y hasta controlar a los gobiernos civiles y que en tanto estos fracasaran, podían derrocarlos (1993: 201-202).

A su vez, en lo que respecta a doctrinas militares y formas de relación Fuerzas Armadas-sistemas políticos, aparece una novedad. La vieja Doctrina de Defensa Nacional (DDN), que consistía en la “subordinación de las fuerzas militares al poder político, así como una alta profesionalidad de aquellas” (López, 1987: 91), fue reemplazada por una nueva doctrina, más acorde a los tiempos que corrían.

La Doctrina de Seguridad Nacional (DSN), fue adscrita por los militares argentinos en medio del conflicto Este-Oeste. En un primer momento, y como lo plantea Ernesto López (1987), el abandono de la DDN tuvo que ver con el proceso de desperonización llevado a cabo al interior de las Fuerzas Armadas, en especial dentro del Ejército, y a la afirmación, por parte del segmento liberal de los militares, de sus propósitos y aspiraciones políticas. En segundo lugar, y como mencionamos anteriormente, la Guerra Fría hizo que

los militares argentinos miraran hacia el Norte en busca de los elementos que les permitieran reconceptualizar la guerra conforme a la nueva realidad internacional definida por la bipolarización y por la presencia de una nueva forma de hacer la guerra” (López, 1987: 133).

La DSN, se inscribió dentro de una nueva forma de hacer la guerra. La guerra nuclear y la guerra revolucionaria, serían las formas en que se dirimirían los conflictos de la segunda mitad del siglo XX, por lo que las fuerzas armadas del país, no podían quedar al margen del nuevo escenario internacional.

La imposibilidad de la Argentina de acceder al armamento nuclear, no hizo mella en la “buena voluntad” de los militares nacionales, por defender la tradicional forma de vida “occidental y cristiana”. Por consiguiente, las Fuerzas Armadas argentinas, readaptaron su función original establecida por la DDN, hacia un nuevo rol: el de controlar la subversión interna.

Con la DSN, los fusiles dejaban de apuntar de la frontera hacia fuera, para comenzar a apuntar de la frontera hacia adentro. Con la nueva doctrina, el enemigo ya no era otro ejército nacional de algún país vecino, sino que el enemigo era el propio pueblo. Un enemigo interno y oculto, reclamaba una nueva forma de hacer la guerra y en esto, la experiencia francesa en Argelia fue clave.

Lo que los militares franceses de las OAS vinieron a explicarles a sus colegas argentinos, era el cómo llevar a cabo la guerra antsubversiva o contra-revolucionaria. En dicha guerra, lo que se privilegiaba era la obtención de información sobre los próximos pasos a dar por los grupos combatientes, mediante el uso de la tortura. Además, los militares se hicieron cargo de la seguridad interna y del juzgamiento de todo aquel tildado de subversivo.

Volviendo al choque entre azules y colorados, y para ir finalizando el presente apartado, los enfrentamientos armados entre ambas facciones⁷ culminan con la unificación del ejército bajo el mando de Onganía, dejando inaugurado el “interregno profesionalista”, lo que permitió el afianzamiento de la DSN en las Fuerzas Armadas.

La importancia del sindicalismo

El tercer actor relevante del periodo, fue el sindicalismo. El mismo, debe entenderse a través de un doble juego relacional: primero, la posición de los sindicatos al interior del peronismo, especialmente en relación a la proscripción del mismo y con el liderazgo de Perón desde el exilio. Segundo, las distintas posiciones adoptadas por los sindicalistas en torno a los gobiernos que se sucedieron entre 1955 y 1966.

De este modo, durante la etapa “nacionalista” de la Revolución Libertadora, Lonardi entabló buenas relaciones con el sindicalismo peronista. Como mencionamos anteriormente, la CGT no fue ni intervenida ni disuelta. De hecho, para Daniel James (2007) los sindicatos jugaron un papel crucial en la estrategia lonardista, en donde estos ocuparían el rol de “órganos de control social y canales de expresión de la clase obrera” (James, 2007: 120). El fracaso del proyecto nacionalista y el aumento, y posterior triunfo, del sector liberal, y más virulentamente antiperonista de la Revolución del `55, no sólo provocó el naufragio de la relación Estado-sindicatos, además dio inicio a una caza de brujas, para eliminar la influencia del peronismo de todos los niveles de la sociedad argentina, especialmente del obrero.

⁷ Para los enfrentamientos entre las facciones azul y colorada, véase Potash (1994).

La ofensiva antiperonista al interior de la clase trabajadora, durante el gobierno de facto de Aramburu, estuvo marcada por la intervención de la CGT, que pasó a estar bajo control de un interventor militar, la disolución de las comisiones internas de delegados en las fabricas y la persecución y arresto de numerosos dirigentes sindicales. Pero el sueño de una clase obrera desperonizada y disciplinada, se evaporó con rapidez y el gobierno militar, tuvo que admitir su fracaso.

Y es que ante la ofensiva llevada a cabo por el gobierno, los obreros, privados de sus espacios de representación y expresión, a lo que se sumaba el fuerte afán revanchista del sector patronal, quienes se encargaron de llevar la caza de brujas a los lugares de trabajo, los trabajadores no tuvieron mas remedio que organizarse para resistir los embates del peronismo mas radical y *gorila*.

Es por ello, que los trabajadores “emprendieron en las fabricas un proceso de reorganización que apuntaba a mantener las conquistas logradas bajo Perón. Se trató de un proceso fundamentalmente espontaneo y localizado” (James, 2007: 94). La resistencia llegaba a los talleres y plantas industriales.

Siguiendo a James (2005), los trabajadores se reunían en torno a agrupaciones de carácter semiclandestinos, que basaron sus actividades en cuestiones concretas, como por ejemplo, protestar ante el aumento de la jornada laboral en los trabajos insalubres, o protestar contra el despido de delegados fabriles, sumado a la realización de actos de sabotaje, en los lugares de trabajo. Paralelamente a las primeras expresiones de la resistencia, los obreros peronistas tuvieron bastante éxito en lograr la mayoría de delegados ante las comisiones de negociación salariales. Pero, ¿qué pasaba con las organizaciones sindicales?

Al mismo tiempo que esto se daba en las fábricas, en los sindicatos se produce un proceso de reorganización que tuvo como protagonistas a nuevos dirigentes, surgidos de la lucha al interior de los talleres. Esto último va a coincidir con el intento de normalizar los sindicatos, haciendo hincapié en la unificación de la central obrera intervenida; intento que no estuvo exento de tensiones, debido a las pujas entre la nueva dirigencia y la vieja, que

reflejaron en parte distintos temperamentos, diferentes clases de personas y distintas prácticas sindicales. Los nuevos lideres, que en gran medida habían surgido de una lucha democrática espontanea y de facto en las plantas y talleres, tendieron a llevar esas experiencias a las practicas de los sindicatos renormalizados. Muy pocos de ellos habían tenido alguna

experiencia de la jerarquía sindical peronista, y en general debían sus posiciones actuales principalmente a su actividad en la resistencia diaria a las políticas de los empresarios y el gobierno. Existía por lo tanto una estrecha identificación entre los militantes de base y los nuevos líderes, y esto se reflejó en una mayor democratización de la práctica sindical (James, 2005: 108-109).

En relación con el proceso de reunificación y normalización sindical, en 1957 se crea la Comisión Intersindical, cuyo principal objetivo era el de restablecer los sindicatos, por medio de elecciones libres, logrando el refuncionamiento de la CGT y la suspensión de las restricciones que imposibilitaban la actividad sindical. Si bien la Intersindical fue inicialmente impulsada por los comunistas, al lograr los peronistas la conducción de importantes sindicatos, como textiles, metalúrgicos y carne, la influencia de estos fue absoluta.

En coincidencia con esto último, a medida que el peronismo iba ganando espacio en la Intersindical, se empezaron a gestar divisiones en torno a los líderes sindicales peronistas. Para los “viejos” líderes gremiales, la Intersindical amenazaba la posibilidad de recobrar sus antiguas posiciones, debido a que “la legalidad misma en que actuaba confirmaba la legitimidad del nuevo elenco dirigente” (James, 2005: 110). Además, para estos, la nueva generación de dirigentes era tildada de “tibia”, ya que lo único que aspiraba era a consolidar su liderazgo.

Como contrapartida, los “nuevos” líderes, surgidos del proceso de refuncionalización sindical, argumentaban que la importancia de la Intersindical residía en aprovechar las libertades que concedía el gobierno, a lo que agregaban que la comisión podía servir como herramienta para la recuperación de sindicatos que se hallaban en manos de los antiperonistas. A pesar de estas tensiones, y como resalta Daniel James, gracias a la Intersindical los gremios peronistas lograron articular sus acciones, mediante el establecimiento de un “diálogo” entre ellos y el líder exiliado.

En el plano organizacional, debe destacarse la fundación de las 62 Organizaciones, que posibilitó la afirmación del peronismo en el movimiento obrero y sindical. Las 62, surgieron del congreso normalizador de la CGT, realizado en septiembre de 1957. Las mismas, emergieron como oposición a las maniobras del por entonces interventor, capitán Patrón Laplacette, quien había intentado asegurar la mayoría de las listas antiperonistas en el congreso. Finalmente, los antiperonistas se vieron reducidos en número ante la abrumadora mayoría de gremios que respondían al

peronismo, y por tal motivo, los gremios opuestos al peronismo abandonaron el congreso pasando a formar las 32 Organizaciones Democráticas.

Para Daniel James, la concreción de las 62 Organizaciones reviste suma importancia, ya que

no sólo confirmó la dominante posición de los peronistas en los gremios, sino que además les proporcionó una entidad totalmente peronista mediante la cual podían actuar y presionar sobre el gobierno en una vasta esfera sindical y política. También confirmó algo que, en la práctica, dos años desde la caída de Perón habían demostrado: los sindicatos constituían la principal fuerza organizadora y la expresión institucional del peronismo en la era posterior a 1955. Las 62 Organizaciones, reflejando la creciente confianza de los trabajadores de base, adoptaron una política muy militante, que se tradujo en las huelgas generales del 27 de septiembre y del 22 y 23 de octubre, declaradas en protesta contra las políticas económica y gremial del gobierno (2005: 112).

Durante los primeros meses de la gestión de Frondizi, el sindicalismo le otorgó una generosa tregua, para que el presidente electo pudiera llevar a cabo lo prometido tanto en la campaña, como a Perón. Pero la luna de miel duró poco. Los contratos con compañías extranjeras para la explotación de petróleo y la decisión de privatizar el frigorífico nacional Lisandro de la Torre, iban en contra de lo prometido por el presidente y los gremios se lo hicieron saber.

En 1959 se registraron 10.078.138 días de trabajo perdidos por continuas huelgas, cuyo punto máximo se registró con la toma del frigorífico Lisandro de la Torre en enero de dicho año, debido a la magnitud y masividad con la que se desarrolló. De hecho, la cúpula sindical fue sorprendida ante la inmediata respuesta de los militantes de base, quienes ante el anuncio de la privatización, tomaron el predio, logrando la adhesión de otros establecimientos de la zona de Mataderos y de la Capital Federal, para luego extenderse por el interior del país. Frente a ésta situación, el gobierno de Frondizi decidió reprimir con dureza⁸.

Independientemente del fracaso de la huelga y la toma, la misma revistió de gran importancia para el peronismo, puesto que dejó al descubierto la extraordinaria combatividad de la militancia de base peronista y la capacidad de tomar la iniciativa de

⁸ No solo se tomó por la fuerza el predio ocupado y se encarcelaron a los principales dirigentes sindicales, sino que la represión estuvo a cargo de las fuerzas armadas, quienes habían logrado presionar al presidente, para que declarara el estado de sitio y aplicara el Plan CONINTES.

forma espontánea. A pesar de ello, y como consecuencia de la derrota, el movimiento obrero peronista sufrió un cambio radical.

Como explica James, el cansancio y la desmoralización, hicieron que las 62 Organizaciones siguieran un rumbo contrario a lo expresado por la militancia de base entre 1956 y 1959. El camino insurreccional o revolucionario, fue abandonado por la vía evolucionista que implicaba la negociación de los sindicatos con el gobierno y la patronal.

Esto provocó al interior de las entidades gremiales, la progresiva burocratización de los mismos, así como una creciente corrupción de los dirigentes. Asimismo, el proceso de democratización que se había gestado al interior de los sindicatos, quedó en el olvido, al generalizarse el fraude en las elecciones sindicales. Dicho proceso de burocratización, se acentuó con el ascenso de Augusto Vandor, al interior del entramado sindical peronista.

Vandor, dirigente del importante sindicato de los metalúrgicos (UOM), había logrado alcanzar el liderazgo de las 62 Organizaciones, desde donde se posicionó como un actor sumamente influyente a la hora de negociar con el gobierno. Poseedor de un estilo único, el modo como se manejó durante los años `60 le valió fuertes críticas desde los sectores más radicalizados del peronismo. En palabras de Daniel James,

el vandorismo llegó a ser sinónimo, tanto en el plano político como sindical, de negociación, pragmatismo y aceptación de los hechos crudos de la realpolitik que gobernaba a la Argentina desde 1955. En lo político, el vandorismo significó el empleo de la fuerza política y la representatividad que los sindicatos tenían como fuerza dominante del peronismo y que también tenían por ser el único sector legal del movimiento, para tratar y negociar con otros “factores de poder” (2005: 220).

La consolidación del vandorismo, introdujo un fuerte control del aparato sindical, mediante prácticas de tipo gansteril. Esto ayudó a que la entidad gremial, dejara su función como foro para el intercambio de ideas y pasara a encarnar un aparato de poder a disposición de la cúpula sindical, llevando a cabo un “doble juego”, consistente en representar y defender los intereses de los trabajadores y negociar con otros actores políticos sobre la cuestión de la proscripción del peronismo. De este modo, las 62 se convirtieron en una pieza fundamental del peronismo proscripto, debido a la capacidad de ejercer presión, otorgada por poseer el control de importantes gremios.

Pero esto no quiere decir que no se hayan generado fricciones entre el líder sindical y Perón, sobre la conducción del movimiento. Como ya mencionáramos, los intereses políticos de Vandor, al ser un líder “nuevo”, diferían de los posicionamientos de los viejos líderes, que privilegiaban el retorno del líder antes que la consolidación de sus propios intereses políticos, que se derivaban de las cuantiosas sumas de dinero que manejaban los sindicatos. Es de esa manera, que en 1963 se produce un fuerte choque entre Perón y Vandor, cuando el primero, tratando de restarle poder al segundo, ordena crear una Junta Reorganizadora del movimiento, encabezada por importantes dirigentes de la línea dura. Ante esto, el “lobo” respondió retirando a la UOM de los organismos representativos del peronismo, por lo que Perón debió dar marcha atrás y formar una nueva Junta donde predominaron los vandoristas.

En el fondo, el verdadero interés de Vandor consistió en obtener el control del movimiento justicialista, mediante la utilización del poder de presión de la UOM y de las 62 Organizaciones, para de ese modo imponer su propia agenda, la cual consistía en erigir un peronismo sin Perón. Dicho intento pudo observarse, durante las elecciones a gobernador de la provincia de Mendoza, en donde Vandor apoyó a un candidato que respondía a él, mientras que Perón presentaba uno propio. La derrota del candidato vandorista, hizo que el líder sindical se concentrara en consolidar su propia base sindical, para debilitar a sus rivales gremialistas⁹.

De lo anterior se desprende, que el sindicalismo durante el periodo estudiado, a pesar de estar fraccionado y enfrentado, se convirtió en un actor de peso, debido a su capacidad de presión y movilización a la hora de negociar o de ejercer presión contra el gobierno de turno. Asimismo, el sindicalismo post 1955, fue la principal expresión de la resistencia y principal espacio de organización del movimiento proscripto.

2- El *onganiato* (1966-1970)

En 1963 se celebran elecciones para designar al presidente de la Nación. Con el peronismo nuevamente proscripto, la UCRP gana los comicios con un magro 25% de los sufragios, mientras que el voto en blanco (voto peronista) “obtuvo” el segundo lugar, con casi 20% de los votos emitidos¹⁰. De ese modo, se iniciaba la gestión de Arturo Illia, quien tuvo la dura tarea de gobernar un país, donde una importante parte de

⁹ En 1966, José Alonso rompe con las 62 Organizaciones vandoristas, y crea, con la bendición de Perón mediante, las 62 Organizaciones de Pie junto a Perón.

¹⁰ Lo que dejaba entrever, lo crucial de la cuestión peronista y el poder que conservaba su electorado.

la ciudadanía no estaba representada. Pronto, una conjunción de grandes intereses, sindicales y militares, hicieron causa común para desestabilizar al frágil gobierno¹¹. La amplia y demoledora campaña mediática contra el gobierno, dio finalmente sus frutos, cuando el 28 de junio de 1966, un golpe de estado inauguró una nueva etapa de intervención militar en la Argentina.

La auto denominada Revolución Argentina, contó con un amplio apoyo de sectores de la sociedad, como los sindicatos, la gran burguesía e incluso del peronismo. Instalado el general Onganía, el vencedor del conflicto entre azules y colorados, y férreo “defensor del legalismo y del profesionalismo” de las Fuerzas Armadas, ahora convertido en caudillo, se propuso erradicar aquellos “males” que habían generado que el país se hallara, desde la particular visión de quienes construyeron el golpe y la imagen de Onganía, al borde de la subversión. De hecho, la imagen que “vendieron”, entre otros *Primera Plana*, era que sólo el Ejército profesional azul podía salvar al país de la “caótica” situación en la que se encontraba.

De este modo, la Revolución Argentina era presentada como

una suerte de dictadura a la romana, legitimada por el “estado de necesidad”, es decir por los tiempos difíciles que se vivían, pero que respetarían las libertades democráticas fundamentales garantizadas por la Constitución (Rouquié, 1994: 253).

Con el doble objetivo de ordenar y modernizar la economía, el gobierno de facto se propuso anular las fuentes de conflicto, como por ejemplo, la política. A partir de 1966, toda actividad política quedó suspendida. Los partidos políticos y el Congreso, fueron disueltos, al tiempo que las Fuerzas Armadas se instituyeron como garantes del nuevo orden, aunque de manera limitada. Para evitar nuevas divisiones y choques al interior de la institución, los cuales se presuponían originados por la participación directa de los militares en política y en la conducción del gobierno, las Fuerzas Armadas quedaron excluidas de las esferas de toma de decisiones. Según Guillermo O’Donnell (2009), para evitar la intromisión de los militares en el quehacer diario del gobierno, se optó por designar funcionarios civiles, técnicos y apolíticos, quedando los uniformados como “respaldo de la Revolución” y limitando sus participaciones a organismos no ejecutivos.

En pocas palabras, el fin que perseguía el nuevo gobierno de facto era

¹¹ Éste tema, y el papel que jugó la revista *Primera Plana* en el mismo, serán tratados en detalle en la segunda parte del presente trabajo.

la erradicación de la “partidocracia” y la presunción, y la esperanza, de que el líder de la exitosa operación de unificación de las Fuerzas Armadas se trasformaría en una especie de monarca autocrático ocupando la cúspide de un régimen en el que el único que haría política sería el gobierno. En otras palabras, producida la unidad (militar y social) y superado el conflicto, la política dejaría el lugar a la administración con el resultante predominio de técnicos situados por encima de los intereses sectoriales y capaces de proponer e implementar las soluciones óptimas (Cavarozzi, 2006: 38-39).

Primeras fricciones

Apenas asumido Onganía, su gestión tuvo que hacer frente a dos cuestiones que generaron resquemores y provocaron que algunos sectores le retiraran su apoyo. Dichas cuestiones, tienen que ver con las acciones llevadas a cabo por el gobierno para “sanear” las buenas costumbres argentinas, que se “encontraban en peligro” ante el avance de la subversión y con la política económica, desplegada por el primer Ministro de Economía de la Revolución Argentina, Néstor Salimei.

A- La cuestión de lo *moral*

Entre los objetivos de la Revolución Argentina, además del establecimiento de un orden social, basado en la despoltización del sector popular y la modernización de la estructura productiva del país, se contaba, fuertemente vinculado al primer objetivo, el de defender el “tradicional modo de vida Occidental y cristiano de la Argentina”, el cual peligraba debido a la amenaza comunista y a los cambios socio-culturales que empezaban a gestarse en la juventud argentina. En gran medida, este diagnóstico se debía al fuerte influjo que los nacionalistas católicos ejercían sobre el gobierno.

Los principales blancos del “saneamiento moral”, aplicado por el gobierno y ejecutado por la policía, fueron los jóvenes de clase media y la universidad, que era considerada como una “cueva de comunistas y subversivos”. Para tal fin, se persiguió todo aquello que se creía, atentaba contra la moral y los valores católicos. En cierta medida, la adhesión de Onganía a la Doctrina de Seguridad Nacional y a la Alianza para el Progreso, justificaban la persecución realizada por las autoridades hacia la juventud y la universidad.

De este modo, las intenciones por parte del gobierno de construir un orden moral, espiritual y comunitario, que restaurara los valores del catolicismo, definían una

concepción especial de la organización nacional y del papel de los militares en ella, que Laguado Duca (2006) identifica como una subordinación de la Constitución a la defensa del modo de vida occidental y cristiano, claramente asociado a la Doctrina de Seguridad Nacional. Podríamos concluir, que la pretensión del Onganía por imponer un determinado orden moral, tenía como principal objetivo el de eliminar toda disidencia al proyecto económico que se buscaba implementar.

Recordemos que los años `60, son años de cambios, caracterizados por la “revolución cultural”. El advenimiento del movimiento contracultural, originado en Estados Unidos como oposición a la guerra de Vietnam, dio forma a nuevos estilos de vida alternativos, como el *hippismo* o el *flower power*, que comenzaron a calar hondo en la juventud argentina. A esto hay que sumarle un nuevo “boom” cultural, con la difusión del rock n` roll y nuevas formas de expresión artísticas, especialmente en el cine¹².

De este modo, el gobierno llevó a cabo una cruzada para preservar la estructura familiar y la autoridad del *páter familias*, evitando la “corrupción” de la juventud. Para tal fin, la policía a cargo del comisario Luis Margaride, se convirtió en guardiana de las buenas costumbres, persiguiendo a todo aquellos que atentara contra la moral, como por ejemplo, la clausura de locales bailables, la persecución de parejas que se besaban a lugares públicos, allanamientos en hoteles alojamientos y la persecución a jóvenes de pelo largo a quienes tildaban de “homosexuales y drogadictos”, entre otras.

En cuanto a las universidades, consideradas como “focos de difusión del marxismo”, se debe hacer especial mención al copamiento de las mismas por parte de la policía. Durante la llamada “noche de los bastones largos”, los uniformados desalojaron por la fuerza a profesores y estudiantes que habían ocupado la Facultad de Ciencias Exactas de la Universidad de Buenos Aires. La acción represiva que incluyó la intervención por parte de las autoridades nacionales de las universidades y en los planes de estudio, provocó que numerosos profesores e investigadores abandonaran la universidad y el país, buscando trabajo en el extranjero.

Para Liliana de Riz, la intervención de las universidades, que por otra parte habían sido las únicas en oponerse al nuevo gobierno, trajo como consecuencia la radicalización de la juventud, lo que favorecía “la sustitución de una concepción de la

¹² En los años `60, surge una nueva forma de hacer cine, mas critica y reflexiva, en torno a temas políticos y sociales, como por ejemplo películas argentinas como *Los inundados* o *La hora de los hornos*. Véase Pujol (2007).

autonomía, hasta entonces entendida como compromiso personal y libertad cultural, por otra, para la cual todo es política y se borran los límites entre la universidad y la sociedad” (2000: 52).

La intromisión del gobierno en la vida privada en las personas y la intervención de las universidades, despertaron los resquemores en sectores que habían apoyado el golpe, pero que al darse cuenta de la veta autoritaria y retrograda de Onganía, fueron retirando su apoyo. En la tercera parte del presente trabajo, nos detendremos en la posición que adoptó *Primera Plana* sobre estos temas.

B- La gestión Salimei

El segundo foco de tensión, durante el inicio de la gestión de Onganía, se originó por la política económica llevada a cabo por su primer Ministro de Economía, Néstor Salimei.

La breve gestión de Salimei, puso en evidencia las tensiones al interior de la Revolución entre dos posiciones hegemónicas: los paternalistas y los liberales, además de una tercera corriente minoritaria, los nacionalistas. Si bien las dos principales corrientes comparten objetivos comunes, tales como la instauración del orden en la sociedad y la despolitización y disciplinamiento de las clases consideradas como conflictivas; tenían ciertas diferencias en lo que se refería a la política económica y en el modelo político a imponer.

El proyecto paternalista, hacía foco en racionalizar el aparato estatal para de ese modo

controlar a la “comunidad”, imponerle decisiones y obtener de ella información para la solución –técnica, por supuesto- de problemas que ésta no puede encarar porque sus organizaciones se han ido destruyendo en una desenfrenada lucha de intereses sectoriales (O’Donnell, 2009: 91).

Lo que se buscaba era establecer una “comunidad organizada” que se expresara a través de concejos y comisiones, formados por “organizaciones básicas de la comunidad” que integraran visiones del “bien común”.

Esta matriz corporativista, alejó a la pequeña burguesía urbana, básicamente por el extremo moralismo y afán religioso de los paternalistas. Asimismo, el tipo de Estado que se buscaba implementar, se proponía limitar y controlar a la libre empresa, por sus

tendencias al “lucro desmedido” y al “egoísmo social”, que tendía a traducirse en conflicto sociales.

Contrariamente a estos, la corriente liberal, cercana a los sectores más modernos y dinámicos de la economía, buscaba la normalización económica siguiendo los lineamientos del liberalismo económico. Esta corriente, recibió el apoyo de las clases dominantes y de numerosas e influyentes organizaciones de la sociedad, muchas de ellas, asociadas al capital trasnacional.

En cuanto a Salimei, hay acuerdo entre los autores, en definirlo como un *self made man*, técnico apolítico, representante del nacionalismo católico, cuya “carta de presentación” como dice O’Donnell, era su lealtad al presidente Onganía. De hecho, esto último reviste una gran importancia, ya que la designación de alguien cercano al presidente de facto y a los paternalistas, imposibilitó, en un primer momento, la consolidación de los liberales en el manejo de la política económica, que como plantea O’Donnell, “todo BA «exitoso» es un BA que se entiende con el gran capital local y trasnacional en términos que sólo los liberales entienden y comparten” (2009: 94), por lo que posibilitó que en la primera etapa de la Revolución Argentina, se transitara por un camino distinto al planteado originalmente.

A partir de ese momento, las pujas al interior del gobierno entre las facciones ya descritas fueron en aumento, especialmente, cuando el embajador argentino en Estados Unidos, Álvaro Alsogaray, opinó que la Argentina debía firmar un convenio que garantizara las inversiones del gobierno estadounidense en el país para de ese modo, obtener los capitales necesarios para la modernización de la Argentina. Tal opinión, fue interpretada por el gobierno como un acto de cesión de soberanía, que no estaban dispuestos a realizar.

Esto último, acrecentó aun más las diferencias al interior del gobierno y sumado a ello, la ineficiente gestión del “hombre fuerte del presidente”, lograron que las presiones de los liberales sobre Onganía dieran sus frutos. Es después de una desastrosa y oscura maniobra, para solucionar la crisis azucarera en Tucumán, que el presidente se ve obligado a deshacerse de Salimei, rindiéndose finalmente a los intereses de los liberales ante el temor de un posible “golpe” que pudiera terminar, desalojándolo de la Casa Rosada.

Más allá de eso, 1966 finalizó con un nulo crecimiento del producto, caída en la tasa de inversión, inflación, devaluación de la moneda y un importante desequilibrio en

la balanza de pagos; además de fuertes tensiones con los sindicatos y con los dueños de las grandes empresas que consideraban la política económica y laboral como perjudicial para sus intereses.

El programa normalizador de Krieger Vasena

La crisis del gabinete producida durante los primeros meses de gobierno, finalizó con la remoción de Martínez Paz (Ministro del Interior) y del Ministro de Economía, Néstor Salimei. El primero fue reemplazado por Guillermo Borda, jurista cercano a los paternalistas, mientras que el segundo fue reemplazado por Adalberto Krieger Vasena, que se convertiría en la figura más importante del periodo 1967-1969.

Krieger Vasena respondía a los intereses de la corriente liberal, y al ser él mismo un miembro influyente del *establishment* del gran capital, lo hacían el hombre ideal para llevar a cabo los verdaderos objetivos de la Revolución: lograr la normalización económica y la acumulación de capital a favor de la gran burguesía. De este modo, los liberales, se aseguraban el control de una parte estratégica del gobierno.

A su vez, Onganía anunció que la Revolución Argentina constaría de tres etapas. La primera, denominada como “tiempo económico”, perseguiría el objetivo de lograr la estabilidad y la modernización del país. La segunda etapa, el “tiempo social” tendría como fin la distribución de las riquezas alcanzadas en la primera etapa, mientras que en el “tiempo político”, última etapa de la Revolución, se produciría la transferencia del poder a organizaciones “verdaderamente” representativas de la sociedad, es decir, se llegaría a la tan anhelada “comunidad organizada”. Con la gestión de Krieger Vasena, se daba inicio al “tiempo económico”. O’Donnell resume muy bien el nuevo reacomodamiento entre liberales y paternalistas, cuando plantea que

al tiempo que los liberales conquistaban el aparato económico del Estado, los paternalistas reducían su papel a conservar el “orden” que permitiría cumplir un “tiempo económico” a cargo de los liberales que habían logrado el control de la política económica y social (2009: 115).

El plan aplicado por Krieger Vasena tuvo éxito en aumentar el producto per cápita durante el periodo 1967-1969, pero esto no quiere decir que el proyecto económico, de corte liberal, careció de oposición alguna. De hecho, el crecimiento económico registrado en el periodo, tuvo como consecuencia una desigual distribución

de la riqueza, que para finales del periodo, desencadenaría en fuertes enfrentamientos entre el gobierno y la sociedad en su conjunto.

La bonanza económica se debió, en gran medida, al crecimiento registrado por el sector de la construcción, especialmente por el aporte del Estado Nacional a la realización de obras públicas, como por ejemplo con el impulso dado al proyecto de la represa El Chocón-Cerros Colorados. Paralelamente al auge que empezaba a experimentar ciertas actividades económicas, el sector agropecuario que por muchos años había sido el motor de la económica argentina, permaneció estancado durante el periodo Krieger Vasena, en gran medida por el matiz modernizador fuertemente asociado a la gran burguesía, sostén del modelo económico y principal beneficiario de las políticas económicas.

Entre los éxitos de Krieger Vasena, se debe destacar una significativa disminución de la inflación, el equilibrio de la balanza de pagos, el aumento de las reservas y la mejora en la posición de divisas. Estas últimas, pudieron lograrse mediante el ingreso de capital privado del exterior, en forma de préstamos a corto plazo, lo que era indicio de que “no se había logrado aun condiciones como para que el capital transnacional estuviera dispuesto a apostar a largo plazo en la continuidad del orden y de la normalización que parecían a punto de lograrse” (O’Donnell, 2009: 160).

A pesar de lo exitoso del plan económico, algunas cuestiones parecían contradecir los brillantes resultados que eran presentados por el gobierno como una verdadera victoria. Lo primero que debemos tener en cuenta, son algunas desviaciones de la ortodoxia, que estaba directamente relacionado con la pugna entre paternalistas y liberales, que si bien no hace referencia directa a los resultados adversos del plan económico, si dan cuenta de las permanentes tensiones entre ambas facciones.

En un primer momento, Krieger Vasena atribuye las causas de la inflación a los altos costos y a las expectativas de los agentes económicos. Para revertir la situación, el equipo económico recurrió a las clásicas recetas ortodoxas, como el congelamiento de precios, jornales y sueldos; así como también mantuvo fijo el valor del peso en relación al dólar y los precios de las tarifas de servicios públicos. Todo esto, tuvo como resultado el decrecimiento de la inflación, que llegó a los niveles más bajos de la década.

A su vez, se buscó reducir el déficit fiscal mediante el aumento de las retenciones a las exportaciones agrícolas, medida esta nada ortodoxa. Esto posibilitó

que el Estado obtuviera mayores ingresos, que pudo reflejarse en el aumento de la inversión en obras públicas.

Aquí entra en cuestión las pujas dentro del gobierno de las que hacíamos mención anteriormente, debido a que la falta de inversión del capital externo a largo plazo, provocó que el Estado tuviera que ocupar aquel lugar vacante, convirtiéndose en el dinamizador de la economía, aunque O'Donnell deja entrever que éste fue un resultado no deseado por quienes llevaban las riendas de la economía argentina (2009: 172). En relación al crecimiento de la construcción, debe resaltarse el fácil acceso al crédito, que posibilitó el consumo personal y la adquisición de viviendas, sólo en aquellos sectores de altos ingresos, favoreciendo de este modo a la construcción privada que experimento una importante alza.

Lo hasta aquí descripto, hace que el caso argentino revista una particularidad que lo diferencia de otros Estados burocráticos autoritarios, y esa particularidad

fue la capacidad de apropiarse de parte importante de la renta diferencial de que goza la burguesía pampeana lo que permitió los ingresos estatales que resolvieron el enigma que deben enfrentar los otros BA: cómo hallar algún impulso de crecimiento y disminuir los comportamientos especulativos hasta que (y si) la confianza a mediano y largo plazo se haya logrado (O'Donnell, 2009: 175).

Esto generó una reacción ambigua por parte de la burguesía pampeana, porque si bien se mantuvo un alto índice de las retenciones, el gobierno de Onganía también le brindó algunos beneficios, que se vieron reflejados en desgravaciones impositivas para inversiones y el fin de la prorroga y congelamiento de arrendamientos.

Pero la aplicación de las retenciones a las exportaciones, tenía otro fin. Además de ayudar a las metas antiinflacionarias y de generar ingresos para la modernización del país, mediante la inversión en obra pública, también se buscaba que el precio interno de los alimentos exportables, como la carne vacuna, no aumentara y de ese modo, la caída de los salarios no se hiciera sentir con tanta fuerza.

Esto último, guarda especial relación con el fin perseguido por los paternalistas, quienes buscaban coaptar y apaciguar a los trabajadores, manteniendo su nivel adquisitivo, que a la vez le era útil para garantizar el orden y lograr su tan anhelado equilibrio de clases. De todas maneras, cuando los salarios y el poder adquisitivo de los sectores medios y bajos, cayeron notablemente, estos mismos sectores que el gobierno

pensaba que estaban bajo su control, posibilitaron la caída de Onganía, derribando el principal pilar de los paternalistas, el orden y la “armonía de clases”.

Para ir finalizado el presente apartado, y a modo de recapitulación, podemos afirmar, siguiendo a O`Donnell, que

el contenido concreto de la normalización y del crecimiento que sobre su base se retomaría, implicaba reconstruir la dominación económica de la gran burguesía, afirmándola en patrones de acumulación de capital que no sólo la favorecían marcadamente sino que subordinaban a ellos –incluso- los de otras facciones de la burguesas (2009: 195).

De ese modo, el plan económico que en tan poco tiempo había mostrado notables éxitos, encontró una nutrida oposición interna, dejando al descubierto serias contradicciones y debilidades que contribuyeron a la caída de Onganía.

Por ese motivo, y como consecuencia de la aplicación de las retenciones a las exportaciones, la burguesía pampeana se opuso al plan económico de Krieger Vasena. A su vez, la vapuleada CGE que perseguía los intereses de los industriales nacionales, ante la política llevada a cabo por el gobierno de desfinanciación en beneficio del capital trasnacional, que hundía a la pequeña y mediana empresa de capital local, también se opuso al modelo. De este modo, dos importantes sectores de la burguesía local definieron sus posiciones ante el avance de la gran burguesía.

También hay que considerar la posición del movimiento obrero, que si bien su nivel de ingresos y calidad de vida no se vio seriamente afectado, por lo menos en un primer momento, el peso político y económico de los sindicatos disminuyó notablemente. Lo anterior está intrínsecamente relacionado con los intentos de cooptación por parte de los paternalistas y de atomización de los sindicatos por parte de los liberales, que pasaremos a analizar en detalle en el próximo apartado.

El movimiento obrero durante 1966-1970

Si bien en un primer momento, el sindicalismo vio con buenos ojos la llegada de Onganía al poder, la actitud represiva y autoritaria del nuevo gobierno, sumado a una política económica regresiva, llevó gradualmente al movimiento obrero a la oposición al régimen. Muy temprano, febrero de 1967, la CGT lanzó un Plan de Acción como respuesta a la política económica del gobierno.

A ello, el gobierno de facto respondió duramente al desafío sindical. Amparado en la Doctrina de Seguridad Nacional, la plana mayor de la Revolución Argentina

declaró que el Plan de Acción afectaba a la seguridad nacional, por tratarse de una “acción subversiva” influenciada por “grupos comunistas” que buscaban pervertir la paz social. De este modo se advirtió a los sindicalistas que el acatamiento de las medidas propuestas por la central obrera, acarrearía graves consecuencias como la quita de la personería gremial, el congelamiento de los fondos sindicales, así como también el despido sin indemnización de todo trabajador que se plegara a la huelga.

Aun así, la CGT mantuvo su posición y confirmó una serie de huelgas durante los meses de febrero y marzo, que se tradujeron en rotundos fracasos. Como consecuencia, el sindicalismo resultó sumamente perjudicado, primero por el bajo nivel de acatamiento de la medida y segundo, por las medidas represivas aplicadas por el gobierno que buscaba disciplinar al movimiento obrero.

En el marco de las duras medidas aplicadas por el gobierno, como la cesantía de trabajadores, el encarcelamiento de dirigentes, el congelamiento de fondos y retiros de la personería jurídica a numerosos sindicatos; la CGT se vio obligada a declinar su posición, iniciándose de ese modo una fuerte lucha interna entre los que apoyaban las medidas combativas y quienes buscaban una salida negociada con el gobierno para salvaguardar sus beneficios e intereses.

Sin lugar a dudas, el gran ganador de la pulseada entre el gobierno y los sindicatos, fue el propio Onganía, quien había logrado imponer en el movimiento obrero aquello que tanto deseaba la gran burguesía, el orden. Y es que ese requisito era fundamental para el éxito del programa de normalización que empezaba a llevarse a cabo, además de que se cumplía con uno de los objetivos centrales del gobierno de facto: la despolitización de la sociedad.

Por otra parte, desde la posición de los paternalistas se lograba el objetivo de subordinar al movimiento obrero, mediante

un sindicalismo “auténticamente representativo” que se insertara, en cumplimiento de sus “funciones específicas” y previa despolitización, en el comprensivo sistema corporativo al que apuntaban. Esto implicaba un sindicalismo unificado, aunque bajo la conducción de dirigentes “apolíticos” y respetuosos de la especificidad de la contribución del trabajo a la integración de la sociedad (O’Donnell, 2009: 124-125).

Pero la realidad distaba mucho de los proyectos de los paternalistas.

Si bien es cierto que luego de la derrota sindical de 1967, un sector del sindicalismo, encabezado por Augusto Timoteo Vandor, adoptó una postura dialoguista y apolítica, o al menos desideologizada, que le permitió acercarse al gobierno

obteniendo algunos beneficios para sus gremios, otros sindicatos siguieron una línea contraria, intransigente y combativa. En ese contexto, en 1968 se celebra un nuevo Congreso Normalizador de la CGT, que no hizo más que acentuar las divisiones existentes. El fracaso de congreso, que tenía por meta final la unificación del movimiento obrero, originó la creación de dos centrales sindicales rivales: la CGT de los Argentinos, liderada por Raimundo Ongaro, que sostenía la oposición al régimen y expresaba la línea dura del peronismo combativo; y la CGT Azopardo, de predominio vanderista y afín a negociar con el gobierno. El rechazo público del gobierno de reunirse con las autoridades gremiales recientemente constituidas, por considerar que no estaban legítimamente reconocidas por la autoridad competente, ayudó a profundizar aun mas la distancia con los trabajadores, que terminará haciendo explosión en 1969, año que marca el principio del fin del proyecto político de Onganía.

1969 un año clave

En 1968 estalla una nueva crisis al interior del BA. De nuevo, paternalistas y liberales se enfrentaron por la continuidad del modelo. En este sentido, para los primeros, se estaba finalizando la etapa del “tiempo económico”, a la que le sobrevendría el “tiempo social”. Lo que se esperaba con este segundo momento, era la consolidación del modelo corporativista, mediante la institución de organizaciones auténticamente representativas de la sociedad. En consecuencia, se buscaba la unificación de los sindicatos y de las organizaciones de la gran burguesía, además de redistribuir la riqueza para poder compensar los sacrificios realizados por los sectores menos favorecidos. Esto último entorpecía el proceso de acumulación de capital, objetivo de la gran burguesía, provocando tensiones con la corriente liberal del BA.

En medio de estas pujas, Onganía decidió relevar al Comandante en Jefe del Ejército, general Julio Alsogaray, ante el temor de un posible golpe de estado liderado por la fracción liberal del Ejército. En su lugar se designó como nuevo comandante, al también liberal, general Agustín Lanusse, a quien unía por fuertes lazos de amistad con el presidente de facto.

Paralelamente, a la oposición de la gran burguesía y de los liberales, la posición de los sindicatos se convirtió en un escollo más a la ya tensa situación. Como hemos analizado en el punto anterior, el sindicalismo se hallaba dividido, imposibilitando de

ese modo el sueño corporativista de una comunidad organizada y por ende, de garantizar la subordinación y disciplina de los trabajadores.

Por otro lado, la incapacidad del gobierno de sumar apoyos a las filas gremiales, provocó una fuerte reacción por parte de todos los sectores sindicales, cuando a fines de año no pudo concretarse la suba de salarios prometida por el gobierno, que compensaría las pérdidas ocasionadas el año anterior. Esto fue visto por la gran burguesía y los liberales, como una gran victoria, porque dejaba al descubierto las falencias del pretendido “tiempo social”, así como acentuaba la dependencia del gobierno de los técnicos liberales.

Pronto, los paternalistas entendieron que no contaban con apoyo suficiente para lograr instaurar su proyecto. Aislados en el aparato estatal y en las Fuerzas Armadas, la permanencia en el poder dependía del apoyo del gran capital, el cual se alejaba progresivamente. Como si fuera poco, la política económica empezaba a mostrar sus limitaciones, en lo referente a la integración al modelo de los sectores medios y de los trabajadores, sin olvidar la creciente radicalización que empezaba a gestarse en la juventud y que terminaría desembocando en la formación de agrupaciones armadas.

Para 1969, el *onganiato* se encontraba jaqueado por todos los sectores, aumentando la tensión entre la sociedad civil y el gobierno, que no tardó en estallar. En abril de ese año, una manifestación de estudiantes universitarios, duramente reprimida en Corrientes, culmina con el fallecimiento de Juan José Cabral, mientras protestaban contra el aumento de los precios en el comedor universitario. Días más tarde, en Rosario, una nueva protesta estudiantil toma las calles, para repudiar la muerte de Cabral. En la misma, la policía abate al estudiante Alberto Ramón Bello. Ante esta situación, la ciudad es tomada por los estudiantes en lo que fue conocido como el “Rosariazo”.

Simultáneamente, en Córdoba se producen choques entre los trabajadores de la industria automotriz y el estudiantado universitario contra el gobierno, por la aplicación de una serie de medidas adoptadas por el gobierno de esa provincia, tales como el aumento de los impuestos municipales y a la propiedad, la quita de un porcentaje del sueldo a los trabajadores cordobeses, denominado “quitas zonales”; sumadas a las movilizaciones de los estudiantes en protesta por los episodios de violencia en Corrientes y Rosario provocaron que las tensiones acumuladas terminaran explotando,

dando origen a uno de los mayores acontecimientos políticos-sociales de la historia argentina, el “Cordobazo”.

El 29 de mayo de 1969, numerosas columnas de trabajadores industriales a los que se les sumaron empleados públicos y estudiantes tomaron la ciudad, haciendo frente a la represión policial que se vio obligada a replegarse. El asesinato de un trabajador, Máximo Mena, provocó la movilización masiva no sólo de los actores ya citados, sino también de la clase media, cansados del gobierno autoritario y del clima represivo.

La imposibilidad de la policía por imponer el orden, obligó al gobierno nacional a autorizar la represión por medio del Ejército, que encontró una dura resistencia. A su vez, la protesta adquirió un importante matiz popular al verse los dirigentes sindicales sobrepasados por el clamor de las bases, especialmente de los estudiantes universitarios.

Si bien el movimiento que impulsó al “Cordobazo” fue detenido por el accionar represivo de las autoridades, el mismo logró derrumbar el “logro” más importante del que se ufanaban los paternalistas, la imposición del orden. Y es que la protesta llevada a cabo en las jornadas de mayo del `69

crystalizó el cuestionamiento al régimen ya iniciado por diversos sectores de la sociedad. Además, pondría de manifiesto una crisis de autoridad en el interior de las diferentes organizaciones de la sociedad civil que coincidió, también, con la aparición de la juventud en la esfera pública como un actor colectivo dispuesto a romper con el pasado y llevar a cabo lo que entendían como la reparación moral que el país necesitaba (Gordillo, 2007: 357).

A partir del “Cordobazo”, comienza a gestarse un fuerte impulso combativo, especialmente en el sindicalismo y en la juventud. En relación al primero, se registra una mayor atomización de los mismos, cuando los sindicatos por empresa¹³ adquirieron una mayor independencia de los gremios nacionales, a la vez que aumentaron su nivel de radicalización política, rechazando al sindicalismo clásico por considerarlo como una burocracia cuyos líderes lo único que buscaban era enriquecerse a costa de sus compañeros.

Es por ello que surge una nueva línea dentro del sindicalismo argentino, que se opuso a los “burócratas”. Los sindicatos “clásicos”, tendían a identificar al movimiento obrero con la supresión del capitalismo y la creación de una sociedad socialista,

¹³ Durante el gobierno de Frondizi, se permitió el establecimiento de sindicatos por empresas, especialmente en los sectores productivos recién establecidos, como las plantas automotrices, siderúrgicas y petroleras. Este sistema buscaba, y en gran medida lo logró, descentralizar las negociaciones colectivas salariales, debilitando de ese modo a los sindicatos nacionales y posibilitando la docilidad de los trabajadores, siendo el principal perjudicado el sindicalismo peronista.

centrando la función del sindicato en despertar las conciencias de los trabajadores para lograr el mencionado fin.

En cuanto al otro gran protagonista de las jornadas cordobesas de 1969, la juventud, también experimentó un proceso de cambio, radicalizando su postura. Se deben tener en cuenta, principalmente dos cuestiones. Por un lado, la experiencia de la Revolución Cubana, que volcó a la juventud hacia el convencimiento de que había que cambiar el “sistema”, por una más justo. Unido a ello, y como segundo factor, los jóvenes comenzaron a percibir que el peronismo era la opción acorde para el modelo de sociedad al que se buscaba arribar. Como consecuencia, la juventud giró hacia el peronismo, aclamando a su líder y convirtiéndose en la rama más importante del movimiento justicialista.

Mientras que los obreros tenían a su disposición la “huelga revolucionaria”, la juventud llevó la lucha armada a la primera línea de acción política. Es con el ejemplo del Che Guevara en Cuba, que los jóvenes toman las armas con el objetivo primordial del retorno de Perón al país, poniendo en práctica la táctica de la guerra de guerrillas urbanas, que no tardaron en enfrentarse al régimen militar, viéndose éste obligado a entablar discretas negociaciones con el líder exiliado. Esto significó el fracaso del proyecto de Onganía, de instaurar en la sociedad argentina un modelo de tipo corporativista.

Volviendo al “Cordobazo”, el mismo significó para el *onganiato* el ocaso de un proyecto político que no había podido concretar sus objetivos más básicos. Para Liliana de Riz

el Cordobazo había sacudido la coraza del régimen militar y puesto en duda su capacidad para imponerse por la sola voluntad de la fuerza. Onganía, seguro de que la racionalidad y eficacia de sus políticas habrían de legitimarlo en el ejercicio del poder, confiaba en que esto era suficiente para conservar el crédito que sus camaradas de armas le habían otorgado (2000: 74).

En tanto que para O'Donnell, “el mito del orden y la autoridad habían terminado. También había terminado la confianza de la burguesía de que el BA podía extenderle las garantías necesarias para consolidar a largo plazo su dominación social” (2009: 226). Los días en el poder de los paternalistas, estaban contados y mientras estos trataban de aferrarse al mismo, los militares liberales realizaban sus maniobras para tratar de salvar, si es que se podía, la permanencia del régimen en el poder.

Una de las figuras que procuró una salida negociada, era el ex-presidente de facto Pedro Eugenio Aramburu, quien comenzó a dialogar con distintos actores políticos, pretendiendo “llevar al poder a un candidato presidencial que tuviera el visto bueno de las Fuerzas Armadas” (De Riz, 2000: 75). En tanto que el comandante del Ejército, general Agustín Lanusse, inicialmente adoptó una postura cautelosa, más tarde se definió por continuar con el régimen militar estableciendo ciertos cambios.

Es que el “Cordobazo” no solo sacudió la relación sociedad-gobierno, también volvió a reactivar las pujas de poder al interior de las Fuerzas Armadas. Como es sabido, las mismas estaban bajo el influjo de tres distintas corrientes ideológicas-políticas, que se disputaban el liderazgo del régimen. El fracaso y consiguiente debilitamiento de los paternalistas, posibilitó el ascenso de los nacionalistas, que buscaban un papel más protagónico que el que habían representado hasta el momento.

Los nacionalistas planteaban el retorno hacia el capital nacional, desprestigiado por la gestión de Krieger Vasena y una alianza con el sindicalismo. Perseguían la tan mentada unión entre el pueblo y las fuerzas armadas, excluyendo de la misma a los “subversivos” y a los liberales “entreguistas” (O’Donnell, 2009: 244).

Mientras la crisis posibilitaba el ascenso de los nacionalistas, los liberales perdían terreno, al quedar demostrado por la movilización social de mayo, que el sector popular no estaba derrotado como ellos pensaban, por lo que ya no podían seguir manteniendo una política económica contraria a los intereses de ese sector.

Esto último, se tradujo en pérdida de confianza del gran capital, que progresivamente, se reflejó en fuga de capitales y en el retiro de la inversión privada. Aun con ese marco, el sector militar encabezado por Lanusse, decidió desechar los planteos de una salida política, y como decíamos anteriormente, terminó optando por una solución continuista en donde los paternalistas serían excluidos de la esfera de gobierno.

En el mientras tanto, Onganía y su equipo parecían estar ajenos a la situación en la que se debatía el régimen, y en vez de escuchar los reclamos de amplias capas de la sociedad, se decidió por acelerar los tiempos de la Revolución. Para tal fin, y luego de una serie de cambios en el gabinete que incluyó la remoción de Krieger Vasena, siendo reemplazado por Dagnino Pastore, se anunció el comienzo del “tiempo social”, por el cual se intentaría “encapsular” al sector popular. Cabe destacar que los objetivos del “tiempo social”, generaron la oposición y alejamiento del BA de la gran burguesía.

Aun así, y a pesar de la “sensibilidad social” de los nuevos funcionarios, la política económica post-Cordobazo mantuvo sus lineamientos iniciales para “no entorpecer, mas allá de lo que lo hacían los recientes acontecimientos, la confianza y la acumulación de capital” (O’Donnell, 2009: 254), diluyendo toda esperanza de cambio y de mejoras de salarios. Al mismo tiempo que el gobierno buscaba unificar la central sindical, para con ello acelerar su proyecto corporativista. Pero la crisis económica que empezaba a palpitar, sumado a la fuerte división entre colaboracionistas y clasistas en el campo sindical, mas una situación social sumamente violenta, imposibilitaron las maniobras de negociación del gobierno.

Pero no sólo aquellos sectores que componían al BA y las Fuerzas Armadas se oponían al plan normalizador de los paternalistas. La sociedad civil se mostraba contraria a la propuesta del gobierno nacional. Como resultado, las protestas sociales y la radicalización de ciertos sectores, como la juventud, le hicieron saber al gobierno su disgusto por la continuidad de la dictadura.

Finalmente, este clima de conflictividad social, sumado a los problemas económicos que empezaban a hacerse sentir con fuerza, terminaron por hundir a Onganía, quien cada vez se encontraba más aislado y debilitado. Después del secuestro y posterior muerte del general Aramburu, Onganía fue obligado a dimitir. Corría junio de 1970, cuando finalizaba la primera etapa del Estado burocrático autoritario.

SEGUNDA PARTE

Primera Plana: nuevo periodismo, modernización y golpismo

1- Una nueva forma de hacer periodismo

El primer número de *Primera Plana*, vio la luz el 7 de noviembre de 1962 de la mano del reconocido periodista y empresario Jacobo Timerman, quien tuvo a su cargo la tarea de fundar y dirigir una revista para la difusión del proyecto político promovido por la facción azul del Ejército argentino. Inicialmente, el semanario pretendía presentarse como una publicación independiente e imparcial del acontecer político nacional, rasgo que pronto quedó en el olvido, cuando la revista se puso al frente del *lobby* golpista contra el gobierno de Arturo Illia.

A pesar de ello, *Primera Plana* no dejó nunca de esgrimir su papel como semanario de información general, orientado a un segmento específico de la sociedad argentina. Es así como la revista anhelaba ser la lectura de cabecera de aquellas personas fuertemente vinculadas con la toma de decisiones, tanto políticas como empresariales. Pero antes de profundizar estos aspectos, creemos necesario hacer referencia a dos cuestiones. Por un lado, la importancia política y social que tuvieron las revistas de actualidad; y por otro, la llegada al país de una nueva forma de hacer periodismo y de (re)construir la realidad, que se vio reflejada en las páginas de esta revista.

Respecto a la primera cuestión, cobra especial relevancia la amplia influencia y la masividad del acceso a fuentes de información escritas, en una sociedad como la argentina de los años `60, donde todavía no había predominio de medios audiovisuales. De este modo, las revistas de actualidad o de información general desempeñaron

un rol central como actores políticos, formadores de opinión; como factores de presión, representantes de los intereses de factores de poder; como portadoras de argumentos para incidir e interactuar en la realidad de su tiempo al sugerir propuestas a los diferentes instancias del poder y la comunidad (Taroncher, 2009: 20).

Estas revistas estaban orientadas a satisfacer las inquietudes de un determinado público, de alto nivel económico y cultural que buscaba no sólo estar bien informado, sino que las publicaciones trataran los temas políticos y económicos con la mayor seriedad posible y de un modo “neutral”. Además, este selecto *target* buscaba informarse sobre las últimas tendencias artísticas, ya sea en literatura como en cine,

música y arte. Es por ello que las revistas de los `60, les dedicaran una especial atención a la difusión de las expresiones artísticas de vanguardia; como así también, difundirán aquellos productos para el consumo de masas, desde electrodomésticos hasta automóviles, pasando por todo tipo de productos suntuarios, cuyo fin era el de otorgar un cierto *status* social elevado a quien consumiese dichos productos.

En la mayoría de los casos, estas revistas promovían el desarrollo y la modernización económica ligada al capital extranjero y al libre mercado, por lo cual, su matiz ideológico se orientaba a defender la libertad de mercado contra el intervencionismo estatal. De este modo, no es extraño que las distintas publicaciones hicieran causa común contra el gobierno de Illia y su impronta intervencionista, teniendo especialmente en cuenta los aportes que realizaban las distintas empresas de capital extranjero a las revistas, en concepto de publicidad. Mas adelante trataremos ésta cuestión, cuando analicemos la participación mediática en el derrocamiento del gobierno radical.

Ahora bien, ¿cuáles eran sus principales características de *Primera Plana*? Al diseñar su revista, Timerman se basó en los éxitos editoriales extranjeros de la época como *Newsweek*, *Der Spiegel*, *L'Express* y *Time* haciendo hincapié en lo referente al modo en que estos magazines daban cuenta de la realidad. Y si *Primera Plana* fue pionera en algo, fue en la incursión de una nueva corriente periodística que bordeaba los límites de la literatura: el *nuevo periodismo*.

El *nuevo periodismo* tiene su origen en los Estados Unidos de los años de posguerra, considerándose su iniciador el escritor estadounidense Truman Capote con su celebre *A sangre fría*, un relato que fue definido por su autor como de “no ficción”, donde se desarrolla una profunda investigación sobre el asesinato de una familia en Kansas, entremezclando la crónica periodística con el relato ficcional. Pronto, la nueva forma de escribir y de contar la realidad inventada por Capote, fue adoptada por las principales publicaciones estadounidenses de los años `60¹⁴.

Ésta corriente periodística, se caracteriza por presentar hechos reales desde una perspectiva más intimista, ficcionalizando el relato mediante la introducción de diálogos, descripciones detalladas, caracterizaciones y uso del lenguaje coloquial. Con el *nuevo periodismo*, se acentúa la percepción del periodista sobre los hechos que cubre,

¹⁴ En la Argentina, el relato de “no ficción” tiene su temprana aparición, incluso antes de la obra de Capote, con la publicación de *Operación masacre* del escritor argentino Rodolfo Walsh, donde se narran los fusilamientos en José León Suarez.

es decir, que prima la percepción subjetiva del hecho, aunque se tiende a presentarlo de manera objetiva. Esto último se origina, en gran medida, por una serie de cambios en los receptores de la información, que rechazan “las formas narrativas «asépticas» de la experiencia y las explicaciones sin fisuras de una supuesta verdad” (Taroncher, 2009: 26).

Otro aspecto relevante de la nueva corriente periodística, es el acento que ponen en la investigación exhaustiva de los acontecimientos, en “salir a la calle” y estar en los lugares de los hechos, manteniendo exigencias de precisión y verificación sobre los mismos. De hecho, el propio Timerman exigía a sus periodistas que nunca publicaran una noticia, sin verificar antes las fuentes o hablar con los protagonistas.

Ahora bien, centrándonos en *Primera Plana*, Timerman había escogido para su revista el mismo modelo utilizado por Henry Luce y Briton Hadden en *Time*, por considerar el estilo de la revista estadounidense, como moderno y novedoso. Y es que para Timerman, había un “viejo” y un “nuevo” periodismo, pasando a encarnar *Primera Plana* el segundo tipo. En palabras del propio Timerman

antiguamente se creía que el periodismo cumplía con su misión si se limitaba a informar qué pasó, cuándo, cómo, dónde y quién lo hizo. Nosotros hemos insistido en la idea de que, a esas cinco preguntas básicas, es ahora necesario agregar otras dos: por qué sucedió, y para qué sirve. A estas dos preguntas no es posible, ya, responder de una manera aislada, tomando los hechos uno por uno; para contestarlas hay que vincular un suceso con otro, armar un esquema coherente de la realidad y, en fin explicar, llegar al trasfondo, que es lo que procuramos hacer en todas nuestras secciones (Primera Plana, N° 84, 16 de junio de 1964: 3).

De acuerdo con lo descripto anteriormente, *Primera Plana* introdujo toda una serie de novedosos elementos, que rápidamente la hicieron destacar de entre el creciente mercado editorial local. Una característica del *nuevo periodismo*, que la revista argentina supo aprovechar, fue el proceso de ficcionalización de la realidad mediante el uso de una narrativa literaria, la descripción de personajes y lugares, la transcripción de diálogos, chismes y anécdotas, y la adjetivación “con una fuerte carga irónica”, sumado a la inclusión de metáforas en “una sutil red connotativa” (Alvarado y Rocco-Cuzzi, 1984: 29).

El estilo implementado por *Primera Plana* parece ser indicio, no sólo de la influencia del periodismo estadounidense en la misma, sino también del sector social al que estaba dirigida la publicación. De esto ya algo hemos mencionado al principio del

presente apartado, cuando vimos que las revistas de interés general de los años `60 apuntaban a un selecto segmento de la sociedad argentina.

Tanto Maite Alvarado y Renata Rocco-Cuzzi (1984) como Daniel Mazzei (1997a) no dudan en afirmar que la clase a la que apuntaba *Primera Plana*, era la clase media alta, lo que nos da la pauta de la intencionalidad política que la revista reproducía en sus páginas. De este modo, se operaba un proceso de exclusión de otros sectores, mediante lo elevado del precio de una revista, que debía adquirirse semanalmente¹⁵, y la utilización de un modo de escritura, que hacia constantes referencias a selectos textos literarios o citas en lenguas extranjeras, que muy difícilmente podían ser entendidos por miembros de la clase popular.

Asimismo, los autores aluden a otros tópicos que hacen referencia a la orientación social de la revista, tales como la publicidad y los segmentos de cultura y arte, que apuntaban hacia un sector de alto nivel adquisitivo y cultural. En relación a la publicidad, lo que se buscaba con la misma era introducir al mercado local toda una serie de productos que tendían a la modernización, no solo económica, sino también cultural. En las páginas de *Primera Plana* se anunciaban todo tipo de productos para el consumo del sector medio alto, tales como autos, electrodomésticos, viajes y determinados productos como relojes, vestimenta, perfumes y bebidas, que dejaban entrever que consumirlas era sinónimo de ser modernos, además de otorgar un *status* social elevado.

Lo anterior se relaciona directamente, con el tipo de público al que *Primera Plana* buscaba llegar. ¿Quiénes eran estos miembros de la clase media alta? En su mayoría, eran ejecutivos ligados a empresas trasnacionales, lo que puede apreciarse en la importancia que la revista le dedicaba a los temas de negocios y economía, a los que luego agregó informes y columnas especializadas sobre administración de empresas y macroeconomía.

Tampoco es de extrañar, que la revista orientara su contenido al público masculino, quedando las mujeres reducidas a un suplemento mensual de una carilla, que mas tarde fue aumentando hasta llegar a algunas pocas paginas, denominado *Primera Dama*. El mismo, si bien resaltaba el carácter moderno de la mujer argentina, hacia referencia a las ultimas tendencias de la moda y presentaba reportajes a actores o

¹⁵ Entre 1962 y 1969, el valor de *Primera Plana* registró un aumento del 500%; mientras que el precio era un 80% y un 100% mayor que la del resto de las publicaciones de la época (Mazzei, 1997a: 95).

actrices famosos. De más está decir, que el suplemento femenino de *Primera Plana*, sólo presentaba banalidades, aunque años más tarde cambiará su postura y el suplemento *Primera Dama* presentará otros temas, como literatura o el nuevo papel de la mujer en la sociedad moderna, en consonancia con los tiempos que corrían.

Otro sector al que apuntaba, era la clase media fuertemente ligada a las corrientes culturales de los años `60. Como plantea Mazzei, la revista

acompañó todas las formas de renovación cultural, todas las "aventuras estéticas" desarrolladas en los Sesenta. Primera Plana privilegiaba a la vanguardia del cine europeo, a la literatura norteamericana y al "boom" de la literatura latinoamericana, al teatro independiente, y a las nuevas formas culturales expresadas por el Instituto Di Tella (1997a: 94).

Tanto la difusión de una agenda cultural vanguardista, como la publicidad de productos ligados a la industria pesada y a ampliar el mercado de consumo local, apuntaban a la modernización económica de la Argentina. Modernización que para la revista, no podía ser encarada por un gobierno "anacrónico", que parecía repetir los errores del pasado. La fuerte intencionalidad política de *Primera Plana*, por difundir un programa económico ligado al libre mercado y al capital extranjero, no se condecía con el programa de gobierno de la UCRP. Empezaba por lo tanto, una campaña mediática cuyo fin último era generar un clima favorable para el asentamiento de dicho programa económico, sostenido por un gobierno fuerte que impusiera el orden. El camino hacia la modernización autoritaria estaba en marcha.

2- Desestabilización y golpe

Principales características del período Illia

El gobierno de Arturo Illia, se caracterizó por tener un escaso margen de legitimación popular, originado por la proscripción del peronismo; a la vez que las políticas desplegadas durante su breve gestión, tendieron a enfrentar al gobierno con los intereses ligados al capital extranjero, sin olvidar la permanente tensión con unas Fuerzas Armadas sumamente politizadas. A continuación nos detendremos en examinar las principales medidas de gobierno adoptadas por Illia y exploraremos los detonantes del golpe, deteniéndonos en analizar el papel que jugaron los medios de comunicación en el mismo y *Primera Plana* en especial.

Arturo Illia asumió la presidencia de la Nación el 12 de octubre de 1963, con apenas un escaso 25% de votos validos y un contexto político interno sumamente conflictivo, originado por la proscripción del peronismo y la influencia de las Fuerzas Armadas en la política nacional. Desde un primer momento, la autoridad del nuevo presidente fue puesta en duda, precisamente por el magro resultado electoral y por las propias pujas existentes al interior de la UCRP, y entre ésta y su contraparte Intransigente.

Las elecciones de 1963, se caracterizaron por ser las primeras en el país que utilizaron el sistema de representación proporcional y al ser el presidente de la Nación electo de forma indirecta, la UCRP tuvo que negociar con partidos minoritarios, como la Democracia Cristiana y el Partido Socialista, para alcanzar los votos necesarios en el Colegio Electoral. Si bien se especulaba con que estos partidos podían llegar a formar parte del gobierno, Illia prefirió formar su gabinete con miembros de las distintas líneas internas de la UCRP, que Daniel Mazzei (1997a) denomina como *equilibrio pendular*, por reflejar no sólo las posiciones internas, sino también la influencia geográfica y la cercanía a los núcleos del partido, es decir al gobierno o al partido. Es así como el primer gabinete del doctor Illia, estuvo compuesto por representantes del sabattinismo, del balbinismo y de los unionistas.

A pesar de las negociaciones entre los distintos partidos en el Colegio Electoral, la UCRP no contó con mayoría ni *quórum* propio en la Cámara de Diputados, ni con la mayoría de las gobernaciones provinciales, que habían quedado por fuera de su control. No ocurrió lo mismo en el Senado, donde si contó con la mayoría.

Más allá de la escasa, cuando no nula, legitimación, Illia se propuso gobernar bajo la influencia política de la facción azul de las Fuerzas Armadas, en lugar de la colorada de la cual, la UCRP era aliada¹⁶. De este modo, el general Onganía mantuvo su cargo de Comandante en Jefe del Ejército, ya que el presidente Illia pensaba que éste honraría su perfil legalista y profesionalista. Claro que ésta decisión no se tomó considerando solamente la posición azul, en relación a la no intervención en política. La decisión por parte del presidente electo, de no remover las cúpulas militares estuvo precedida por la cauta intención de no generar un enfrentamiento con el sector azul. De

¹⁶ Para María Cecilia Míguez (2013), la UCRP compartía con la facción colorada, la premisa de la proscripción y exclusión del sistema político argentino del peronismo. De hecho, durante los acontecimientos entre azules y colorados, la principal fuerza civil que apoyó a estos últimos, fue la escisión del radicalismo liderada por Balbín.

todos modos, el gobierno de los radicales del pueblo no pudo dejar de ser percibido con cierto recelo, por su cercanía con la facción militar caída en desgracia.

Brevemente, entre las principales políticas desplegadas por la gestión Illia, podemos mencionar la suspensión de los contratos petroleros firmados por Frondizi, privilegiando de ese modo la explotación nacional; la promulgación de la Ley del Salario Vital y Móvil y la Ley de Abastecimiento, cuyo fin era la de fijar topes máximos a los salarios, jubilaciones, pensiones y productos de la canasta básica. Asimismo impulsó la educación pública elevando el presupuesto del área en un 25% para 1965, como también el incentivo a la producción industrial y ganadera, mediante el otorgamiento de préstamos a los sectores productivos. Cobra especial relevancia la Ley de Medicamentos, especialmente por el papel de los grandes laboratorios en el complot destituyente, por el cual se establecía una política de control de precios de los mismos.

En definitiva, podemos afirmar que el periodo 1963-1966 cerró en lo económico con un aumento del PBI en un 9,1 % para 1965 y una reducción de la deuda externa de 3.400 a 2.600 millones de dólares; así como se registró una baja en el desempleo y un alza en el salario real. Independientemente de estos logros, el gobierno nacional, en lo político, no pudo asegurar su posición y fue blanco fácil de la desestabilización, tanto a manos de las grandes corporaciones como de las empresas mediáticas, que actuaron como operadores políticos.

¿Cuáles fueron entonces, los principales focos de conflicto durante el gobierno de Illia? En primer lugar, la cuestión peronista representó un fuerte foco de tensión, especialmente desde las elecciones de 1962, donde el peronismo estuvo proscripto. Desde ese entonces, la relación entre el movimiento liderado por Juan Perón y el gobierno radical, estuvo condicionado a una permanente puja en donde el líder exiliado utilizó todo su poder político y de presión, incluyendo un frustrado intento de retorno al país¹⁷. De igual modo, el sindicalismo, tanto el *vandorista* como el que respondía a Perón, también supo sacar provecho de la situación en la que se encontraba el gobierno, mediante una serie de medidas de fuerza que paralizaron en casi su totalidad la actividad productiva. El conflicto con el sindicalismo, se originó por la pretensión del gobierno nacional de modificar la Ley de Asociaciones Profesionales, para romper el predominio del peronismo dentro de las entidades gremiales.

¹⁷ En diciembre de 1964, Perón intenta retornar a la Argentina, pero el gobierno nacional, presionado por las Fuerzas Armadas, logra detener su vuelo en un aeropuerto brasileño, obligando a volver a España.

Entre las medidas tomadas por el sindicalismo, podemos destacar la toma de los lugares de trabajo y retención del personal jerárquico de las fábricas tomadas. De igual manera, Augusto T. Vandor fue el principal propulsor de la temprana vuelta del general Perón a la Argentina, de la cual hacíamos referencia. Lo que si debemos destacar, es que la propuesta de Vandor tuvo dos motivos principales. Por un lado, enfrentar al gobierno de Illia con el peronismo y por otro, fortalecer su posición frente al propio Perón.

Además de los enfrentamientos con el peronismo y el sindicalismo, Illia tuvo que hacer frente a las presiones internacionales de Estados Unidos primero y de Suiza después, por la negativa del gobierno a permitir la explotación de petróleo por parte de empresas estadounidenses y por el congelamiento del precio de los medicamentos. De manera similar, los sectores del empresariado argentino, aglutinados en la Unión Industrial Argentina (UIA), también hicieron conocer su posición en relación a la intervención del Estado en lo referente al congelamiento de precios de la canasta básica y a la política de corte keynesiana, esgrimida por Illia en lo económico y social.

En cuanto a la relación con las Fuerzas Armadas, seguimos lo planteado por Mazzei, para quien las relaciones entre el gobierno y el ámbito castrense atravesaron tres etapas:

la primera, que se extendió hasta mayo de 1965, se caracteriza por la oposición azules-colorados. La repercusión local de la intervención norteamericana a Santo Domingo (mayo de 1965) inició una segunda etapa durante la cual se produjo el “enfriamiento” de las relaciones entre el Gobierno y las Fuerzas Armadas. En esta etapa, que culmina en noviembre de 1965 con el paso a retiro del general Onganía, la tendencia golpista se difundió en amplios sectores del Ejército. La tercera fase (noviembre de 1965-junio de 1966) significó la cuenta regresiva de un golpe de Estado que, si bien no tenía fecha definitiva, se había convertido en un hecho inevitable (Mazzei, 1997a: 32).

Quizás lo mas relevante de la relación gobierno-Fuerzas Armadas, sea la negativa por parte del gobierno de enviar tropas para apoyar al contingente norteamericano en Santo Domingo. El hecho marcó un quiebre, que en gran medida aceleró los planes golpistas que ya se estaban pergeñando. Sumado a esto, durante las elecciones legislativas de 1965, el peronismo pudo participar libremente bajo el nombre de Unión Popular, siendo el gran ganador de las elecciones, que terminaría elevando a 44 el número de diputados peronistas en el Congreso de la Nación.

Ante la proximidad de las elecciones a gobernador y la elección presidencial, los sectores castrenses más virulentamente antiperonistas, se dieron cuenta que la cuestión peronista no estaba zanjada y que el gobierno pensaba permitirle al peronismo participar de las mismas. Ante el peligro del retorno del peronismo a la política nacional, se comenzó a poner en marcha un plan para desprestigiar al gobierno de Illia, creando en la sociedad argentina un clima favorable para el golpe y para la instauración de un modelo político-económico que pusiera fin a las políticas de tipo intervencionistas.

Primera Plana: desestabilización y golpe

El proceso de desestabilización del gobierno de Arturo Illia y la participación de los medios de comunicación en él, es uno de los tópicos más estudiados de la historia y de la política argentina. Entre los principales trabajos dedicados al tema, podemos mencionar los estudios de Daniel Mazzei y Miguel Ángel Taroncher, como los más íntegros y específicos sobre la participación de los medios y de los distintos sectores sociales en el golpe de Estado de 1966, y cómo estos ayudaron a la instauración de un proceso de modernización por la vía autoritaria. En el presente apartado, nos dedicaremos a examinar el papel de *Primera Plana* en la desestabilización del gobierno de la UCRP y la formación de la imagen de líder de Onganía, siguiendo los planteos de ambos autores.

Como ya hemos mencionado anteriormente, la frustrada participación argentina en las “operaciones de paz” en Santo Domingo y el triunfo del peronismo en las elecciones de 1965, posibilitaron el avance destituyente por parte de las Fuerzas Armadas. Pero tampoco debemos omitir el interés de diversos actores en el derrocamiento del gobierno de Arturo Illia, tales como las empresas transnacionales ligadas a la explotación petrolífera y los laboratorios farmacéuticos; al igual que el sindicalismo, tanto vanguardista como peronista, para quienes la reforma en la Ley de Asociaciones Profesionales representaba una amenaza directa a sus intereses.

Ahora bien, y siguiendo a Mazzei y a Taroncher, podemos afirmar que a partir de mayo de 1965, la revista *Primera Plana* comenzó a hacer énfasis en la necesidad de un cambio de gobierno, enalteciendo a la figura del general Onganía como la del único hombre capaz de imponer el orden. Para ello, la revista se dedicó a atacar todas las acciones de gobierno y a desprestigiar la figura de Illia, quien era presentado como un

hombre débil y decrepito, frente a un Onganía lozano y carismático. Pero, ¿cuáles fueron las operaciones mediáticas por las cuales *Primera Plana*, logró su cometido?

Para Mazzei, las operaciones mediáticas golpistas se expresaron mediante diversos canales comunicacionales, dependiendo del segmento social al que se quería influir. En relación a *Primera Plana*, para el autor, la revista

cumplió una función señalizadora: no diciéndole a sus lectores qué pensar, sino dirigiendo su atención hacia ciertos temas, y realizando una “supresión selectiva” de otros. En el caso de Primera Plana sobresalieron los artículos de política nacional que cuestionaban la autoridad y la eficiencia presidencial, la campaña maccartista, y la utilización de la caricatura y el humor político en la construcción de imágenes arquetípicas de Illia y Onganía, y fundamentalmente, los editoriales de Mariano Grondona. (1997a: 74).

Quizás el papel que jugó Mariano Grondona, como comentarista destacado de la revista, nos permita ir reconstruyendo el derrotero político de *Primera Plana* a lo largo del periodo 1965-1966, culminando con la llegada al poder de Onganía. Claro que, como bien plantea Mazzei en la anterior cita, los editoriales políticos de Grondona no fue lo único en lo que colaboró la revista fundada por Jacobo Timerman. La utilización del humor y la (de)formación de la imagen y la capacidad política de Illia y Onganía, ayudaron al rápido desprestigio del gobierno radical y a la elevación de la figura, no solo de Onganía sino también del ejército, como la “última esperanza” para salvaguardar los intereses de la Nación. Empecemos por la cuestión de Santo Domingo y el papel que comenzó a ejercer *Primera Plana* y Mariano Grondona, en la opinión pública.

Como ya habíamos mencionado, la crisis desatada por la intervención estadounidense en el país caribeño, con la excusa de evitar la llegada al poder de otro gobierno comunista en su área de influencia, fue lo que en gran medida posibilitó la puesta en práctica del plan golpista. Una vez producida la invasión, los Estados Unidos buscaron legitimar su intervención en el seno de la Organización de Estados Americanos (OEA). Es desde la organización panamericana, que se propone la creación de una fuerza multilateral de paz, para apoyar a los *marines* estadounidenses.

En un primer momento, el gobierno radical a través del canciller Miguel Ángel Zabala Ortiz, apoya la moción de enviar tropas a República Dominicana, decisión que fue rápidamente criticada por la oposición y el propio oficialismo. Los más fervientes defensores del envío de tropas argentinas al escenario del conflicto, eran las Fuerzas

Armadas, para quienes la lucha contra el comunismo era un compromiso ineludible por formar parte de la Doctrina de Seguridad Nacional. De ese modo, las Fuerzas Armadas argentinas, adherían al concepto de “fronteras ideológicas” esgrimido por la administración Johnson.

La decisión del presidente Illia, de no enviar tropas a Santo Domingo, no fue bien aceptada por las cúpulas castrenses, que no sólo se vieron privadas de llevar a cabo su “cruzada contra el peligro rojo”, sino que también se vieron privadas de liderar dicha cruzada, siendo reemplazados por el ejército brasileño, rival regional de la Argentina y posible beneficiario de la ayuda militar estadounidense. El fallido intento por parte de las Fuerzas Armadas, por saltar a la escena internacional en la lucha contra el comunismo, sumado a aquellas políticas adoptadas por el gobierno radical contrarias a los grandes intereses, dio el puntapié inicial para iniciar la campaña desestabilizadora operada por los distintos medios de comunicación.

Con la excusa de la no concretada intervención en República Dominicana, *Primera Plana* aprovechó el espacio que se le abría para criticar con dureza al gobierno radical. Mas adelante, con la victoria de la Unión Popular, la revista comenzará a avivar los fantasmas del tan “temido” retorno del general Perón. Su principal “herramienta” para lograr el clima psicológico propicio para el cambio de gobierno, fueron las columnas políticas de Mariano Grondona, quien pronto ascendería a una posición muy cercana a la de “consejero del príncipe”, una vez que Onganía arribase al poder.

Grondona se integra a *Primera Plana* en 1964, como principal columnista político. Para Timerman, el joven abogado era poseedor de una

honesto y penetrante visión de la misma realidad que a todos nos afecta; (...) con seriedad y rigor casi científico (el doctor Grondona es experto en Ciencias Políticas), además de una agudísima capacidad de observación periodística (Primera Plana, N° 84, 16 de junio de 1964: 3).

El novel columnista, ya tenía experiencia trabajando en medios, habiendo escrito con anterioridad para *La Nación* y *El Mundo*. Así como también había participado en política, primero militando en el Movimiento Independiente de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires (UBA), donde fue profesor al igual que en la Escuela Superior de Guerra, y en el levantamiento azul de 1962 como autor del famoso Comunicado 150. Mas tarde, pasaría a ser asesor del ministro del Interior Rodolfo Martínez, durante el interregno de Guido.

Durante la crisis desatada por la intervención en Santo Domingo, Grondona dio cuenta de los motivos por los cuales, los Estados Unidos intervenían en América Latina.

En este sentido, para Grondona

con su rápida acción, el Presidente Johnson logró detener una rebelión que podía caer en manos comunistas. Pero este objetivo fue alcanzado a cambio de un precio muy alto y evidente: el sentimiento de amargura y de resentimiento que se difunde por el hemisferio ante esta nueva demostración de potencia anglosajona en una tierra latina (...) Ateniéndonos a la corteza racional de los hechos, no podemos negar que, si tenía verdadera evidencia sobre la amenaza comunista en la isla, Johnson procedió razonablemente al impedir una segunda Cuba en el Caribe. Y nadie puede tampoco, pretender que el principio de no intervención trabe por una parte la defensa de Occidente, mientras por la otra escuda la agresión comunista (Primera Plana, N° 131, 11 de mayo de 1965: 5).

De igual modo, remarcaba la debilidad del gobierno nacional, frente a lo que él entendía como un avance del peronismo

el caso de Santo Domingo sirvió para demostrar la debilidad de la estrategia oficialista. El radicalismo del pueblo ensayó aquí, manifiestamente, su tímido “dualismo”: el canciller rindió tributo a la realidad, pero el partido y los diputados siguieron fieles a la posición antiimperialista. Y este frente, quebrado, no pudo impedir que el peronismo ganara el control de la campaña antinorteamericana, que redujera a la mayoría de los partidos opositores a la condición de satélites (...) salvo que las tendencias profundas de los sectores populares hayan cambiado, el peronismo avanza rápidamente hacia el completo dominio de nuestro panorama electoral (Primera Plana, N° 132, 17 de mayo de 1965: 5).

Como remarca María Cecilia Míguez (2012), con el modo en que el gobierno manejó la cuestión de la (no) intervención, Grondona y *Primera Plana*, comenzaron las operaciones de desprestigio del gobierno y a la figura de Illia, acusando una imagen de debilidad e inoperancia, que se vio reflejada en todos los números de la revista, hasta el golpe de 1966. Ahora bien, ¿en qué consistió ésta operación mediática?

Como plantea Mazzei, luego de la crisis dominicana y por medio de los editoriales de Grondona, *Primera Plana* comenzó a avivar la siempre presente “amenaza comunista”. El fin que perseguía la revista, completamente comprometida con la causa golpista, era la de alinear a las Fuerzas Armadas detrás de Onganía, quien era presentado por la publicación como un “cruzado contra el comunismo”.

Para Mazzei, “la no-intervención en Santo Domingo había dado pie a las acusaciones sobre permisividad que, junto a las de debilidad, se transformaron pronto en complicidad con el comunismo” (1997a: 85). De esta manera, a través de *Primera Plana*, se buscaba sumar aliados para el golpe, mientras que se consolidaba la imagen del las Fuerzas Armadas y de Onganía como garantes del orden y guardianes del tradicional modo de vida “occidental y cristiano” del país.

Es así como la crisis azucarera originada en Tucumán, será utilizada como excusa para difundir rumores sobre una posible infiltración marxista en el norte argentino. En relación a ello, *Primera Plana* decía lo siguiente:

El tema del azúcar suele aburrir a los argentinos que no residen en las provincias interesadas. Entre éstos, a los Presidentes de distintas épocas. Pero cuando el tema sale del estrecho campo económico para invadir terrero político, cuando en tres provincias de fuerte caudal peronista los cañaverales amenazan convertirse en un infierno verde, comienzan a cambiar las opiniones y a declinar las intransigencias (Primera Plana, N° 156, 2 de noviembre de 1965: 16).

De la anterior cita, se desprende la posibilidad de que la crisis azucarera desatada en Tucumán, generase en una insurrección abierta, similar a la experiencia cubana, como el mismo semanario dejará entrever en otra nota publicada meses antes del golpe de Estado¹⁸. A su vez, se deja entrever una equiparación entre subversión y peronismo, al remarcar el peligro de un levantamiento armado, encabezado por el movimiento liderado por el general Perón. Asimismo, ante la “incapacidad” o “lentitud” del gobierno para resolver la situación, se refuerza la idea de la necesidad de un “gobierno fuerte”, que imponga el orden y el respeto hacia la autoridad.

Esto último, podemos apreciarlo en un editorial de Mariano Grondona, donde se queja de la falta de respeto hacia los “superiores” de la escala jerárquica social. A continuación, transcribimos dos párrafos del mencionado editorial que nos parecen sumamente relevantes, para entender cómo se reflejaba ésta cuestión en el pensamiento de Grondona.

A veces se confunde, así, democracia con democratismo. Como cualquier otro régimen, la democracia es un sistema de poder, de mando y de obediencia. En ella hay superiores e inferiores, autoridad y sumisión. Sólo que la democracia modera este rígido mandar y obedecer en que la sociedad consiste, con ciertas normas de representatividad y de consideración por la

¹⁸ Véase la nota especial, escrita por Tomas Eloy Martínez, titulada “Tucumán: reportaje al caos” del 24 de mayo de 1966.

persona humana. Caen en el democratismo, en cambio, quienes toman la democracia por la fácil igualación de las condiciones y los talentos y por el allanamiento de toda distancia y de todo respeto. Y este exceso engendra a los nostálgicos de la autoridad que, al verla menoscabada por el democratismo, claman por un dictador.

(...) la democracia puede ser, sin alardes y sin excesos, jerárquica y fuerte. Y, contra lo que pueda pensarse, un poco más de coacción y un poco más de subordinación en todos nuestros niveles de vida en común no serían solamente mal recibidos, sino que por el contrario, aliviarían más de una tensión falsa y más de una inquietud inútil. Porque, los individuos y los grupos, contra los que pueda indicar su actitud aparente, desean y necesitan orientación y rigor. Y sólo cuando adviertan debilidad en la cumbre, conciben el peligroso sueño de ocuparla (Primera Plana, N° 157, 9 de noviembre de 1965: 7).

De lo anterior, podemos notar el fuerte hincapié en lo relacionado al papel y la importancia de la autoridad y al respeto hacia la misma. Pero resulta paradójico que Grondona no reclame por un dictador. Todo lo contrario, considera que una democracia pueda ser “jerárquica y fuerte”. Quizás esto último se deba al modelo de líder y de ejercicio del poder que Grondona mira con admiración, y que luego querrá para Onganía, el modelo *gaullista*. Sobre esto, volveremos en la Tercera Parte del presente trabajo, cuando analicemos el rol de *Primera Plana* durante el régimen de Onganía.

Continuemos con lo relacionado a la imagen que presentaba *Primera Plana* sobre el presidente. Para afianzar los estereotipos, deformando la imagen presidencia y direccionando la opinión pública hacia el objetivo deseado por los golpistas, la revista se valió de una herramienta sumamente efectiva, el humor político. Para Taroncher, mediante el humor político

se recreaban y ridiculizaban situaciones del acontecer político, se informaba y, a la vez, se valoraba el suceso. El humor quebraba la rigidez informativa del texto y funcionaba, al mismo tiempo, como un efectivo y ácido resumen de las secciones a las que acompañaba, como un editorial político gráfico paralelo (2009: 52).

Mientras que para Mazzei, “frente al humor, el receptor del mensaje relaja su guardia y acepta muchas de las premisas implícitas en él” (1997a: 88).

Las caricaturas de Flax, seudónimo de Lino Palacios, fueron las encargadas de llevar a cabo la tarea de deformar la imagen de Illia. En las mismas, el presidente de la Nación era presentado como un anciano decrepito y ajado que rozaba la senilidad. Se

hacia énfasis en resaltar una presunta lentitud del primer mandatario, equiparándolo a la figura de una tortuga o acompañado por una paloma en su cabeza; como así también se enfatizaba sobre un permanente cansancio, que puede apreciarse cuando en las caricaturas, se presentaba a un Illia recostado sobre un sillón en actitud pasiva y cansada, como si el trabajo de Presidente de la Nación fuera demasiado para él.

Lo que claramente se dejaba entrever, era la necesidad de un cambio de liderazgo. Pasar de tener un presidente “lento” e “inútil”, a un líder fuerte que por su sola presencia impusiera el orden. Dicho líder, era nada más que el general Juan Carlos Onganía, quien era presentado como la antítesis de Illia.

A su vez, las caricaturas resaltaban los presuntos rasgos tradicionalistas y patriarcales del presidente a la hora de hacer política, contraponiéndolos a una visión eficientista y modernizadora, que necesitaba el país para salir adelante, y que sólo podía ser encarnado por unas Fuerzas Armadas, cuyo compromiso era la modernización del país mediante el desarrollo económico. Esto ya lo hemos mencionado anteriormente, cuando hicimos referencia a la ligazón entre el sector azul del las Fuerzas Armadas, con la Alianza para el Progreso.

De este modo, podemos sintetizar el proceso de desestabilización del gobierno radical, llevado a cabo por *Primera Plana*, en: 1) deformar la imagen de Illia como presidente, acentuando rasgos que lo hacían ver como un anciano senil. Para hacer posible esto, se utilizó el recurso gráfico del humor político de las caricaturas de Flax¹⁹; 2) se hizo hincapié en la ineptitud, inoperancia e ineficiencia del gobierno, para llevar a cabo las actividades de gobierno o resolver los problemas que aquejaban al país; 3) se insinuó que como consecuencia de la falta de premura, por resolver la crisis azucarera en Tucumán, se estaba ante el peligro de una infiltración marxista en el norte argentino, que podría desencadenar en una segunda Revolución Cubana y 4) al mismo tiempo que se operaban estas cuestiones, también se resaltaba la figura de las Fuerzas Armadas y del general Onganía, como los garantes del tradicional modo de vida “occidental y cristiano” y de la modernización económica de la Argentina.

Hasta aquí, el proceso de desestabilización operado por *Primera Plana* fundamentalmente entre 1965 y 1966, y que culminaría con el exitoso golpe de Estado

¹⁹ Aunque debemos aclarar, que no fue el único dibujante que se prestó a la jugada política. Entre otros podemos mencionar a Landrú (Juan Carlos Colombres) y Quino (Joaquín S. Lavado Tejón). Este último va a decir, años después, que “tanto por la ignorancia que teníamos acerca de las reglas del juego democrático como por la misma precariedad de estas democracias nos convertimos, sin desearlo, en los mejores aliados del enemigo”, al hacer referencia a las tiras humorísticas de *Mafalda*, que aludían con sorna al gobierno de Illia. Véase Quino (1994) *Mafalda inédita*. Buenos Aires, De la Flor.

del 28 de junio. Pero antes de finalizar este apartado, quisiéramos realizar un breve análisis, de dos editoriales de Mariano Grondona previos al golpe, que nos introducirán en la relación *Primera Plana-onganiato*.

En el primero de ellos, titulado *La dictadura*, Grondona comienza la defensa del futuro gobierno de facto, diciendo desde un comienzo que una *dictadura*, no debe ser necesariamente algo malo. Y con tal fin, realiza una distinción entre tirano y dictador:

actualmente se utilizan los términos “dictadura” y “dictador” como sinónimos de “tiranía” y de “tirano”. Es un grave error de perspectiva histórica. “Tirano” llamaron los griegos a quien, usurpando el gobierno o abusando de él, concentraba todos los poderes en su mano por encima de la ley y oprimía al pueblo en su propio beneficio. “Dictador” llamaron los romanos, en cambio, a quien era designado legalmente para enfrentar una situación de excepción, por un termino preciso y con amplios poderes. El tirano es un monstruo, una deformación política. El dictador es un funcionario para tiempos difíciles (Primera Plana, N° 179, 31 de mayo de 1966: 11).

De lo anterior, podríamos concluir que para Grondona la dictadura sería una forma buena de gobierno, mientras que la tiranía sería la deformación de ésta. De este modo, la dictadura sería una respuesta a un estado de excepción, como el estado de sitio o la intervención federal, tal como ejemplifica Grondona. Y dicho estado de excepción “indica, también, que un orden político enfrenta a veces situaciones que exigen una extraordinaria acumulación de energía en algunos puntos decisivos” (*Primera Plana*, N° 179, 31 de mayo de 1966: 11).

Así, para Grondona, hay toda una serie de elementos que lo hacen pensar que en la Argentina hay un estado de excepción, originado por la ineficiencia del gobierno nacional para imponer el orden. Debido a ello, la imperiosa necesidad de un dictador *a la romana*, que imponga el orden necesario y restaure la grandeza de la Nación.

En el segundo artículo, titulado *Por la Nación* y publicado inmediatamente después del golpe de Estado, Grondona equipara la figura de Onganía con la de un caudillo, aunque se cuida de diferenciar a éste de los “caudillos de ayer”. Para Grondona, el poder reside en las Fuerzas Armadas y el error de Illia, consistió en no verlo o en no querer verlo:

Illia, dueño del Gobierno, se creyó poseedor, también, del poder. Y de este equivoco fundamental surgió todo lo demás. Comenzó la anécdota. La polarización y las pequeñas ofensivas ante militares. El retiro del Comandante en Jefe. Y, con él, la pérdida de la “pax” militar de septiembre y, paradójicamente,

la puesta en evidencia de la necesidad de autoridad. El absurdo de un Gobierno sin poder quedó, por así decirlo, manifiesto y demostrado (Primera Plana, edición especial, 30 de junio de 1966: 3).

Nuevamente, se hace patente la falta de autoridad y el desorden generado por una administración “ineficiente”, que hizo todo lo posible para generar una situación de caos. Onganía es presentado como una especie de mesías. Un líder todo poderoso, que concentrara en sus manos el poder civil y militar. Para Grondona “el Gobierno y el poder se reconcilian, y la Nación, recobra su destino”. Con este editorial, el columnista de *Primera Plana*, le da la bienvenida a un gobierno de facto del cual espera mucho, quizás demasiado.

3- Medios de comunicación y opinión pública

Antes de adentrarnos en el tema central de nuestra investigación, quisiéramos realizar un breve excursión, sobre el rol de medios de comunicación como formadores de opinión pública. De esto ya algo hemos dicho, cuando en la Introducción al presente trabajo, dimos cuenta de cuál sería nuestra posición teórica al respecto. Lo que nos proponemos realizar aquí, es enriquecer lo ya mencionado, trayendo a colación otros autores y planteos.

En el Introducción dejamos en claro que para nosotros, los medios de comunicación en los sistemas políticos, se desenvuelven en tres papeles sustantivos: como *ecos*, *comparsas* y *protagonistas*. Además, retomando lo planteado por Flavia Freidenberg (2004), dijimos que los medios de comunicación actuaban como actores políticos, debido a que forman parte “del triángulo que permite a los ciudadanos obtener información política y, al mismo tiempo, ejercer control o vigilancia sobre las instituciones” (Freidenberg, 2004: 3).

Asimismo, dejamos en claro que de los tres paradigmas sobre la influencia de los medios en las perspectivas de los ciudadanos y en la formación de la opinión pública, nos focalizaríamos en el tercer paradigma, correspondiente a las funciones de los medios como *agenda setting*, *priming* y *framing*. Ya las hemos definido, por lo que no volveremos hacerlos aquí, sino lo que pretendemos es profundizar cómo estas funciones se presentan en los medios de comunicación, específicamente en el caso de *Primera Plana* durante el periodo de estudio.

Pero antes de adentrarnos en tema, debemos realizar algunas consideraciones sobre los medios de comunicación y la formación de la opinión pública, por un lado; y la relación entre opinión pública y política, por otro. Ambas cuestiones, deben entenderse de forma conjunta, debido a que son mutuamente incluyentes.

De este modo, podemos encontrar dos tipos de opinión pública, que se relacionan con el sistema político: una opinión pública autónoma y otra heterónoma. La primera corresponde a aquellos sistemas democráticos, la cual se orienta a un ciudadano informado y dotado de razón práctica, que terminará constituyendo en “la base de la democracia como ideal” (Menéndez, 2001: 3). Mientras que la opinión pública heterónoma, se asocia a aquellos regímenes de carácter autoritario.

María Cristina Menéndez define a las mismas de la siguiente manera. Una opinión pública es autónoma, cuando es

relativamente impermeable a la manipulación de la élite; que debe formarse y expresarse libremente; que no debe ser rígida; que los problemas pueden solucionarse de un modo gradual; que la opinión pública mayoritaria puede decidir cambios; que cada problema está separado de otros y permite soluciones separadas y, finalmente, que todos los individuos tienen el mismo peso y la participación de cada uno es democráticamente igual a la de todos los otros (2001: 6).

A su vez, el rasgo heterónimo está dado cuando, recuperando a autores de la tradición marxista, como Nikos Poulantzas y su interpretación *clasista* de la opinión pública. Para dicha línea de pensamiento, y para aquellos autores que comparten ésta línea, la opinión pública quedaría bajo el concepto de *falsa conciencia*, en donde hay una falta de identificación con la propia clase, debido a la presencia hegemónica de la ideología capitalista (Menéndez, 2001). Así, el carácter heterónimo, se produce cuando se

contribuyen a hacer la democracia compatible con el capitalismo pero a costa de socavar el contenido ideológico de los partidos obreros y desmovilizar a la clase obrera en beneficio del poder organizacional y el efecto estratégico de cuestiones e intereses particulares (Menéndez, 2001: 6).

Es decir, el carácter heterónimo está presente en el momento en que se impone desde una visión hegemónica, entendida en términos gramscianos, como la imposición de la voluntad de una minoría sobre la mayoría, haciendo que ésta parezca formar parte de la voluntad general. Ahora bien, ¿cómo hacen los medios de comunicación para formar la opinión pública?

Uno de los autores clásicos, que trabaja la cuestión es Walter Lippmann. En gran medida, el trabajo de Lippmann se orienta a tratar de dilucidar cómo se forman las noticias y cómo estas influyen al público masivo. Para el autor, la formación de la opinión pública, realizada fundamentalmente por los periódicos, se da mediante la inclusión del lector en la noticia. Es decir, haciéndolo participe de la misma. Esta participación del público en la noticia, debe ser de una forma sutil, básicamente a través de los estereotipos.

Los estereotipos en las noticias permiten la identificación del público, haciendo que se acerque o aleje, con el objeto que es noticia. Y aquí entra en juego otro aspecto, el de la verdad. Podríamos resumir este nuevo planteo con la siguiente pregunta: ¿cuál es la relación entre noticia y verdad?

Para Lippmann

las noticias y la verdad no son una misma cosa, y deben ser claramente distinguidas. La función de las noticias es señalar un hecho, la de la verdad es iluminar hechos ocultos, ordenarlos en relación los unos con los otros, y hacer una imagen de la realidad según la cual puedan actuar los hombres. Sólo en esos puntos, donde las condiciones sociales adoptan formas reconocibles y mensurables, coincide la verdad con las noticias (1964: 259).

De este modo, queda demostrado que las noticias no reflejan “la verdad” o por lo menos la realidad en su conjunto. Todo lo contrario, las noticias y la percepción de los periodistas, sólo logran echar algo de luz sobre una porción muy acotada de la realidad, la cual tampoco puede ser definida como “la realidad”, debido a que ésta se adaptará a aquellos que el periodista o editor considere relevante.

En otra parte de su trabajo, Lippmann plantea de que los periodistas nunca pueden aprender a la realidad en su conjunto, ya que es físicamente imposible para una persona, estar las veinticuatro horas del día, todos los días del año, pendiente de una persona o institución (Lippmann, 1964: 247-248). Por tal motivo, los diarios dejan “guardias” en determinados lugares, como puede ser una oficina gubernamental o el Parlamento, y toman como noticia aquello que se hace “notar por un acto mas o menos abierto” (Lippmann, 1964: 248). Claro que es el periodista quien decide notar o no, un acto determinado. De este modo, hemos podido determinar cómo se crea la noticia y cómo ésta influye a la opinión pública.

De lo anterior, podemos afirmar que entre 1963 y 1966, *Primera Plana*, como formadora de opinión pública, ejerció una función de *agenda*, cuyo objetivo era

dar una imagen de legitimidad a un suceso a todas luces ilegítimo, y generar un consenso de aprobación del mismo. En ese punto los emisores del mensaje se enfrentaron con que la segmentación de la audiencia tornaba prácticamente imposible alcanzar un consenso en todos los niveles de la sociedad. Por ello se recurrió a lo que llamamos “efecto espejismo”. Para lograrlo se emiten mensajes que sugieren que los puntos de vista de un sector relativamente minoritario son los de la mayoría. Esta afirmación parte de un hecho comprobado por los expertos en persuasión: que la gente duda en pronunciarse a favor de las opiniones que los medios presentan como minoritaria y tienden a permanecer en silencio. De este modo, esas minorías silenciosas (por temor o desinterés) fueron hábilmente unificadas por los propagandistas junto a aquellas minorías que dieron su apoyo explícito (Mazzei, 1997a: 67).

Ahora bien, ¿en qué consiste la función de agenda? Para Maxwell McCombs (1996), uno de los primeros en utilizar este concepto,

los mass media aportan perspectivas, conforman las imágenes de los candidatos y de los partidos, ayudan a destacar conceptos alrededor de los cuales se desarrollará una campaña y definen la atmósfera particular y las áreas de sensibilidad que marcan una campaña específica (1996: 13).

A su vez, como ya hemos visto, los medios nunca presentan la realidad tal cual es. Todo lo contrario, lo que presentan como “la realidad”, es solamente un mero recorte de aquello que para el comunicador o emisor, tiene relevancia. La función de *agenda*, lo que permite es la puesta en relevancia de ciertos temas, mientras que otros son desestimados. En ese caso, los medios moldearían a la opinión pública, hacia aquellos temas que considera importantes, dejando de lado otros. Así, los formadores de opinión, cobran gran importancia, ya que son ellos quienes determinan el grado de relevancia del tema y cuyo objetivo final es lograr cambios significativos en creencias y comportamientos, de los potenciales receptores del mensaje.

Es aquí donde cobra relevancia el papel del formador-periodista, puesto que para lograr su objetivo, el medio se vale del prestigio, credibilidad o idoneidad del comunicador. Por ende, no es raro que detrás de cada publicación influyente de los `60, haya alguna figura relevante. Mariano Grondona en *Primera Plana*, Mariano Montemayor en *Confirmado* o Bernardo Neustadt en *Todo*, por sólo nombrar los más relevantes, cumplían esa función. Recordemos sino, la presentación por parte de Jacobo

Timerman del nuevo colaborador de la revista, donde Grondona era introducido como un especialista en ciencia política y poseedor de una “agudísima capacidad de observación periodística”.

Con gran inteligencia, *Primera Plana* supo crear una situación de conflictividad política y económica, mediante la utilización de diversos elementos, que van desde el editorial político punzante e implacable, hasta la utilización del humor político con el fin de desfigurar la imagen de autoridad, para “vender” una imagen de debilidad e ineficiencia. La participación de notables escritores y periodistas, que haciendo pleno uso de sus capacidades, lograron semana a semana crear en la opinión pública lo que tanto anhelaban, un clima favorable para el cambio de gobierno, propicio a unas Fuerzas Armadas aliadas a sectores económicos ligados al capital extranjero, que eran presentadas como las garantes para la instauración del orden y la modernización económica.

Aun así, el éxito de la campaña mediática de 1965-1966, no fue garantía alguna para asegurar una armoniosa relación entre *Primera Plana* y el gobierno de facto. Pronto, las tensiones quedaron a flote y las verdaderas intenciones de Onganía, y la corriente militar que lo apañaba, chocaron con su principal aliado. Dicho choque no se resolvería hasta el 5 de agosto de 1969, cuando *Primera Plana* terminó siendo devorada por el monstruo que había ayudado a crear.

TERCERA PARTE

Una relación turbulenta. *Primera Plana* y el *onganiato* (1966-1970)

En la presente sección, analizaremos el rol y la relación de la revista *Primera Plana* con el régimen de facto del general Juan Carlos Onganía. Para tal fin, daremos cuenta de cómo la revista cubrió los principales acontecimientos políticos del periodo, utilizando como principal fuente, los editoriales políticos de Mariano Grondona primero y de Ramiro de Casabellas luego, quien reemplaza a Grondona como editorialista político a finales de 1968; como así también los editoriales económicos de Carlos García Martínez y Julián Delgado, más algunas notas centrales, nos brindaran la información necesaria para reconstruir la relación revista-gobierno.

La relación *Primera Plana-onganiato*, está dividida en tres etapas. La primera, cubre el periodo de julio de 1966 hasta enero de 1967, la cual hemos dado en llamar como “*Primeras fricciones*”, debido a las tensiones que se registraron en relación a la política económica llevada a cabo por Néstor Salimei, la intervención en las universidades y el incipiente autoritarismo del régimen. Una segunda etapa de la relación revista-gobierno, que denominamos como “*Tensiones y recomposición de la relación*”, va desde febrero de 1967 hasta junio de 1968, en coincidencia con el éxito del plan Krieger Vasena. Finalmente, la tercera etapa “*Crisis y ruptura final*”, cubre desde julio de 1968 hasta junio de 1970, periodo en donde la relación entre *Primera Plana* y el *onganiato* termina por romperse, cuando el 5 de agosto de 1969 Onganía clausura la revista que lo había llevado al poder, culminando con la dimisión del presidente de facto en junio de 1970.

1- Primera Etapa: Primeras fricciones (julio 1966-enero 1967)

Legitimación

No resulta extraño que en el primer número de *Primera Plana*, luego del golpe, Onganía aparezca como una figura legitimada. En la Carta al Lector, el presidente de facto es presentado del siguiente modo: “el miércoles, cerca del mediodía, juraba el 32° Presidente de la Nación” (*Primera Plana*, N° 184, 5 de julio de 1966: 9). En la anterior oración, podemos apreciar el fuerte carácter institucionalista y legalista que se le otorgaba a Onganía, estableciendo una línea de continuidad, al ser él el “32° Presidente de la Nación”, con los otros gobiernos y presidentes que lo antecedieron. Incluso el cargo de “Presidente de la Nación”, denota una carga valorativa cuyo objetivo no es

otro más que legitimar una figura claramente ilegítima. Y es que uno de los objetivos principales de la revista, durante los primeros meses de gobierno, será el de legitimar la figura de Onganía.

Es con el editorial de Mariano Grondona, donde se pone en juego toda la estrategia y la operación de legitimación. Grondona comienza su nota, diciendo que los anteriores golpes de Estado fueron “revoluciones hacia atrás”, dado que se tendió a restablecer la “estructura anterior” a los cambios efectuados por el peronismo. De hecho, cuando Grondona hace referencia a este tipo de revolución, está pensando en el golpe de 1955. Pero la Revolución Argentina no es una “revolución hacia atrás”, sino una auténtica revolución, en el sentido de que produjo un “cambio de los gobernantes y reemplazo de la estructura institucional «hacia adelante» por otra radicalmente nueva, imaginada, inexistente hasta el día de la revolución” (*Primera Plana*, N°184, 5 de julio de 1966: 11).

¿A qué hace referencia Grondona, cuando habla de algo “radicalmente” nuevo? Para el editorialista, con el golpe, había surgido un “nuevo Estado” caracterizado por encarnar las dos potestades de la soberanía: la potestad constituyente, capacidad de sancionar las normas; y la electoral, poder designar a los gobernantes. Ambas potestades, dice Grondona, se encuentran en la Junta de los Comandantes en Jefe que, haciendo uso de ellas, dictó un Estatuto de la Revolución y designó presidente de la Nación. ¿Cuál es la importancia de la Junta de Comandantes? La Junta es presentada como un órgano asesor y/o controlador del presidente de facto, que limitaría el poder de éste último, previniendo abusos de poder. El único objetivo de esto, es presentar a Onganía como un líder legítimo y no como un tirano que ha usurpado el poder.

Por otra parte, según Grondona,

la Junta actuó «en representación del pueblo» y que el Estatuto anuncia la constitución de órganos de asesoramiento que llevarán al Presidente la opinión de los diversos sectores. Esto quiere decir que, en lugar de elegir, el pueblo tendrá ahora el derecho de consentir y de participar en las decisiones políticas. La participación se dará a través de consejos donde actuarán las diversas entidades económicas, sociales y culturales (*Primera Plana*, N° 184, 5 de julio de 1966: 11).

De lo anterior se desprende la impronta paternalista del gobierno “revolucionario” y la posibilidad de legitimación de las decisiones adoptadas por el gobierno, mediante los consejos corporativos. Y puede que al resaltar esto, Grondona

pretenda “aligerar” un poco la fuerte concentración de poder que tuvo Onganía en sus manos. Párrafos mas adelante, el editorialista estrella de *Primera Plana* admitirá que el nuevo presidente de facto centraba en si mismo los tres poderes, teniendo de ese modo, la “suma del poder político”. Paradójicamente, esto no convertía al flamante presidente en un tirano, ni mucho menos. Es que

los derechos humanos fundamentales quedan asegurados por la Constitución Nacional, cuyo capitulo de “Declaraciones, Derechos y Garantías” sigue intacto (...). Es evidente entonces que el Estado de Derecho sigue en pie: un Estado limitado por los derechos naturales de las personas y de los grupos, que hallan su garantía en una Justicia independiente (Primera Plana, Nº 184, 5 de julio de 1966: 11).

Gronдона finaliza este importante editorial, dejando abierta tres vías por las cuales, el nuevo régimen se desenvolverá políticamente. Es así como Onganía debería elegir entre una presidencia vitalicia, al estilo Franco; un régimen plebiscitario como el de De Gaulle; o establecer una estructura de carácter tradicional como la de Castelo Branco en Brasil.

El artículo que sigue al editorial de Gronдона, no hace más que ahondar en la legitimación y en mostrar al nuevo gobierno como la oportunidad de la Argentina por salir de la crisis, originada por la “deficiente” administración Illia. Al comienzo del texto, se deja en evidencia el amplio apoyo con el que contaba el gobierno, el cual se vio reflejado en una importante cantidad de “votos de confianza” acercados hasta la Casa Rosada en forma de telegramas. Desde Aníbal Troilo hasta el propio Illia, que según el cronista de *Primera Plana* “dedicó, desde su albergue en Martínez, un «que tengan suerte» a los nuevos gobernantes” (*Primera Plana*, Nº 184, 5 de julio de 1966: 12), hicieron llegar sus felicitaciones y buenos augurios al general Onganía.

Por otra parte, se deja entrever una primera desilusión cuando la nota informa sobre la prohibición de la actividad partidaria y de actos políticos, anulando de esta manera canales de participación. Aunque inmediatamente, advierte que la Bolsa de Comercio, repuntó su actividad con motivo de la llegada castrense a la casa de gobierno. Esto último es presentado como un indicador favorable a la nueva administración.

El resto del artículo discurre sobre el modo en que se llevó a cabo el golpe, el cual fue presentado como “operativo militar que terminó con la destitución de Illia”, como si fuera una tarea de rutina o algo de todos los días. Se cita un informe del *Buenos Aires Herald*, donde se destaca el carácter “cortés” de los militares argentinos, al llevar

a cabo un golpe militar sin sangre ni lucha alguna. Una segunda parte de la nota, está dedicada a dar cuenta sobre el posible gabinete de Onganía, del cual sólo confirma la designación de Salimei como ministro de economía, quedando el resto de los ministros en la incógnita, como así también los planes de gobierno.

Mención especial merece la última parte del texto, donde se hace referencia a un equilibrio de poderes al interior del nuevo gobierno. El mismo estaría compuesto por los *social-cristianos*, que habrían avalado la designación de Salimei y que bregaban por la continuidad del modelo corporativista. Los *católicos liberales*, cercanos al general Agustín Lanusse, contemplaban la vuelta algún día a un sistema democrático. Finalmente, un tercer actor en importancia era el general Julio Alsogaray, indicado como el enlace entre el presidente de facto y el Ejército. Para la revista, Onganía

aprovecha el asesoramiento de estos colaboradores en la medida en que encaje dentro de sus planes y objetivos; no es responsable ante ellos ni les debe acatamiento. Pero parece natural que trate de conciliarlos y de no desatender sus concejos: lo unen a ellos pensamientos afines y amistades. También parece natural que el Presidente busque no enturbiar sus relaciones con las Fuerzas Armadas, de cuyos Comandantes en Jefe tomó el poder... (Primera Plana, N° 184, 5 de julio de 1966: 14).

Finaliza la extensa nota, con las expectativas puestas en las políticas que desplegará Onganía, a lo largo de su “ilimitada gestión”. Expectativas que no estarán exentas de conflictos, dado que como escribe el cronista, no era raro que se constituyeran dos grandes bloques, uno de apoyo a Onganía y otro que se opusiera a él.

Un gran desconcierto: la intervención en las universidades

Si hacemos una rápida lectura sobre la posición de *Primera Plana*, antes de la intervención militar y luego del primer número post-golpe, arribamos a la conclusión de que la ilusión con el nuevo gobierno, se había desvanecido. De hecho, las notas relevadas en lo que queda del periodo 1966-1967, nos dan a entender que la revista piensa que el gobierno de Onganía, no era lo que esperaba.

Ya en el número 185, *Primera Plana* pone en evidencia las escasas definiciones del nuevo gobierno en materia de política interna. La falta de decisiones y posturas, era tomada como un indicio de que el gobierno de facto no tenía en claro cuál sería el camino a seguir. Lo que era seguro, al menos para la publicación, es que Onganía no pretendía perfilarse como un dictador. Al contrario,

intenta mantenerse a medio camino entre la revolución y el sistema liberal. De ahí su requerimiento de colaboradores civiles (...), su gusto por los eufemismos, su búsqueda del consentimiento general mediante la calma. En otras palabras, Onganía no desea, al menos por el momento, instaurar una dictadura, sino preservar parte del antiguo esquema inyectándole nuevas posibilidades. (Primera Plana, N° 185, 12 de julio de 1966: 13).

Cuáles eran esas “nuevas posibilidades”, el artículo no las menciona. En cuanto a mantenerse a medio camino entre “la revolución y el sistema liberal”, el gobierno de la Revolución Argentina demostró que lo suyo no eran las medias tintas, y muy pronto *Primera Plana* comenzó a hacerse eco de algunos temas que parecían contradecir los objetivos de la Revolución.

Básicamente, son dos las cuestiones que generaron fuertes resquemores en los editorialistas y cronistas de la revista. Por un lado, la impronta autoritaria, especialmente en lo referente a la violenta intervención en las universidades; y por otro, la política económica desplegada por Salimei. Ambas problemáticas, marcaran los desconciertos en cuanto a qué esperar del gobierno de facto. A continuación, nos encargaremos de realizar un recorrido sobre la intervención de la universidad, y la posición que adoptó *Primera Plana* en torno a la misma.

Ya en el citado ejemplar del 12 de julio de 1966, la revista pasa a ocuparse del tema, el cual ocupará decenas de páginas de números posteriores. De este modo, en el editorial de Mariano Grondona, que inaugura una serie de notadas dedicadas a la “cuestión universitaria”, el problema pasa por dos diagnósticos distintos sobre las universidades. Según Grondona, había quienes pensaban que el problema radicaba en que la institución fallaba en lo referente al “esfuerzo creador de las inteligencias: la disciplina colectiva, el estudio y la investigación” (*Primera Plana*, N° 185, 12 de julio de 1966: 11). El segundo diagnóstico, versaba sobre que la universidad había caído en manos del comunismo. Al tratarse de dos problemas distintos, había formas distintas de tratarlos. Es por esto que los primeros buscaban cambiar la universidad, modernizando su estructura y funcionamiento, para que de este modo existiera

una mayor conexión entre la Universidad y el Estado que la sostiene, una mayor exigencia a los estudiantes y a los profesores, pero que respete a la vez los principios válidos del sistema actual: en especial, la libertad de cátedra y el derecho de alcanzar el nivel profesoral según un criterio de idoneidad y no por la complacencia ideológica o política con el régimen oficial (Primera Plana, N° 185, 12 de julio de 1966: 11).

Contrariamente a ésta posición, quienes identificaban al problema de la universidad con el avance del comunismo van a sostener la posición contraria, aunque Grondona no lo diga explícitamente, y querer intervenir de forma directa, expulsando a todo “elemento indeseable”. Ahora bien, ¿cuál es la posición de Grondona sobre este último punto? Para él, la universidad no es un foco de comunismo, ni mucho menos. Lo que sucedía era que

los intelectuales, en general, se inclinan más hacia la izquierda que otras capas de la comunidad. Esto ocurre aquí y en todas partes, porque el intelectual vive sosteniendo lo que deben ser las cosas frente a lo que son y, por lo tanto, es disconformista por naturaleza y vocación. Pero no debe confundirse aquí izquierdismo o disconformismo con comunismo (...). Hacer lo contrario implicaría inaugurar la caza de brujas y, en última instancia, instalar en la Universidad elencos uniformemente conservadores o reaccionarios. Esto es lo que, por otra parte, late detrás de algunos planes intervencionistas (Primera Plana, N° 185, 12 de julio de 1966: 11).

Resulta paradójico que Grondona termine defendiendo a la universidad, del acoso militarista de Onganía. Pero esto no quiere decir que para el autor, la universidad estaba bien. Por lo contrario, debían realizarse cambios que tendieran a la modernización de las casas de estudios, y si bien no especifica para qué o cómo llevarlo a cabo, podemos intuir que su visión estaba orientada hacia un determinado modelo político-económico fuertemente vinculado al desarrollo industrial aliando del gran capital. Es decir, un modelo que como vimos en la Primera Parte del presente trabajo, era defendido por la facción liberal del BA²⁰.

En otro editorial, Grondona da cuenta de la violencia con la que se llevó a cabo la intervención en las universidades, específicamente sobre la “noche de los bastones largos” ocurrida el 29 de julio, y reclama porque la misma no se hizo mediante la sanción de una nueva ley de educación. Para Grondona,

lo que ocurrió el 29 de julio contradujo el curso natural de las cosas: se comenzó, en efecto, por la ejecución pura, sin el marco de la ley y sin la definición previa de los objetivos. La intervención dejó así de ser instrumental para convertirse en represiva y, por lo tanto, “adelantó” el juicio de los contemporáneos: juicio negativo que está provocando una

²⁰ El proyecto del gobierno de facto, de intervención de las universidades, contemplaba los siguientes puntos: terminar con el gobierno tripartito y con la autonomía de las universidades; elección por parte de los profesores de entre sus filas, de los delgados de claustro para la designación de Decanos y del Rector; exclusión de los egresados de los “negocios universitarios”; permiso a los estudiantes para que formen parte de comisiones asesoras de bibliotecas y enseñanza, poniendo el “acento en educación física y los deportes” y autorización de funcionamiento de un solo centro de estudiantes por facultad “dedicado a cuestiones internas y desligados de ideologías políticas”. Véase *Primera Plana*, N° 186, 19 de julio de 1966: 22.

interminable secuela de renunciadas en la Universidad de Buenos Aires (Primera Plana, N° 189, 9 de agosto de 1966: 11).

La renuncia y posterior exilio de numerosos profesores e investigadores, especialmente de carreras vinculadas a las ciencias duras, era lo que Grondona consideraba más contraproducente, ya que se perdía la oportunidad de modernizar al país. Y es esto último lo que lamentaba Grondona, así como también lamentaba el modo en que el gobierno encaró la cuestión, más desde la óptica de la Doctrina de Seguridad Nacional que desde la “política pública”.

En cuanto a la cobertura de la intervención en las universidades, es decir la “*noche de los bastones largos*”, los redactores de la revista parecían más preocupados por la imagen del país, y del gobierno, en el exterior que por el acontecimiento en sí. De hecho, la golpiza y posterior denuncia del profesor estadounidense Warren Ambrose, trajo fuertes críticas desde el Departamento de Estado de Estados Unidos, lo que fue tomado por *Primera Plana*, como una posible “injerencia del gobierno de USA en los asuntos argentinos”.

A pesar de ello, la revista da cuenta, fiel a su estilo tan característico, que la intención del gobierno no era, en palabras del ministro del Interior Enrique Martínez Paz, la de

avasallar la autonomía universitaria, sino responder “a la voluntad inexorable de articular la autonomía universitaria con el proceso de recuperación que la Nación ha emprendido en virtud de la Revolución Argentina” (Primera Plana, N° 189, 9 de agosto de 1966: 14).

Pero como explícitamente se menciona en el artículo, no todo el mundo entendió eso, y con alarma se hace patente el comienzo de la deserción universitaria y las críticas al gobierno por cómo manejó la situación. Las olas de renunciadas que se sucedieron luego del 29 de julio, lleva a que la revista se pregunte por cómo hará el país para modernizar su estructura productiva, si los profesionales que poseían el conocimiento, abandonaban el mismo al verse imposibilitados de trabajar libremente.

Con los acontecimientos de la “*noche de los bastones largos*”, las críticas al modo en que el gobierno de facto del general Onganía se hizo cargo de la “cuestión universitaria”, y también sobre el creciente autoritarismo, comenzaron a hacerse sentir con bastante fuerza en las páginas de *Primera Plana*. La violencia con la que la policía, y el gobierno, respondieron a los intentos de resistencia del estudiantado universitario de todo el país, tuvo un protagonismo casi exclusivo en la mayoría de los ejemplares de

la revista. De esta forma, los cronistas relataron con detalle la represión llevada a cabo por la policía cordobesa contra los estudiantes de la Universidad Nacional de Córdoba. Es así como, para la revista

la Ley 16.912, derivó por segunda vez en hechos de violencia y en una excesiva represión. La fuga, del estudiante Luis Cerda, capturado por la Policía por distribuir volantes, la valió un tiro en la pierna y desató una tempestad (Primera Plana, N° 191, 23 de agosto de 1966: 12).

Los acontecimientos de Córdoba, que derivarían en la muerte de Santiago Pampillón a manos de la policía el 7 de septiembre, desencadenaron una de las mayores críticas al gobierno de la Revolución Argentina. Y es que el clima represivo que se vivía en las universidades, comienza a extrapolarse hacia otros lugares, como la vida nocturna y la industria del entretenimiento²¹.

Concretamente, sobre las universidades, la revista se encarga de dejar muy en claro el clima represivo que se vivía en la misma, luego del 29 de julio. De hecho, ejemplifica las acciones llevadas a cabo por las nuevas autoridades, en lo concerniente al control y disciplinamiento del estudiantado. Ejemplo de ello, es la cobertura que realiza sobre la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA, donde el Decano Federico Frischknecht “decidió ser mas papista que el Papa (o mas botista que el Rector Luis Botet) y ha transformado la casa de estudios a su cargo en una suerte de prisión donde cada paso, cada mirada, cada suspiro, son vigilados por tropas policiales” (*Primera Plana*, N° 193, 6 de septiembre de 1966: 20).

En cuanto a la represión en Córdoba, con motivo de una huelga de estudiantes universitarios decretada por diversas organizaciones, como la Federación Universitaria de Córdoba y la Federación Universitaria Argentina, que llevó a la muerte de Santiago Pampillón, un joven estudiante de ingeniería en la Universidad Nacional de Córdoba y obrero mecánico de la planta automotriz de IKA-Renault, desató un torbellino de duras críticas no sólo a la actuación policial, sino también a la responsabilidad política del gobierno nacional y provincial en el hecho.

En la extensa nota, escrita por un enviado especial de la publicación luego de la muerte de Pampillón, podemos apreciar los intentos de sectores de las fuerzas armadas

²¹ Sobre esto, *Primera Plana* realiza una extensa nota sobre la intervención de la policía, a cargo del comisario Luis Margaride, en todo lo referente a lugares bailables, clubes nocturnos e incluso teatros y cines. Véase “Buenos Aires. La noche se apaga”, *Primera Plana*, N° 189, 9 de agosto de 1966: 15-19.

por ensuciar la imagen del estudiante asesinado. Ni bien comienza el artículo, el cronista advierte que fue contactado por un “misterioso llamado telefónico”:

No le importe quien soy (sic), dice el desconocido informante, usted no me conoce y no me conviene ir a su hotel ni verlo en una confitería, pero tengo datos muy interesantes para su nota. Podemos encontrarnos al pie del monumento a San Martín, en la plaza principal. Lo espero en cinco minutos (Primera Plana, N° 195, 20 de septiembre de 1966: 13).

Mediante descripciones del ambiente donde se desenvuelve la reunión y del misterioso informante, el cronista afirma que el mismo “no era un estudiante. Alto, rubio, de unos cuarenta años, de aspecto atlético, con bigote prolijamente recortado, denunciaba en seguida su condición militar, con todo, lo envolvía en un fino terno de franela gris, corbata de seda granate, camisa celeste”. La “información” que tenía para darle, correspondía a un minucioso “prontuario” de Pampillón, a quien el informante clasificaba como un “comunista, un infiltrado” y un perfecto conocedor de “los métodos subversivos”.

De hecho, durante el diálogo entre el informante y el cronista el cual es transcrito en la nota, constantemente se hace referencia a la presunta pertenencia comunista de Pampillón, así como a la poca capacidad inventiva del informante para adosarle falsos atributos al joven estudiante. Veamos, por ejemplo el siguiente diálogo:

-...Usted sabe que la mayoría de los estudiantes [dice el informante], son de otras provincias; lejos de sus padres, los muchachos no estudian, son una bomba de tiempo porque se dedican a la política subversiva, financiados por el Estado que les cobra 30 pesos por comida. Además, Pampillón ingresó a IKA, una empresa comunista...
-¿Cómo? ¿No es de capitales norteamericanos?...
-¡Psch!... Los americanos ganan plata y nada les importa, pero sus jefes de personal inventaron un examen de ingreso que sólo superan quienes comparten sus ideas comunistas. Una prueba: Pampillón se ligó al Sindicatos de Mecánicos, dominado por el comunismo...
-Me dijeron que en ese sindicato son de tendencia peronista...
-Si, si, peronistas de izquierda. Lo más curioso fueron los estudios de Pampillón: dicen los diarios que era un buen alumno de 2° año de Ingeniería Aeronáutica, que tenía promedio 8. Falso: en dos años sólo aprobó Dibujo y rindió un examen parcial de Física, ¿qué le parece? (Primera Plana, N° 195, 20 de septiembre de 1966: 13).

Inmediatamente después de la reproducción del anterior diálogo, el cronista de *Primera Plana* advierte que la maniobra tenía como fin exclusivo incriminar al

estudiantado argentino, y a la Universidad en general, en un “complot comunista”. De ese modo, se justificaba *per se* la intervención en la institución educativa y la violenta reacción de la policía, amparada por el gobierno de facto. Por ello mismo, el crimen de Santiago Pampillón reviste tanta importancia²². Para el gobierno, era una prueba más de la influencia del marxismo en la educación superior y del peligro subversivo. Para aquellos que sostenían posturas vinculadas a la modernización económica y social de la Argentina, como *Primera Plana*, la intervención no era más que una excusa para imponer una determinada política económica que tendía a perjudicar al país. Y esto último, puede apreciarse a la perfección, en la crítica realizada a la gestión del ministro Salimei, que pasaremos a analizar a continuación.

La gestión Salimei en el ojo de la tormenta

Ni bien asume en gobierno de facto, desde las páginas de *Primera Plana* se celebra el objetivo de la Revolución Argentina de modernizar las estructuras productivas del país. Para el editorialista económico de la revista, Carlos García Martínez, modernizar implicaba

crear o transformar las instituciones con el fin de generar las condiciones objetivas y subjetivas que lleven a una aplicación masiva y fluida de las mas avanzadas concepciones instrumentales a todas las actividades de la Nación. Esta es la gran tarea histórica que espera a los argentinos de la hora actual (Primera Plana, N° 184, 5 de julio de 1966: 56).

Para tal fin, desde la revista se proponía la tradicional receta liberal, especialmente en lo vinculado al sector externo: adoptar un tipo de cambio favorable para atraer inversión extranjera directa; acercarse a los organismos internacionales de crédito para obtener financiación y favorecer la inversión extranjera. Así mismo, se planteaba la importancia de la tecnificación del agro, para hacerlo mas competitivo de cara al exterior y se recomendaba la ampliación del desarrollo industrial.

En relación a lo último, el tener una industria nacional fuerte y consolidada, posibilitaría que la Argentina pudiera posicionarse como exportador de bienes manufacturados, fortaleciendo a la vez el mercado interno, ya que “la industria es la

²² En el mismo artículo, el enviado especial de *Primera Plana*, se encarga de echar por tierra las acusaciones de comunista de Pampillón, destacando su devoción hacia la Virgen del Valle, así como mediante declaraciones de la casera del joven, destacaba su catolicismo. También realiza una intensa investigación sobre lo que verdaderamente ocurrió el 7 de septiembre, en relación a las circunstancias que llevaron a Pampillón a la muerte. De este modo, y mediante la transcripción de los testimonios de varios testigos, logra desmentir la versión oficial de la policía cordobesa, de que Pampillón había sido “encontrado herido” por los efectivos policiales. Véase “¿Qué pasa en Córdoba?” *Primera Plana*, N° 195, 20 de septiembre de 1966: 13-16.

encargada de producir los bienes, que bajo la denominación general de «consumo duradero», integran el concepto de confort o status social” (*Primera Plana*, N° 192, 30 de agosto de 1966: 68). Hasta aquí y en líneas generales la propuesta y el proyecto económico defendido por *Primera Plana*, el cual se basa en un proyecto orientado al desarrollo industrial pesado, en colaboración con la inversión directa de capital extranjero. Ahora bien, ¿cuáles fueron las críticas que se le hicieron al plan aplicado por Salimei?

Los fracasos en revertir la crisis azucarera en Tucumán²³, la devaluación y la inflación, fueron los puntos negativos de la gestión Salimei, que la revista se encargó de resaltar en más de una edición²⁴. Para García Martínez, la crisis económica llevaba a realizar dos reflexiones,

una de ellas referida a la escasa seriedad que reviste toda programación realizada en un medio que soporta un persistente y fuerte proceso inflacionario, y la otra se vincula a la reiteración hasta el absurdo de una política económica sustancialmente divorciada de las circunstancias reales de la Argentina (Primera Plana, N° 201, 1 de noviembre de 1966: 56).

La situación económica, llevó al gobierno a hacer frente a la misma, cuidándose de no admitir fracaso alguno, especialmente en el campo económico. En la edición de 8 de noviembre, *Primera Plana* presenta un resumen sobre la presentación del “presidente” Onganía, sobre la situación del país y sobre las medidas a implementar para sortear la crisis económica. Desde el título del artículo, “Gobierno ¿mas revolución?”, la revista comienza poniendo en duda lo planteado por el presidente de facto. Incluso arriesgan alguna que otra comparación con el gobierno de Arturo Illia, cuando dicen que

quizás en estos vaivenes Gobierno-Pueblo el fantasma de la Administración Illia desempeñe una labor mas que anecdótica: durante tres años, el régimen de la UCRP, al detener el avance de la sociedad, al replegarse sobre si mismo y negarse a toda participación que no fuera la de sus correligionarios y la de sus vetustos principios, acendró las divisiones y los, conflictos, aceleró las crisis internas y externas. El temor de que sus

²³ Ni bien es presentado el plan del gobierno para apaliar la crisis azucarera, *Primera Plana* publica un artículo donde critica la misma, poniendo en evidencia ciertas fallas y vacíos en la normativa (se trata de la Ley 16.926). En la misma, la figura del ministro Salimei es fuertemente cuestionada. Véase “Tucumán: la maraña de Salimei”, *Primera Plana*, N° 192, 30 de agosto de 1966: 12-14.

²⁴ En el número 186, correspondiente al 19 de julio de 1966, donde se analiza la designación de Salimei al frente de la cartera de Economía, podemos apreciar una serie de críticas veladas al flamante ministro. Entre otras, se deja en claro que ante cualquier error, las Fuerzas Armadas pueden pedir la dimisión de cualquier funcionario civil del gobierno, algo que “vale para cualquier Ministerio, sin excluir al de Economía” o cuando hace referencia a la preferencia de Salimei de hablar con la prensa extranjera, antes que con la nacional, “costumbre que también Arturo Illia solía practicar”.

sucesores puedan caer –aun buscando precisamente lo contrario en todos los frentes- en los mismos errores, no ha terminado de apagarse.

El mensaje apenas si respondió a la enorme expectativa concentrada alrededor de él. Ningún anuncio espectacular, revolucionario, figuró sus paginas (Primera Plana, N° 202, 8 de noviembre de 1966: 12).

Como puede apreciarse de los anteriores extractos, desde la revista que actuó como principal impulsor del golpe de Estado y que presentó ante la opinión pública a Onganía como la del único hombre capaz de solucionar los problemas del país, se comenzaba a exigir la inmediata puesta en marcha de acciones concretas vinculadas al programa “revolucionario”²⁵.

La devaluación del peso y la no liberación del mercado cambiario, fueron los dos factores detonantes de la caída del ministro Salimei. Como lo expresa *Primera Plana*, con la devaluación, la figura del ministro comenzó a ponerse en duda, llevando a mencionar que los jefes militares pedían la renuncia o destitución del mismo. Incluso, se barajaron los nombres de posibles sucesores, como Álvaro Alsogaray, quien expresó su rechazo a asumir el cargo, u otros dos economistas del *establishment*, como Adalbert Krieger Vasena y José Martínez de Hoz²⁶.

Pero lo que definitivamente terminó por decidir el futuro de Salimei, fue la crisis socio-económica desatada en Tucumán, la cual, según *Primera Plana*, llegó a un punto máximo de tensiones y desestabilizaciones por la pésima política aplicada por el Ministro de Economía. La crisis tucumana se originó por la decisión de Salimei de suspender e intervenir siete ingenios azucareros, provocando la pérdida de numerosas fuentes de trabajo.

Pero la situación revestía otro cariz, un tanto más preocupante para la publicación. La incapacidad del gobierno nacional por encontrar una solución efectiva, podría generar en un foco insurreccional. Para el cronista de *Primera Plana*,

en Tucumán, la política se cuece sobre almíbar, un almíbar muy amargo que, sin embargo, ha servido para que Atilio Santillán, el quieto jefe de los obreros de la FOTIA, cobre prestigio nacional: el jueves, el cetrino Santillán libró una lucha comicial en su ingenio –el Bella Vista- y ganó por un margen arrasador. Con esa victoria y con la ayuda del

²⁵ En relación a esto, la caricatura de Flax que acompaña el artículo, representa a Onganía como un jugador de polo a punto de lanzar la bola, con la siguiente leyenda: “anunció ya su carrera, con palabras mesuradas; ahora lo que el pueblo espera, es que empiece la goleada”.

²⁶ Véase “Gobierno: después de la devaluación”, *Primera Plana*, N° 203, 15 de noviembre de 1966: 12-13.

peronista de izquierda Raúl Sánchez, que predica la agitación para el futuro, Santillán confía en mantenerse a la cabeza del Consejo Directivo de la FOTIA, que se renovará en abril de 1967. Sin dudas, las elecciones del sindicato azucarero han reforzado la línea de lucha impuesta por Sánchez (Primera Plana, N° 206, 6 de diciembre de 1966: 25).

Como podemos apreciar en la anterior cita, para la revista hay muchas cuestiones en juego. La más importante, además del futuro del gobierno nacional, era la posible aparición de un foco “izquierdista” destinado a trastocar el sistema económica y social del país, claramente ligado a un sector del peronismo que iría cobrando cada vez más importancia y fuerza con el pasar de los años, favorecido sin lugar a dudas por un continuo clima represivo. Por otro lado, empieza a perfilarse un nuevo conflicto que abarcará gran parte de 1967, nos referimos al choque entre el gobierno y los sindicatos, tema que será analizado en la segunda parte de la presente sección.

La crisis del gabinete: las designaciones de Krieger Vasena y Borda

Finalmente, en los primeros días de enero de 1967, y luego de numerosas presiones por parte de los gremios y las Fuerzas Armadas, se produce la crisis final del primer gabinete de Onganía, la cual terminaría con la dimisión de Salimei y Martínez Paz²⁷. De ese modo, comenzaba una nueva etapa del gobierno de la Revolución Argentina, el cual debería tratar de reencauzar la acción gubernamental hacia los objetivos primigenios de la misma.

Por otro lado, con los alejamientos de Salimei y Martínez Paz, para la revista, también se terminaba la experiencia que denominan como “comunitarista”²⁸ o, como la hemos denominado nosotros “paternalista”. Para *Primera Plana*, el “comunitarismo” respondía a lineamientos cuasi fascistas, además de ser un tanto vago en lo que se refería al mecanismo por el cual se esperaba lograr la unión entre el pueblo y el Estado, mediante la fundación de organismos representantes de los intereses del pueblo, prescindiendo de un sistema de partidos y de instituciones que reflejen la representación de esos intereses. Esto último, fue muy criticado, en especial por Mariano Grondona, a quien no le simpatizaba la idea de la prohibición de la actividad partidaria y la clausura del Congreso de la Nación²⁹.

²⁷ Véase “Gobierno. Ahora o nunca”, *Primera Plana*, N° 210, 3 de enero de 1967. 12-14.

²⁸ Véase “Comunitarismo. Lo que el viento se llevó”, *Primera Plana*, N° 210, 3 de enero de 1967: 15-19.

²⁹ En particular, sobre este asunto, Grondona dirá que “la situación actual, luego del cambio de gabinete, implica un doble compromiso entre actores. En el terreno del puro poder que hemos venido analizando, es un compromiso entre el Presidente y los

Para ir finalizando el análisis de la primera etapa de la relación revista-gobierno, nos parece importante hacer referencia a dos números especiales, publicados en el mes de enero de 1967, ya que ambos tratan los nombramientos de Adalberto Krieger Vasena y Guillermo Borda, como ministros de Economía e Interior respectivamente, haciendo foco en las futuras políticas que desplegarían durante sus administraciones. Comencemos por el Ministro de Economía.

En el número 211, correspondiente al 10 de enero, *Primera Plana* le dedica un extenso espacio a analizar la designación de Krieger Vasena. Con su estilo tan característico, la publicación hace referencia al modo en que Onganía ofrece la cartera de economía al hasta entonces Embajador en Suiza. Los detalles intimistas de una negociación política, que deja de lado la más que segura autorización de los Comandantes en Jefes sobre el ofrecimiento³⁰, son reflejados en la nota, cuya principal preocupación eran las futuras medidas a adoptar con el nuevo equipo económico.

Es en la segunda parte del artículo, donde se desmenuzan las principales tareas a llevar a cabo por Krieger Vasena. Entre las principales, se destacan: el control de la inflación, la confección del Presupuesto y de una Reforma Impositiva. También debería estudiar reformas para el sector público y privado, especialmente en lo referente al convenio de salarios y política de precios. Sobre este último ítem, la revista arriesga un posible primer choque entre el flamante ministro y la CGT, con motivo de la negociación de paritarias. Para *Primera Plana*,

nadie puede pronosticar con seguridad si el Ministro –quien esta semana se entrevista con los directivos de la CGT- cederá o librará ya, de entrada, su primera batalla con los sindicatos. Por este lado surge la amenaza de una prematura impopularidad en el agitado juicio duro de parte de los más recalcitrantes partidarios de la lucha antiinflacionaria (Primera Plana, Nº 211, 10 de enero de 1967: 15).

Comandantes sobre la facultad del “juicio político” que ambas partes se atribuyen. En el terreno ideológico, es un nuevo compromiso entre las líneas nacionalista y liberal que orientan la revolución. Antes, ambas estaban “mezcladas” a través de personalidades intermedias como Martínez Paz y Salimei. Ahora, la primera queda en posesión del Ministerio político y la segunda domina el Ministerio económico. A la “mezcla” sucede la división de áreas de influencia. Pero este compromiso, como el del puro poder, no es la paz. Es, solamente, una tregua”. Véase “Sobre el sistema”, *Primera Plana*, Nº 211, 10 de enero de 1967: 11.

El cambio de gabinete, es interpretado por la revista, como un cambio a nivel ideológico-político, cuyo fin es redefinir los objetivos del gobierno y corregir los errores de los primeros meses de gestión. Así, lo que se trataría de hacer con la incorporación de Krieger Vasena en Economía, era avanzar en el proyecto encarnado por la facción liberal del BA, es decir modernizar a la Argentina y como menciona el artículo principal de la sección dedicada a la política nacional, ese era el camino que parecía haber tomado Onganía. Véase “Entre la revolución y el gobierno”, *Primera Plana*, Nº 211, 10 de enero de 1967: 12-13.

³⁰ Aunque en el artículo que abre la sección *País*, aclaran que la designación de Krieger Vasena fue aceptada “sin discusiones por la Marina y el Ejército; ciertas fuentes indican que en la Aeronáutica no existió esa unanimidad. Curiosamente, parece mas probable que las primeras objeciones –de las Fuerzas Armadas- caigan sobre Krieger; está mas expuesto a ellas por las materias de su incumbencia, que Guillermo Borda” (*Primera Plana*, Nº 211, 10 de enero de 1967: 12). Lo que deja en evidencia el poder que ejercían los Comandantes sobre el gobierno nacional, independientemente de la postura de Onganía en relación a que las Fuerzas Armadas no gobernaban ni co-gobernaban.

Por otra parte, la cuestión de la inversión privada, en especial de capital extranjero, formaba parte de la agenda del ministro. En este sentido, se deja en claro que Krieger Vasena

confía en el ahorro argentino, pero también señaló la importancia complementaria de las inversiones extranjeras. No lo dijo entonces, pero forma parte de sus convicciones conocidas, que dentro de un programa de estabilización, si no se quiere sacrificar el crecimiento económico no someter a penurias a la población, hay que provechar al máximo el ahorro extranjero (Primera Plana, N° 211, 10 de enero de 1967: 15).

Hasta allí, los principales objetivos de la gestión del nuevo Ministro de Economía. Ahora bien, ¿qué pasaba con la designación de Borda? Al contrario de Krieger Vasena, el nombramiento de Guillermo Borda como Ministro del Interior, generó ciertas suspicacias, especialmente en el ámbito castrense, por su pasado peronista. Es en el número 212, donde *Primera Plana* desmenuza lo que han dado en llamar como *la nueva política*.

Al comienzo de la nota, se deja en claro cuál será el método de trabajo de Borda: el dialogo, con el que espera “reunir en torno del Gobierno las opiniones necesarias para consolidarlo, un ideal al que aspiraron muchos Ministros del Interior y que pocos, muy pocos, lograron cumplir” (*Primera Plana*, N° 212, 17 de enero de 1967:13). Si bien elude toda mención a planes concretos, Borda deja en claro que su intención será la de unificar posiciones, en torno al gobierno nacional de todos los actores sociales y políticos. Es así como Borda

está en esa cartera para avenir criterios dispares, un arte que sólo dominan los políticos, pues a seis meses del golpe militar el Gobierno sigue huérfano de sustentación. La apertura que intenta el Ministro incluye a gremialistas y empresarios, y no desdeña a los dirigentes de las viejas agrupaciones nacionales. Es, desde luego, una actitud escrita al dorso del apoliticismo que proclamaba su antecesor; indica el propósito oficial de comprometer al Gobierno, de una vez por todas, con la realidad argentina, de proporcionarlo alianzas con otras fuerzas y cuadros de militantes, no sólo –como hasta hoy– simples funcionarios o administradores (Primera Plana, N° 212, 17 de enero de 1967: 12).

La diferencia con Martínez Paz no es menor, ya que para la revista el nuevo ministro aspira a un rumbo nacionalista, en el sentido de que para Borda, ser nacionalista es expresar “amor al país y al estilo de vida argentino”, mientras que

desecha como nacionalismo todo tipo de “marxismo, corporativismo o nazifascismo”. De este modo, se pretende diferenciarse de su predecesor, cuyo matiz de pensamiento correspondía claramente al corporativismo. Entonces, ¿ello quería decir que se perfilaba un cambio en torno al modo en que el gobierno pensaba a la política, y que de algún modo se iría abriendo el camino para la participación política?

Si bien Borda pondera al dialogo, no queda muy en claro cómo se llevara a cabo ese “dialogo”, debido a que el propio ministro admite que los partidos políticos no serían convocados a dialogar “por el momento”, mientras que si se pondría en practica con los representantes sindicales. Esto genera serios resquemores en *Primera Plana*, que como ya hemos mencionado, insistía en rehabilitar la actividad política, para que de ese modo el gobierno de la Revolución contara con grupos que expresaran y difundieran sus objetivos e ideas y que actuaran como correa de trasmisión “hacia la cúspide [de] las aspiraciones públicas”.

Es decir, lo que reclama *Primera Plana*, son grupos en los que el gobierno de facto pueda apoyarse. Tal tarea le correspondería llevarla a cabo Borda, en la nueva etapa que se le abrían al régimen de Onganía. Pero por lo relevado en la entrevista a Borda, aquello seguía sin figurar en los planes del gobierno³¹.

2- Segunda Etapa. Tensiones y recomposición de la relación (febrero 1967-junio 1968)

En el periodo correspondiente a la Segunda Etapa de la relación revista-gobierno, podemos observar tres temas que revisten importancia, lo que no quiere decir

³¹ En la edición siguiente, *Primera Plana* realiza un breve análisis sobre la presentación oficial de los nuevos ministros y las acciones a desplegar por el gobierno a lo largo de 1967. Sobre el caso particular de Borda, la revista plantea que la gestión del nuevo Ministro del Interior tendrá rasgos muy parecidos a la gestión de Martínez Paz, especialmente en lo relacionado al cariz corporativista, o paternalista, que tendrá su gestión en consonancia con el proyecto político esgrimido por el propio Onganía, al que se opone *Primera Plana*. De este modo, según la revista, para el flamante ministro “la Argentina carece de un sentido esencial, el del bien común, y padece «el predominio del bien particular sobre el general». Como si la evolución del hombre no demostrase, a lo largo de la Historia, que es función de la competencia, que sólo la lucha ha permitido al género humano huir de las cavernas”. De ésta manera, la publicación deja al descubierto, por un lado el matiz corporativista, así como dirá mas adelante, que tanto el Ministro como el gobierno, carecen de plan político alguno para lograr su tan mentado deseo de lograr el “bien común”, aunque si aclara que tal plan, inevitablemente tendrá un matiz de tipo corporativista. Por otro lado, en la anterior cita, la revista deja ver con toda claridad su pertenencia liberal en el ámbito de lo político.

En cuanto a la cuestión del dialogo, que Borda había expresado en el anterior número sería su método de trabajo durante su gestión, la revista rechaza toda posibilidad de entablar dialogo alguno entre el gobierno y otros actores, debido a que “quienes estén con ellos deberán resignarse a aceptar las tesis planteadas en los Objetivos de la Revolución, porque el Gobierno no intenta modificarlas mediante el dialogo. El dialogo propuesto por Díaz Colodrero y Borda será, pues, un dialogo de unanimidades o no será tal. Mas aun; no habrá elecciones ni se anunció algún método sustitutivo para acercar al Gobierno las opiniones divergentes; ambos funcionarios señalar el camino para que los dirigentes consigan llagar hasta el Poder Ejecutivo”. Mas adelante, en declaraciones de Díaz Colodrero, a la sazón Secretario de Gobierno, puede leerse la continuidad del proyecto corporativista cuando el Secretario declara que “sin partidos políticos –ni antiguos ni nuevos-, todos los hombres con vocación pública tienen abierto libremente el camino para la realización de obras concretas, en todos los niveles y en todos los campos de la actividad”. El artículo finaliza, resaltando la incertidumbre sobre los futuros planes de un gobierno que parece no tener un rumbo claro. Véase “Gobierno: otro pozo de aire”, *Primera Plana*, N° 213, 24 de enero de 1967: 12-13.

que otras cuestiones, como por ejemplo el conflicto con las universidades, hayan sido ignoradas por la revista. Simplemente, para los fines del presente trabajo, hemos tomado en consideración aquellas cuestiones que marcaron una clara línea editorial de la revista en su relación con el gobierno, ya sea para legitimar su acción o para criticarla.

Los tres temas que son considerados como relevantes por *Primera Plana* son: la conflictividad sindical, la política económica y la relación del gobierno con las Fuerzas Armadas. Por otra parte, sigue presente la idea de legitimar al gobierno de Onganía. En este sentido, Mariano Grondona continúa con su esfuerzo para tratar de convencer al gobierno, o a Onganía, de buscar formas para legitimar su posición; al mismo tiempo que continuará con su predica anti-autoritaria, mediante lo que podríamos denominar como el intento de *liberalizar* el régimen.

La conflictividad sindical: del plan de acción a la derrota sindical

El conflicto que enfrentó al movimiento obrero con el gobierno de facto, tuvo como principal detonante la política económica adversa hacia los trabajadores. Como explica *Primera Plana*, luego de un periodo de relativa calma, en donde la CGT apoyó al golpe militar y la instauración del gobierno de Onganía, las políticas desplegadas por Salimei hicieron mella en la relación. Frente al desmantelamiento de varios ingenios azucareros en Tucumán, la aplicación del reglamento de trabajo en los puertos y la reestructuración ferroviaria, los trabajadores decretaron un paro de veinticuatro horas para el 14 de diciembre de 1966.

La situación obligó al gobierno nacional a negociar con los sindicatos y luego de algunos choques tanto al interior de los sindicatos como con el gobierno, recambio de gabinete mediante, se trató de arribar a una solución. Pero dicha posibilidad de entendimiento se vio dejada de lado cuando desde el sector automotriz, se cesanteó a miles de trabajadores. Ésta decisión obligó a la cúpula sindical a plantear una posición más dura con el gobierno, dejando de lado las posiciones pactistas o conciliatorias. De este modo, se aprobaba por unanimidad la aplicación de un plan de acción, cuyo objetivo era forzar al gobierno para que éste adoptara una política de pleno empleo y ejerciera un mayor control de precios de los bienes de consumo popular, que la inflación había elevado.

Para la revista, el Plan de Acción aprobado por la CGT adoptaba

armas de lucha verdaderamente subversivas, conmocionales: un periodo de agitación a partir del 8 y hasta el 17 de este mes; luego, un lapso de movilización (que incluye paros parciales en todo el país ente las 11 y las 14 horas) desde el lunes 20 al viernes 24. Finalmente, dos huelgas generales: una de ellas – por un día- se cumplirá el 1º de marzo; la segunda –por dos días- se realizará el 21 de ese mes (Primera Plana, Nº 215, 7 de febrero de 1967: 12)³².

La revista se hace eco de las profundas diferencias que había al interior del movimiento obrero, especialmente entre los dos sectores, claramente identificables: aquellos más combativos que respondían a las 62 Organizaciones de Pie y los aliados a Vandor, tendientes a la negociación y, en su momento, importantes aliados del gobierno de facto. En relación a este último actor sindical, Vandor, ante el temor de verse desplazado de su posición de poder, prefirió acercarse a las posiciones mas intransigentes del sindicalismo, “se asimiló a sus teorías; en vez de provocar una nueva ruptura de la CGT trató de evitarla, aunque el precio fuera dar la espalda a sus amigos del Gobierno” (*Primera Plana*, Nº 215, 7 de febrero de 1967: 12).

En cuanto a la respuesta del gobierno al desafío sindical, la revista pone al descubierto las tensiones y posiciones contradictorias dentro de la cúpula del Ejecutivo. La falta de acuerdo entre los ministros y colaboradores de Onganía, es otro síntoma de que el gobierno no tenía un idea clara de hacia donde se dirigía. Pero, a pesar de ello, para *Primera Plana*, los más perjudicados fueron los sindicalistas, quienes esperaban forzar al gobierno para sentarse a negociar. Por el contrario, el gobierno y el Consejo Nacional de Seguridad (CONASE), salieron rápidamente a decretar las medidas a tomar, que incluían desde represalias escalonadas y proporcionales, hasta la interrupción del dialogo con la central obrera.

Y esto último fue lo que terminó por poner nerviosos a los sindicalistas. Siempre desde la óptica de *Primera Plana*, los dirigentes de la CGT Francisco Prado, Augusto Vandor y Eleuterio Cardoso se encontraron en una muy difícil situación al ver obstaculizada una salida negociada con el gobierno, algo que aparentemente, según deja entrever la revista, era el objetivo de la presentación del Plan de Acción. Y ante la imposibilidad de sentarse a negociar, a la CGT sólo le quedaba un camino: continuar con lo planeado ante la imposibilidad de retractarse.

³² Nótese que para la publicación, el plan de lucha propuesto por la central obrera era de carácter subversivo. Esto nos llevaría a preguntarnos por qué *Primera Plana* no apoyó a los trabajadores del mismo modo en que apoyó a los estudiantes universitarios y a las universidades mismas, durante la violenta intervención por parte del Estado.

En el número 218 del 28 de febrero, *Primera Plana* se dedica a relatar el desenvolvimiento de la primera semana del Plan de Acción, el cual se desarrolló de forma ordenada y tranquila. A lo largo del artículo, se da a entender que la CGT ha sido derrotada, en gran medida por el fracaso de algunas huelgas programadas, como por ejemplo la de los ferroviarios, debido a que muchos sindicatos decidieron sentarse a negociar con los sectores de la patronal, como con la CGE y la UIA entre otros. Para el semanario, el gobierno había salido sumamente favorecido, con lo cual sólo restaba qué hacer con la CGT: volver a dialogar con la central sindical o por el contrario disolverla.

Finalmente, el periplo entre los sindicatos y el gobierno finaliza con la disolución del Plan de Acción por parte de la CGT, ante el temor de las represalias gubernamentales, las cuales algunas llegaron a cumplirse como en el caso del retiro de la personería jurídica de la Unión Ferroviaria y de otros cinco sindicatos más. Esto llevó a que los líderes gremiales decidiera abortar las medidas más duras, los paros generales, y tratar de abrir el dialogo con el Ejecutivo. Dialogo que por otra parte, para *Primera Plana*, estaba condicionado a la puesta en marcha del nuevo plan económico impulsado por Krieger Vasena. De este modo, para la revista

la derrota de la CGT viene de perillas al Gobierno. En Economía, se aguardaban reacciones gremiales para mayo o junio, cuando la reforma hiciera sentir sus efectos impopulares. Los líderes obreros estallaron antes de que se lanzaran las medidas económicas y cayeron agotados también antes. Por lo tanto, era necesario –en opinión de varios sectores del Gobierno- mantener el dialogo, pero a distancia, evitando cualquier interferencia (Primera Plana, N° 221, 21 de marzo de 1967: 14).

Los dirigentes gremiales no tuvieron otra alternativa más que negociar y subordinarse a los designios estatales, que como bien señalaba el semanario, tenía como objetivo final el disciplinamiento de la clase obrera, comenzando por su dirigencia, para de ese modo lograr con éxito el plan económico propuesto. Así, el gobierno

perdonará la vida a la CGT siempre que ella se avenga a proporcionarle nuevos y mas dóciles dirigentes y que pruebe su deseo de paz con el régimen a través de un largo periodo de obediencia y trabajo intenso” (Primera Plana, N° 222, 28 de marzo de 1967: 17).

Largo periodo de obediencia y trabajo que, estaba vinculado con la aplicación de la nueva política económica.

Cambio de rumbo: el plan normalizador de Krieger Vasena

La designación de Krieger Vasena al frente de la cartera de Economía, es tomada por *Primera Plana* como un indicio de cambios para bien, ya que Krieger Vasena parecía ser el hombre indicado para dinamizar la economía, cumpliendo con los objetivos revolucionarios. Ya en el primer número publicado luego de la puesta en funciones del ministro, la revista reseña sintéticamente las principales medidas del programa económico, las cuales se orientaban a la inversión en infraestructura, autoabastecimiento energético y reformas en el sector público en busca de aumentar su eficacia³³.

El mayor temor de la revista, era que el nuevo equipo económico devaluara la moneda, algo que como se daba a entender al final del artículo, no era factible que ocurriera. Aun así, en la edición 219, la revista anunciaba la posibilidad de un “ajuste no muy brusco de la paridad y el mantenimiento de controles para las remesas al exterior”, lo que claramente podría elevar la inflación. Independientemente de las primeras informaciones que se daban desde el Ministerio de Economía, la devaluación era una decisión tomada, que se vio reflejada en casi todos los artículos sobre la economía argentina de *Primera Plana* durante el primer semestre de 1967.

¿Cuál era, a grandes rasgos, la opinión general del semanario sobre las medidas anunciadas por Krieger Vasena? En uno de los editoriales de Mariano Grondona³⁴, el columnista realiza un somero análisis sobre los objetivos de las reformas económicas. Para Grondona, la reforma tiene por lo menos dos objetivos centrales: primero, nivelar el presupuesto; segundo aumentar la eficiencia industrial mediante la libre competencia, que se desarrollara en dos campos:

en el exterior, porque la sobrevaluación del dólar permitirá a varias industrias abrir líneas de exportación. Y en el mercado interno, porque la baja de los recargos obligará a las empresas a enfrentar la amenaza de importaciones a mas bajo precio (Primera Plana, N° 221, 21 de marzo de 1967: 11).

En cierta medida, para Grondona lo que buscaba el gobierno mediante la estabilidad monetaria, era la eficiencia industrial y el desarrollo comercial, restableciendo una economía abierta. Era este modelo el que permitiría el desarrollo

³³ Véase “Arriba el telón”, *Primera Plana*, N° 217, 21 de febrero de 1967: 14.

³⁴ Debemos hacer notar que a partir de finales de enero de 1967, la columna de opinión de Carlos García Martínez sobre política económica, no se publica mas al ser nombrado el columnista, como Presidente del Banco Central de la República Argentina. La columna económica, fue entonces reemplazada con una extensión de la sección *Economía y negocios*, a lo que se le sumaba la participación de colaboradores especiales.

industrial del país y su correspondiente modernización. Dicho plan de reestructuración económico estaba empujado, para el columnista, por una coyuntura sumamente favorable por la inexistencia de “lucha política” debido a que

la presión de la oposición, que no podía permitir que el oficialismo capitalizara la reforma, llevada al cambio de Gobierno o al cambio de planes. Esta vez, la tregua que vive el país y la ausencia de la relación dialéctica oficialismo-oposición que “contamina” toda acción de Gobierno, permite encarar la reforma sin obstáculos políticos a la vista (Primera Plana, N° 221, 21 de marzo de 1967: 11).

Así mismo, la derrota de la CGT también posibilitaba la exitosa aplicación del plan económico, sin experimentar la dura oposición gremial que podía llegar a resurgir cuando los sindicatos se sentaran a discutir las condiciones laborales. Finalmente, una tercera condición posibilitaba el acompañamiento del cambio económico, la cual radicaba en el apoyo de la opinión pública, “luego de la extrema frialdad que acompañó al primer semestre de la revolución”. De este modo, para Grondona estaban dadas las condiciones necesarias para el éxito del plan. Éxito que en gran medida podía decidir la continuidad o no del gobierno de facto.

Como hemos podido apreciar, en el editorial de Grondona se cuelean una serie de cuestiones dignas de comentar. Primero, si analizamos en paralelo el editorial anterior, con los estudiados en la Primera Etapa e incluso con otros correspondientes a la presente, podemos notar que básicamente, el éxito del plan económico radicaba en la inexistencia de oposición política al régimen. Incluso la prohibición de la actividad política es presentada como una “tregua”. Esto nos lleva a pensar que para Grondona, una de las consecuencias positivas del golpe de Estado, era la “libertad” con la que contaba el gobierno de facto para imponer medidas que afectaban la calidad de vida de la población, sin que ésta pudiera expresar su opinión mediante los canales institucionales habilitados para ello³⁵.

Un segundo aspecto que nos parece relevante, es lo relacionado con la instauración de una economía abierta, que menciona Grondona. Ello no hace más que afirmar lo que hemos venido diciendo desde el comienzo de nuestro trabajo, sobre la fuerte impronta liberal en lo económico de la revista y del proyecto de modernización

³⁵ Lo que también vale para las expresiones de acción colectiva, ya que como hemos visto cuando estudiamos el Plan de Acción de la CGT, toda movilización social cuyo fin era protestar contra el gobierno, era tildada de subversiva. Entonces, cuando Grondona habla del apoyo expresado en la “opinión pública”, ¿de qué opinión pública está hablando?

fomentado por la misma. Pero, a pesar de ello, la política económica encarada por Krieger Vasena, estuvo lejos de ser aceptada sin objeciones algunas.

De hecho, a lo largo del periodo se puede observar una constante crítica a la misma, en el sentido de que para la revista, la política económica liberal aplicada buscaba soluciones a corto plazo, mientras que descuidaba aquello que implicaba la aplicación de medidas a largo plazo, que en cierta medida eran las adecuadas para consolidar el proceso de modernización. En relación a ello, podemos identificar una serie de elementos que son criticados por la revista: la devaluación del peso, que provocó el aumento del costo de vida en un clima de congelamiento de salarios; de igual manera, el agro, principal beneficiario de la devaluación, se vio perjudicado por la aplicación de retenciones a las exportaciones agrícolas, cuyas ganancias se volcaron en la financiación de obras públicas, como la represa hidroeléctrica del Chocón y obras de vialidad, las cuales tuvieron como principal inversor al Estado nacional, al no poder conseguir capitales privados. De igual manera, se resalta con bastante frecuencia los continuos “choques” entre los miembros del gabinete y del equipo económico, relacionado a la política económica a llevar a cabo; que para la revista era un claro signo de que el gobierno todavía no había logrado proponerse un rumbo claro y definido sobre la política económica³⁶.

Pero esto no quiere decir que para *Primera Plana*, el panorama que se avecinaba era completamente negro. En otro editorial de Mariano Grondona³⁷, que pasaba a suplir en cierto sentido a García Martínez, el columnista consideraba que la presentación del Ministro de Economía ante las máximas autoridades del gobierno, de la exitosa ejecución del Presupuesto en los límites de tiempo previstos, así como el aumento de las reservas monetarias y el alza del Producto Bruto; era un indicio de que las cosas podían mejorar³⁸, aunque todavía continuaban existiendo graves déficits. Es así como para Grondona, la ineficacia de la administración pública y de las empresas del Estado, la inflación y la falta de inversión privada, era los puntos débiles de un programa económico que poco a poco, comenzaba a mostrar resultados positivos. Pero para

³⁶ Véase: Grondona, Mariano “Los indicadores”, *Primera Plana*, N° 237, 11 de julio de 1967.

³⁷ “Sala de situación”, *Primera Plana*, N° 242, 15 de agosto de 1967.

³⁸ Para Grondona “el presupuesto en ejecución es, sin duda, deficitario, pero el simple hecho de que el Gobierno cumpla sus previsiones indica que es capaz de ejercer cierto dominio sobre la realidad al fijarse objetivos de corto plazo y llevarlos a buen término. El aumento de las reservas de divisas anuncia la posibilidad de importar bienes de capital para la industria, protege al peso contra cualquier presión adversa y asegura la confianza del exterior. El crecimiento del producto bruto es básicamente agropecuario y demuestra cierto estancamiento industrial, pero prueba, la menos, que el Gobierno está cumpliendo sus planes de estabilización sin recesión, sin retroceso de la actividad productiva”, *Primera Plana*, N° 242, 15 de agosto de 1967: 11.

Grondona, el camino hacia la modernización de la Argentina, no sería fácil. Por el contrario

pasar de una economía cerrada y protegida a una economía abierta y competitiva, en términos mundiales, exige un ajuste muy severo a la burocracia, a las empresas, a los gremios y a los consumidores (...). Ahora habrá que ganarse el pan mediante una producción eficiente, cuantiosa y barata, para destinar parte de sus frutos a la inversión y sólo otra parte a un gradual aumento del nivel de vida. Habrá que vivir de realidades. Y, como nos hemos nutrido de sueños durante años, la perspectiva de esa transformación aumenta la resistencia al cambio (Primera Plana, N° 242, 15 de agosto de 1967: 11).

Y es que en gran medida, para Grondona, el motor de cambio era la inversión de capitales extranjeros. Inversión que sólo podía ser garantizada mediante la estabilidad política y monetaria, además de un gradual retiro del Estado de la actividad económica-empresarial, para de ese modo, dejar lugar al sector privado.

A pesar de las fuertes críticas con las que se “azotaba” al Ministro de Economía desde las páginas de *Primera Plana*, podemos apreciar un cambio de rumbo, en lo referente de la opinión de la revista en relación a la política económica de la segunda etapa del gobierno de Onganía. Si bien desde la publicación se remarcaba que la situación distaba mucho de ser la ideal, la breve gestión del nuevo ministro había logrado producir cambios favorables, que acercaban cada vez más a la Argentina a su destino. Destino éste, que ubicaba al país entre la élite de los países desarrollados e industrializados. Se puede observar esto último, en un artículo donde se cubre la misión económica-comercial, liderada por Krieger Vasena y otros funcionarios del gobierno, llevada a cabo en Europa, cuyos objetivos eran colocar productos argentinos en dicho mercado y obtener financiación para el proceso de modernización del país³⁹.

En el mencionado artículo, se pondera la imagen del ministro en lo relacionado a la capacidad del mismo para lograr introducir carnes argentinas en un mercado proteccionista y obtener financiación para el país. En todo momento, el cronista no deja de hacer notar la calidad bienvenida que le otorgaron los distintos funcionarios europeos al ministro argentino, así como también remarcan los logros de una misión comercial que no dudan en calificar como exitosa, aunque algunas cuestiones no habían podido ser resueltas, como por ejemplo la negativa por parte de Alemania e Italia de otorgar mayores concesiones a la importación de materias primas argentinas.

³⁹ Véase “Argentina: un nombre y una cara”, *Primera Plana*, N° 255, 14 de noviembre de 1967: 21-22.

Aun así, consideramos relevante hacer notar dos cuestiones. En primer lugar, la nota destaca la *performance* del ministro en Europa, donde no sólo consiguió aumentar las cuotas de exportación argentina y traer inversiones; sino que también logró llamar la atención de los Estados Unidos, cuando el cronista hace referencia a un telegrama dirigido a Krieger Vasena por David Rockefeller, invitando al ministro argentino a exponer sus planes de expansión económica para la Argentina ante el Council for Latin America. En segundo lugar, la pretensión por parte del gobierno, y de *Primera Plana*, de que el país figure entre los más importantes y desarrollados del mundo, se ve reflejada cuando en Francia, ante un dicho de un representante del Crédit Lyonnais de que la Argentina volvería a ser el “granero del mundo”, el cronista dice

no es ésa, sin dudas, la imagen de la Argentina que persigue Krieger Vasena, quien precisamente firmó en París la aceptación de un línea de crédito por 50 millones de francos para equipar a la industria (Primera Plana, Nº 255, 14 de noviembre de 1967: 22).

Creemos que lo anterior es un claro indicio de que la revista había encontrado en la gestión de Krieger Vasena, la posibilidad de concretar la tan anhelada modernización del país, mediante la inversión de capitales extranjeros de forma directa. Por lo tanto, no sería erróneo afirmar que la gestión de Krieger Vasena de la economía argentina, fue ponderada positivamente por la revista, por lo menos a partir del último semestre de 1967, aunque ésta no estuvo exenta de críticas.

Con motivo de la presentación del presupuesto para 1968, *Primera Plana* publica un artículo en donde se pregunta si Krieger Vasena es el hombre idóneo para el cargo de Ministro de Economía. En el mismo, se plantean los límites del programa económico el cual terminará desembocando en una nueva devaluación. En gran medida, lo que continuaba siendo criticado, era la falta de planificación a largo plazo, el aumento del gasto público, expresado en la financiación por parte del Estado de numerosas obras públicas, y la persistencia de la inflación. En relación a los “males” que aun persistían en la administración pública y en la política económica, la revista planteaba que

...la ineficiencia del sector público, en términos generales, continua intacta; y el Estado debe suplir, con sus magros recursos, la inversión que el sector privado no se decide a consumir, por falta de confianza o –mas simple- porque la presión tributaria record de 1967 lo ha dejado exhausto.

De este modo, si los últimos doce meses significaron algún progreso, no parecen haber bastado para mantenerse al ritmo

de los acontecimientos y llegar oportunamente a la meta. Fueron buenos como ensayo general y dejaron enseñanzas para el año nuevo; pero hay urgencias y compromisos que satisfacer, y el forzado presupuesto de 1968 lo releva. En tales condiciones, ¿sigue siendo Krieger Vasena el hombre para el cargo? (Primera Plana, N° 262, 2 de enero de 1968: 21).

La revista termina otorgándole al Ministro de Economía, un voto de confianza que en gran medida dependería de la capacidad del mismo para corregir el rumbo, orientado sus políticas hacia una maximización de los recursos públicos, control de la inflación y la atracción de capitales extranjeros para invertir en la industria nacional. Tarea ésta, nada fácil de llevar a cabo. Y es que a principios de 1968, la política económica desplegada hasta entonces, da un rumbo un tanto brusco para algunos sectores.

Si lo que Krieger Vasena venía llevando a cabo para muchos era criticable, con los objetivos de modernizar al país y ante una situación de falta de inversión privada, el ministro decide dar un vuelco en sus políticas, hasta el momento de corte netamente liberal, para orientarse hacia un tipo de economía mixta. Este corrimiento político-ideológico no paso desapercibido para *Primera Plana*, que mantuvo su postura de apoyo crítico al ministro.

Dicho apoyo, podemos observarlo en tres editoriales continuados, escritos por Mariano Grondona en enero de 1968⁴⁰, donde se hace patente por un lado la posibilidad del éxito de los planes del ministro Krieger Vasena y por otro la defensa a sus planes y por ende al gobierno de Onganía. En los mismos, Grondona realiza un diagnóstico de la situación del país, llegando a la conclusión de que para lograr la industrialización se necesita primero invertir y para invertir se necesitaba constituir capital, el cual deviene del “ahorro espontaneo o forzoso de la población”. Cosa que, a entender de Grondona, en la Argentina nunca se logró realizar debido a que se privilegió el consumo y el gasto antes que el ahorro. Y los culpables de ello, fueron los gobiernos de Perón, Frondizi e Illia; para quienes “si el desarrollo es doloroso y exige sacrificios peligrosos desde el punto de vista electoral, mas vale postergarlo o promoverlo con cuentagotas, gradualmente” (*Primera Plana*, N° 262, 2 de enero de 1968: 11).

La situación se habría revertido con la llegada de las Fuerzas Armadas al poder en 1966, que prescindiendo de las mayorías populares y de la política, encararon un

⁴⁰ Véase: “El desafío”, N° 262; “Las prioridades”, N° 263 y “¿Hacia el dirigismo?”, N° 264.

proceso de modernización, que buscaba generar inversión en aquellos sectores dinámicos de la economía⁴¹. Pero ¿cómo lograr dicho proceso? Para Grondona, dicho plan podría llevarse a cabo con la plena participación del Estado en lo referente a inversiones en obras de infraestructuras

en la medida en que promueva la concentración de una parte creciente de los recursos nacionales en la inversión, y no en el consumo o en los gastos improductivos, esta decisión es capital para nuestro futuro: anuncia el fin de un época de estancamiento y el comienzo de una época de crecimiento económico sostenido y regular. Debe subrayarse, por otra parte, el hecho de que esta revitalización de la actividad económica esté dirigida hacia obras de infraestructura y no hacia el objetivo más fácil y rentable a corto plazo: la producción de bienes de consumo. (...) la reactivación vendrá por donde debe venir: por la expansión de las industrias proveedoras de equipos y maquinarias destinadas a la ampliación de la estructura productiva de la sociedad. Esta expansión, a la inversa que la expansión de los consumos, no se traduce en un inmediato aumento del nivel de vida, pero sirve de base a un progreso mucho más válido y permanente de la Nación y de sus habitantes (Primera Plana, N° 263, 9 de enero de 1968).

De esta manera, el gobierno militar se diferenciaba de las administraciones civiles subordinadas al “capricho de los electores”, aplicado un plan racional de desarrollo, que buscaba la gradual transformación productiva del país, antes que el mejoramiento de la calidad de vida de la población, que según ésta línea de pensamiento, llegaría una vez que el país alcanzara niveles óptimos de desarrollo. Así, para la revista, lo ideal era que el Estado tuviera un rol preponderante pero no hegemónico. Todo lo contrario, lo ideal era que se aplicara un sistema de economía mixta

en la que, al lado del capital privado nacional sostenido por el renacimiento del ahorro, las empresas del Estado y la Administración central –renovadas por una racionalización que marcha demasiado despacio- deberán servir de contrapeso suficiente a las inversiones extranjeras, necesarias para complementar nuestros proyectos de inversión y para

⁴¹ Para Grondona, entre los principales objetivos de la Revolución Argentina, se encontraba el de “ir formando una nueva clase dirigente burocrática-industrial, capaz de asegurar la estabilidad y la eficacia del esfuerzo. Y oportunamente habrá de sumarse a las grandes mayorías populares al proceso, reinsertándolas en el esquema de poder. Los ciclos anteriores, que comenzaron por la democracia, desembocaron en la frustración. El ciclo actual tiene que comenzar por la inversión para culminar en la democracia” (Primera Plana, N° 262, 2 de enero de 1968: 11). De lo anterior, se puede apreciar el fuerte sesgo apolítico del proceso de modernización que pretendían encarar las Fuerzas Armadas; así como también el afán por disciplinar a los sectores populares, ya que, si bien Grondona no lo menciona explícitamente, creemos que sólo el disciplinamiento de aquellos sectores que podrían ser contestatarios a las políticas esgrimidas desde y para la gran burguesía podría significar el éxito de las mismas y la posibilidad de tener una “verdadera democracia”.

mantenernos en contacto con la vanguardia tecnológica mundial (Primera Plana, N° 263, 9 de enero de 1968: 11).

Finalmente, en el último editorial, Grondona defiende la gestión de Krieger Vasena, y presumimos que a Onganía, de la crítica del sector denominado como “derecha liberal”. Hasta ese momento, el ministro sólo había recibido críticas desde la izquierda populista (el peronismo y el radicalismo) y desde el desarrollismo, quienes acusaban a Krieger Vasena de insensibilidad social los primeros y de déficit industrial los segundos, pero la “derecha liberal” se había mostrado aliada a las políticas desplegadas por el ministro. Las críticas de este sector, radicaban en que para ellos, la corriente que empezaba a adoptar, se alejaba de la ortodoxia liberal al inclinarse a favor de la participación del Estado en la financiación de obras y en el control de precios. En cambio, para Grondona, el modo en que se manejaba Krieger Vasena, tenía más que ver más con una cuestión de cálculo político que ideológica, ya que para el editorialista, el ministro

no se desplaza desde la libre empresa hacia el dirigismo. Se mueve, más bien, dentro de una franja intermedia entre esas dos posturas extremas. Recurre a los controles cuando lo cree necesario. Respeta la libertad de mercado cuando lo estima oportuno. Estas decisiones, naturalmente, pueden ser erróneas en cada caso pero no se toman en función de una ideología previa –liberal o intervencionista–, sino con espíritu pragmático, por razones concretas. En lugar de recorrer una línea recta que se desplaza del liberalismo al dirigismo, el equipo económica sigue una línea quebrada que, según las ocasiones, se acerca al extremo liberal o al extremo dirigista sin posarse definitivamente en ninguna de ellos (Primera Plana, N° 264, 16 de enero de 1968: 11).

Dicha estrategia, presentaba sus inconvenientes y sus ventajas. Las ventajas, están representadas por la adaptabilidad a la situación siempre cambiante, mientras que las desventajas provenían del lado de dejarle una importante presencia al Estado, corriendo el riesgo de que este terminara por “asimilarse con la burocracia”, algo que iba a contramano de la predica eficientista liberal, tendiente a buscar el achicamiento del rol del Estado.

A pesar del apoyo esgrimido por Grondona por medio de sus editoriales, el semanario no dejó de percibir con preocupación algunos altibajos de la economía argentina, especialmente lo que hacían referencia a una nueva devaluación; como así también a las posiciones encontradas al interior del gobierno entre aquellos que defendían una postura mas heterodoxa en lo económico, contra aquellos que planteaban

que la política esgrimida por el Ministro de Economía, debía adoptar un carácter más ortodoxo. A pesar de los traspies con los que se comenzaba el primer trimestre de 1968, la revista da la noticia de un leve repunte de la actividad económica, originado por una baja del costo de vida y la aplicación de un paquete de medidas para promover la industria nacional.

De hecho, en el número 277 correspondiente al 16 de abril de 1968, el artículo que abre la sección *Economía y Negocios*, habla de un repunte en algunas actividades industriales como la alimenticia, metalurgia, electrodomésticos y productos químicos. La nota finaliza diciendo que

como para empujar las expectativas puestas de manifiesto por el trabajo de FIEL-UIA, del sector oficial se oyeron voces de aliento para las empresas en general. Concretamente, el Ministro de Economía anunció la semana última que a partir de mayo se modificará sustancialmente el sistema financiero, «simplificando y haciendo más ágil el régimen de efectivos mínimos y de tasas de interés en el mercado de capitales». Estas modificaciones –aseguró Krieger Vasena- servirán para atender los problemas coyunturales y permitir «una expansión de la economía en 1968, que ya ha comenzado» (Primera Plana, N° 277, 16 de abril de 1968: 20).

Pero a pesar de los pequeños éxitos del ministro, en la opinión de los columnistas de *Primera Plana*, la estabilidad económica y el cumplimiento de los objetivos revolucionarios, distaban mucho de haber cumplido, lo que hacía peligrar la permanencia de Krieger Vasena al frente de la cartera y a Onganía al frente del país. Y es que, como veremos a continuación, el año 1968 presentó serias dificultades al elenco gobernante, las cuales estuvieron vinculadas con la fuerte oposición de los partidos políticos proscritos y de las propias filas de las Fuerzas Armadas.

La política: fricciones, choques y autoritarismo

En relación a lo netamente político, el semanario presentó a lo largo de la presente etapa, una serie de problemas a los que el gobierno de facto debió hacer frente. Dichos problemas, como ya adelantáramos, estaban vinculados por los esfuerzos de los partidos proscritos, especialmente el radicalismo y el peronismo, por hacer frente a la dictadura y al programa económico desplegado por la gran burguesía. De igual manera, las Fuerzas Armadas dejaron en claro que, a pesar de lo planteado por Onganía en donde les asignaba a los militares un rol profesional, las mismas aun conservaban intacta su capacidad de presión. En último lugar, *Primera Plana* se hará eco de los

avances autoritarios del gobierno en lo referente al uso de la censura y de la militarización de la sociedad⁴². Cabe destacar que la posición de la revista en relación a los dos primeros problemas, fue de defensa del gobierno, mientras que en relación al último, fue abiertamente crítica. Estas tres cuestiones, serán las que provocarán la eclosión del *onganiato*, provocando no solamente su caída, sino también la franca oposición de *Primera Plana*, la cual será analizada en la Tercera Parte del presente capítulo.

El primer problema, denominado por el semanario como la cuestión de la *oposición*, comienza a gestarse en las páginas de la revista mediante la insinuación de un convenio entre radicales y peronista, cuyo objetivo final sería la concreción de un pacto, presumiblemente de gobierno, entre Perón y Ricardo Balbín, y mas tarde con la posibilidad de la realización de un acuerdo entre el líder justicialista y Arturo Illia. En el mientras tanto, la revista no dudaba en calificar a algunas acciones de militantes radicales adversos al gobierno de facto como “subversivas”, al realizar estas distintas acciones propagandísticas y de protesta, con motivo del primer aniversario de la Revolución Argentina⁴³.

Sobre este pacto, la revista se encarga de “recordar” las viejas desavenencias que tuvieron ambos actores en el pasado, dando a entender que la posibilidad de que Perón e Illia, o por lo menos el sector de la UCRP que dirigía el ex-presidente, pudieran llegar a un acuerdo sin generar resquemores. Por otro lado, presenta a las negociaciones entre justicialistas y radicales como desestabilizadoras y sumamente peligrosas, ya que podría no solo provocar el derrocamiento de Onganía, sino también la vuelta de la “partidocracia”, que sería el objetivo de los radicales: la vuelta al poder. Esta interpretación, se desprende del siguiente fragmento del artículo especial publicado en *Primera Plana*, sobre el pacto Perón-Illia⁴⁴:

Los pactistas radicales hacen expresa mención de la urgencia porque el justicialismo salga de su apatía y pase a la acción. “De este modo –argumentan- se acentuará la debilidad del Gobierno, crecerán las contradicciones internas, y cualquier reacción de las Fuerzas Armadas deberá apoyarse en el fuerte acuerdo opositor”. Pretenden, en síntesis, no ya elecciones sino el reemplazo de Onganía por otro militar, al que se brindaría

⁴² Ejemplo de ello, son los artículos y editoriales en donde se analiza la cuestión de la clausura de diarios y revistas opuestos al gobierno; la censura de films y obras de teatro como *Blow-up* y *Bomarzo*; la ley de Servicio Civil y sobre la política universitaria.

⁴³ Véase “Los panfletos bajo el poncho”, *Primera Plana*, N° 236, 4 de julio de 1967: 15-17.

⁴⁴ Pacto que luego será desmentido por el ex-presidente radical. Véase “¡Calma, calma, radicales!” en *Primera Plana*, N° 240, 1 de agosto de 1967: 14-16.

apoyo cívico en un periodo intermedio de “Gobierno provisional”. Tal es lo que la UCRP exige como fundamento de la alianza...

El pacto Illia-Perón es, todavía una carta de intención; será rubricada si fracasan los presagios de Balbín; de lo contrario, la UCRP continuara aguardando que un líder militar le restituya el poder (Primera Plana, Nº 238, 18 de julio de 1967: 15).

Como puede observarse en la anterior cita, el semanario deja al desnudo la clara intención golpista por parte de la UCRP, que reclama a Perón para que ponga en juego toda la capacidad de presión de su movimiento, encarnada en el sindicalismo, para forzar la caída de Onganía. De igual manera, en el último párrafo se sugiere la imposibilidad del triunfo del planteo radical del pueblo por considerar que ningún oficial de las Fuerzas Armadas brindará su apoyo a una alianza donde el peronismo, el propio Perón, esté presente. Además, puede confirmarse lo que planteábamos mas arriba: para la revista, lo único que perseguiría la UCRP sería la vuelta al poder y con ella, si bien no lo dicen pero se presume, el retorno de la ineficiencia y de la burocratización que caracterizaron la gestión de Illia⁴⁵.

Ahora bien, si el pacto entre el peronismo y el radicalismo exigía la deposición de Onganía por la Fuerzas Armadas y la aceptación por parte de estas de un “Gobierno de Reparación Nacional” de carácter transitivo, ¿cómo era la relación entre estas con el gobierno de facto? Porque si la UCRP creía que las mismas podían llegar a derrocar a un “presidente” surgido de sus propias filas, puede llegar a entenderse que la relación entre el gobierno y el ámbito castrense no era del todo buena.

Para comenzar, los nombramientos de los ministros de Economía e Interior, como ya fueron tratados mas arriba, tuvieron que contar con el visto bueno de la cúpula militar, con lo cual la máxima esgrimida por Onganía sobre que las Fuerzas Armadas no gobernaban ni cogobernaban, había perdido sentido. Y ello se hace evidente cuando a lo largo de la presente etapa, los militares jugaron mas de una vez importantes papeles, entre los cuales, debemos mencionar dos cuestiones de relevancia. Por un lado, la

⁴⁵ Concretamente, según *Primera Plana*, las propuestas presentadas por Illia a Perón, incluían los siguientes puntos: en primer lugar, el programa era un plan de gobierno destinado a ser llevado a la practica por el gobierno que sucediera a Onganía en un plazo de 2 a 4 años, cuando volverían a celebrarse elecciones. Dicho gobierno, tendría entre sus facultades la concentración de todos los poderes, incluyendo el constitucional, y sus autoridades serían designadas por los partidos miembros del “Movimiento de Reparación Nacional”, conformado por un presidente, dos vicepresidentes y el gabinete. Entre las tareas a llevar a cabo, figuraban la creación de un Consejo Económico y Social, reorganización de los partidos y agilización del tramite parlamentario; promover la integración económica latinoamericana; asegurar la independencia de los sectores de predomino mundial; promover la reforma agraria y la explotación de los monopolios y servicios públicos por el Estado; como así también la promoción de la participación de los trabajadores en las instancias de decisión nacional, entre otras cuestiones. Véase: “El pacto Illia-Perón”, *Primera Plana*, Nº 238, 18 de julio de 1967: 13-15.

oposición de sectores castrenses a las políticas desplegadas por Onganía, tanto económicas como políticas; y por otro lado, el enfrentamiento entre el “presidente” y el Comandante del Ejército, general Julio Alsogaray, que terminaría con la destitución de éste último.

El conflicto entre ambos actores, tuvo su inicio con motivo de una serie de desplantes realizados por el gobierno hacia las Fuerzas Armadas, particularmente los dichos del Secretario de Difusión y Turismo Federico Frischknecht, con los cuales el Comandante del Ejército se sintió ofendido, aun más cuando Onganía prefirió apoyar a su funcionario y no al jefe de la fuerza. Si bien en el editorial de Mariano Grondona que analiza el hecho, el cronista le resta importancia al suceso⁴⁶, de por sí bastante nimio, es imposible no percibir que el desentendido se había originado por otras causas más serias que por los dichos de un funcionario menor del gobierno.

Como se recordara, en la Primera Parte del presente trabajo, en gran medida los vaivenes del plan económico, que no se mostraba tan exitoso como se había hecho creer en un principio, sumado al *lobby* que ejercía el embajador argentino en los Estados Unidos y hermano del jefe del ejército, Álvaro Alsogaray, para cambiar el rumbo de la política económica hacia una más ligada al libre mercado⁴⁷, fueron factores que provocaron la ruptura entre el gobierno y el “poder constituyente”⁴⁸, el cual se agudizaría aun más con motivo de las movilizaciones sociales que terminaron poniendo en jaque a Onganía y a su proyecto político, llevando a la ruptura definitiva del gobierno con las Fuerzas Armadas.

⁴⁶ Véase “El caso Frischknecht”, *Primera Plana*, N° 241, 8 de agosto de 1967.

⁴⁷ Véase “Gobierno: «Fasten seat belt»”, *Primera Plana*, N° 244, 29 de agosto de 1967. En la página 13, el semanario censura las críticas del embajador Alsogaray, al modo en que el gobierno llevaba a cabo la política económica, dejando al descubierto su pleno apoyo a la gestión Krieger Vasena.

⁴⁸ Por otro lado, y sobre el papel de las Fuerzas Armadas en el gobierno de la Revolución Argentina, Mariano Grondona trata de explicarlo en un artículo donde pone en relevancia algunas cuestiones sumamente importantes, a la hora de analizar dicha relación. En primer lugar, declara que las funciones políticas de las Fuerzas Armadas son las de *asegurar la sucesión* en caso de renuncia o muerte del “presidente”; administrar las reglas básicas del sistema, que es lo que se denomina como “*poder constituyente*”, es decir, la capacidad de dictar el Estatuto de la Revolución con lo cual “el Presidente no tiene el ejercicio del poder constituyente y no puede modificar las normas supremas del sistema: si quisiera introducir en ellas algunas novedades, tendría que obtener la aprobación de los Comandantes en Jefe”; y finalmente, la capacidad de actuar como *poder de reserva*, la capacidad de intervenir cuando “la unidad, la grandeza y el destino común” de la Nación peligran. De este modo, Grondona dejaba en claro que las Fuerzas Armadas conservaban un importante papel político, con la capacidad de influir en la toma de decisiones y arrogándose la posibilidad de dar por terminado un gobierno, incluso si el mismo se había originado de sus propias filas. Y en relación a esto último, para Grondona el poder de reserva operaría de un modo muy similar a la dictadura romana, para corregir aquello que estuviera mal, para “cubrir un vacío. Cumplida su misión, vuelve a una situación expectante. Es lo que, según sus propias definiciones, hicieron las Fuerzas Armadas el día de la revolución”.

De igual manera, para Grondona el 28 de junio las Fuerzas Armadas derrocaron a un gobierno civil para poner otro. Es que para el editorialista “hay dos tipos de Gobierno civil: el gobierno civil constitucional, que es la expresión de la normalidad, y el Gobierno civil revolucionario que, puesto en marcha por el poder de reserva, tiene como fin recrear las condiciones básicas de la normalidad. A este segundo tipo pertenece el régimen de Onganía”. Pero, dicha permanencia del gobierno en el poder, dependía de los éxitos económicos y la instauración del orden. Por el contrario, las Fuerzas Armadas podrían utilizar su poder de reserva y reemplazar al “gobierno civil revolucionario” por otro, tal como lo deja explícitamente establecido Grondona al final de su artículo. Véase “Día del ejército”, *Primera Plana*, N° 232, 6 de junio de 1967: 11.

En este sentido, la remoción de Alsogaray al frente del Ejército y su reemplazo por Agustín Lanusse, amigo íntimo y colaborador cercano de Onganía, no significó la salvación del gobierno ni mucho menos. Pero antes de adentrarnos en esta cuestión, creemos conveniente dedicarle unas breves líneas a cómo percibió el semanario el mencionado conflicto.

Para la revista el enfrentamiento entre Alsogaray y Onganía, era un desprendimiento directo de las fuertes tensiones al interior del gobierno con sectores de las Fuerzas Armadas aliados con los partidos proscriptos, por la política económica y el futuro del gobierno de la Revolución, entre la corriente liberal, representada por los hermanos Alsogaray y la llamada línea nacionalista, o paternalista según Guillermo O'Donnell, donde se ubicaban el propio “presidente” y varios de sus ministros y colaboradores más cercanos como Borda y Díaz Colodrero. De este modo, para *Primera Plana* lo que se había puesto en marcha era un complot liberal para derrocar a Onganía, lo que supuso una paradoja ya que la revista venía esgrimiendo, desde lo ideológico, un matiz liberal⁴⁹. ¿Cómo puede ser posible entonces, que el semanario se oponga a la instauración de un gobierno que responda a su línea de pensamiento? Por ahora, deberemos dejar sin responder esta pregunta, para retomarla al final de nuestro trabajo.

3- Tercera Etapa: Crisis y ruptura final (julio 1968- junio 1970)

La tercera etapa de la relación entre *Primera Plana* y el *onganiato*, estuvo marcada por una serie de cuestiones, como la crisis del modelo económico, el incipiente autoritarismo, la desavenencia con las Fuerzas Armadas, las explosiones sociales, como el Rosariazo y el Cordobazo, y la radicalización de la juventud. Pero también se posibilita un cambio en la actitud, ante el temor de ser desplazado por un golpe de Estado. Es por ese motivo, que Onganía lanza el “tiempo social” de la Revolución Argentina, con la esperanza de ganar apoyo popular. Apoyo que como demuestran las jornadas de mayo y junio en numerosas ciudades del país, como Corrientes, Resistencia, Rosario y Córdoba, no fue logrado. La respuesta del gobierno se tradujo en una violenta

⁴⁹ Es así como para la publicación, operaban tres factores tendientes a la desestabilización del gobierno nacional: “1) en el Ejército campea ya, sin tapujos, un líder liberal, defensor del regreso a la normalidad por medio de las elecciones y la partidocracia, aunque sin intervención del peronismo y la extrema izquierda; es, desde luego, el teniente general Julio Alsogaray. 2) Un clima de atonía asfixia cualquier manifestación popular sobre el tipo de solución deseada. 3) Desde dentro y fuera del país, una campaña proselitista exige el «retorno de las instituciones republicanas». Véase: “El complot de los liberales”, *Primera Plana*, N° 286, 18 de junio de 1968: 20-22.

represión que dejó un tendal de muertos y heridos, al mismo tiempo que se perdía cualquier posibilidad de legitimación popular, mediante el intento por parte del gobierno de instaurar un sistema de “auténtica democracia representativa” con la creación de Consejos Provinciales, los cuales fueron duramente criticados por *Primera Plana*, como así también la dureza con que las Fuerzas Armadas reprimieron los estallidos populares en contra de la dictadura.

“El tiempo social”: en busca de legitimidad

Sin lugar a dudas, las tensiones acumuladas con las Fuerzas Armadas, hicieron que el gobierno encabezado por Juan Carlos Onganía, acelerara sus planes políticos para obtener de la población el respaldo necesario para hacer frente a los planteos castrenses, y de ese modo, desalentar intentos golpistas. Por otro lado, además de la tensa situación que vivía el gobierno con los militares, los políticos también hacían sentir su peso, con lo cual, el objetivo de Onganía y sus colaboradores era doble: debilitar a los militares y a los partidos tradicionales.

Por tal motivo, en la edición del 20 de agosto de 1968, *Primera Plana* cubría la gira por el interior del Secretario de Gobierno, Mario Díaz Colodrero, cuya meta era “obtener el máximo de réditos sociales con el menor insumo posible” (*Primera Plana*, N° 295, 20 de agosto de 1968: 13). Dichos réditos, se obtendrían mediante la inversión “racional” por parte del Estado en obra pública. Para el semanario, con ésta maniobra el gobierno se jugaba su permanencia en el poder, ya que

para él [en referencia a Díaz Colodrero], como para el más humilde funcionario del equipo “nacionalista” de la Casa Rosada, Onganía jugará su suerte en 1969; deberá provocar un boom de obras públicas, ocupación, créditos, alto nivel de salarios, o condenarse a figurar, en los libros de texto, como un dictador progresista pero enemigo del pueblo (Primera Plana, N° 295, 20 de agosto de 1968: 13).

Y precisamente ese era el objetivo del “tiempo social”. La supervivencia del régimen dependía del apoyo popular que el gobierno pudiera recabar, teniendo en cuenta un panorama sumamente adverso. En lo económico, la inflación continuaba su camino ascendente, a costa de la disminución de la calidad de vida de los trabajadores; mientras que la tan mentada modernización económica y productiva del país no había podido lograrse a falta de inversión extranjera a largo plazo. Se debe sumar a ello, la

crisis de la industria y del sector agrícola-ganadero, que paulatinamente, irán retirando su apoyo al ministro Krieger Vasena.

A todo eso, no debemos olvidarnos de dos importantes cuestiones. En primer lugar, el fuerte clima represivo que vivía el país, especialmente en el ámbito universitario y cultural, por medio de la cruzada moralizante que llevaba a cabo el gobierno, prohibiendo determinadas obras por ser consideradas como inmorales; o la intervención de las universidades, para hacerlas “racionales y eficientes”, que había generado en la deserción masiva de profesores e investigadores. Asimismo, la relación con los sindicatos tampoco era buena. Si bien habían logrado dividir a la central obrera, Onganía se mostraba poco deseoso de entablar negociaciones, con la corriente “participacionista” de la CGT.

En segundo lugar, las pujas entre la facción liberal y la “nacionalista” del BA, comenzaban a ser cada vez mas frecuente, poniendo en riesgo la continuidad de los segundos, al frente de la administración política de la Nación⁵⁰. Y de hecho, este enfrentamiento, marcó la segunda mitad de 1968 y el resto de la gestión Onganía, hasta su dimisión en julio de 1970.

Pero volviendo al artículo de *Primera Plana*, el gobierno pretendía comenzar a prepararse para un futuro “tiempo político”, donde debería legitimar su posición. Para ello, buscaba formar Consejos Económicos y Sociales, los cuales serían las instituciones rectoras del “tiempo social”. Los mismos eran

entidades formadas por los Gobernadores (y acaso, mas adelante, por Onganía) sobre la base de hombres “representativos”, que no sean “representantes”. Es decir, figuras expectables que el régimen elegirá para rodearse de cierta aureola, siempre que no obedezcan a organización alguna, esto es, que no sean mandatarios de nadie (Primera Plana, N° 295, 20 de agosto de 1968: 13).

Más allá del deseo por parte del gobierno de legitimarse y consolidar su posición en el poder, la formación de los Consejos sumó un nuevo enfrentamiento entre las facciones: la liberal, que atacó la decisión de Onganía tildando a la medida como “fascista” y los nacionalistas, quienes defendieron el proyecto por entender que los Consejos “robustecen la democracia”. Para el semanario, no era ni lo uno ni lo otro. Se

⁵⁰ Recordemos que la corriente liberal del BA, se había hecho con el control de la economía y de las Fuerzas Armadas. De este modo, la permanencia de los “nacionalistas” (paternalistas para O’Donnell), pendía de un hilo muy fino.

trataba simplemente de “una ilusión de democracia, como también lo son hoy el sistema de partidos y el Poder Legislativo” (*Primera Plana*, N° 295, 20 de agosto de 1968: 14).

Como consecuencia de dicho enfrentamiento, Onganía tomó la decisión en agosto de 1968, de desplazar de sus funciones a los tres comandantes en jefe, incluyendo al general Alsogaray. Dicho desplazamiento, tenía que ver por un lado con las continuas pujas entre el sector castrense con el gobierno, y por otro por el resentimiento a la adopción de los Consejos. Y sobre esto último, para la revista “cualquier plan político exige desembarazarse de los adversario, y Alsogaray lo era: líder de la facción liberal del Ejército, propiciaba un retorno a la partidocracia anterior a 1966” (*Primera Plana*, N° 296, 27 de agosto de 1968: 14). De ese modo, quedaba libre el camino hacia la reforma política⁵¹.

Ahora bien ¿cuál era el rol que, para la revista, jugaría Lanusse en la revolución? Si bien remarca la pertenencia liberal del nuevo Comandante en Jefe, para *Primera Plana*, el rol primario que ejercería sería el de la administración de la Fuerza, sin intervenir en política. O mejor dicho, sin intervenir en las pujas de poder entre las Fuerzas Armadas y el gobierno. Y esto está vinculado con una serie de rumores que presenta el semanario, sobre el posible pedido por parte de Lanusse, de que el “presidente” Onganía se deshiciera de los funcionarios nacionalistas de su gabinete, Borda y Díaz Colodrero entre los principales, y que todo el control pasara a manos del ministro Krieger Vasena, quien es presentado como “su amigo”.

Lo cierto era que, en palabras del propio Lanusse, el nuevo comandante se había fijado tres “cursos de acción”: por un lado “vigilar al Gobierno y hasta deponer al Presidente si una improbable circunstancia amenaza al país; convertirme en un satélite suyo; pedir el retiro de la Administración no funciona” (*Primera Plana*, N° 298, 10 de septiembre de 1968: 14). En cuanto a su pensamiento político, la revista realiza una breve síntesis sobre el mismo:

los plazos –razona Lanusse- deben permitir no sólo la recuperación de un alto standard de vida y el crecimiento a ritmo normal de la economía; el Comandante –desilusionado de la política argentina de las dos últimas décadas- también pretende la desaparición de los elencos partidarios que manejaron la República durante ese lapso. Él supone que luego, naturalmente, aparecerán nuevas tendencias guiadas

⁵¹ El general Agustín Lanusse, según *Primera Plana*, era partidario de las reformas propuestas por el Ministro del Interior Borda, con el beneplácito del “presidente”. Así, Onganía no solo se aseguraba el apoyo militar a su proyecto, sino que también se encargaba de reducir las probabilidades de que se produjera un golpe de Estado en su contra.

por otras figuras, hoy demasiado jóvenes como para cargar el Estado (Primera Plana, N° 298, 10 de septiembre de 1968: 14).

En conclusión, para el semanario, Lanusse era una especie de “guardián” de la Revolución. Liberal en lo económico, fervientemente antiperonista y apartidiario en lo político, muy bien visto en el Ejército; apoyaba la implementación de los Consejos para de ese modo, poder generar canales de dialogo entre el pueblo y el gobierno. Cierra el artículo, planteando que

si el aislamiento del Presidente se acentúa, Lanusse será el único sostén del Estado; si, por el contrario –cosa improbable-, el Presidente se abandona a la demagogia sindical o si pretende eternizarse en el Gobierno, acaso sea Lanusse el hombre que lo destrone. La última posibilidad: que Onganía acabe su tarea y, al llamar a elecciones, entregue el poder al actual Comandante (Primera Plana, N° 298, 10 de septiembre de 1968: 15).

Volviendo a la cuestión de los Consejos, ¿cuál era la posición del semanario entorno a estos? Para Grondona, el debate sobre la instauración de los Consejos, abría el debate de hacia dónde iba la Argentina, desde lo institucional. De este modo, para el editorialista, el gobierno de la Revolución, a quien no duda de definir como una dictadura por reunir la suma del poder público, tenía tres caminos por delante. Por un lado, la de fundar una *dictadura personal*, siempre y cuando Onganía decidiera permanecer en su cargo indefinidamente. Por otro, podría pasar que Onganía decidiese aprovechar su gravitación para crear un régimen político que durará en el tiempo, a lo que Grondona denomina como *dictadura fundadora*. Finalmente, estaba dentro de las posibilidades que Onganía, en su calidad de “hombre fuerte”, no pudiera consolidar su posición, con lo cual se retornaría a la *inestabilidad*.

Y de las tres salidas, para Grondona la mejor era la segunda: la *dictadura fundadora*, debido a que implicaría la conformación de un régimen político con instituciones que

lleven en sí mismas la simiente de la perdurabilidad. Mecanismos que superen la muerte, el desvío o la caducidad de los protagonistas y aseguren la larga, la profunda estabilidad de una Nación con destino; la capacidad de marchar ordenada y persistentemente por un mismo camino, a través de las generaciones. Los países que encontraron esta formula de supervivencia política han dejado una huella importante en la historia. Los hombres que les abrieron el acceso a este género de inmortalidad han merecido, más que todos los otros, un pedestal (Primera Plana, N° 292, 30 de julio de 1968: 11).

Entonces ¿eran los Consejos la piedra basal de un nuevo régimen político, que pudiese terminar con la “pasada situación de inestabilidad”? Si bien Grondona no lo aclara, para Onganía y el sector que respondía a él, sí. Lo que sí plantea Grondona, es que la disyuntiva que enfrentaba el país, y la Revolución Argentina, era entre dos sistemas de gobierno: democracia o autocracia. Y la diferencia entre ambos sistemas en relación a los Consejos, radicaba en que los mismos podían coexistir tanto en uno como en otro.

Por otro lado, el editorialista de *Primera Plana* planteaba una segunda disyuntiva, entre la democracia condicionada y una democracia plena, para las cuales la Argentina no estaba preparada. Finaliza su editorial, diciendo que el único camino que le quedaba al país era el de la auténtica democracia, pero no aclara qué entiende por ésta⁵². Por lo tanto, ¿son para Grondona los Consejos, una expresión de esa auténtica democracia? Creemos que sería muy arriesgado responder afirmativamente, por lo menos desde la lectura del citado editorial. Para ello, primero deberíamos realizar un examen de otros editoriales, para ir desgranando la posición de Grondona sobre el mismo.

En ese caso, para el editorialista, el gobierno de la Revolución Argentina podía comenzar el camino del “tiempo social”, debido a que gozaba de cierto consenso. ¿En qué se basaba dicho consenso? Para Grondona,

la ausencia de huelgas y acciones violentas en los gremios, la inexistencia de una oposición organizada, la férrea disciplina militar, indican con claridad que el Gobierno encuentra en la opinión corrientes favorables que no deben ser subestimadas (Primera Plana, N° 299, 17 de septiembre de 1968: 11).

Pero este consenso se componía de dos tipos de ingredientes, unos estables y otros inestables. Entre los primeros, Grondona resalta dos, la esperanza democrática y la subsistencia de las garantías constitucionales:

este es un gobierno autocrático que promete, como su fruto principal, la reconstrucción de la democracia. Mientras no quite del horizonte esta perspectiva, contará con el apoyo o, al menos, con la neutralidad de vastos sectores de la opinión que, reconociendo que la democracia ha sido en el pasado inauténtica e ineficiente, no han perdido la esperanza de instalarla un día en la realidad argentina y no toleran que se les ofrezca en su reemplazo otros sistemas de vida en común. (Primera Plana, N° 299, 17 de septiembre de 1968: 11).

⁵² Véase “Cuestiones políticas”, *Primera Plana*, N° 294, 13 de agosto de 1968.

Podría concluirse que el sistema propuesto por el gobierno de eminente corte corporativo, no sería el querido por aquellos “vastos sectores de la opinión”, que sólo desean un sistema de gobierno democrático. Pero, nuevamente se nos presentan una serie de interrogantes. Primero, Grondona sigue sin definir qué o cuál sería el modelo de democracia “ideal” que debería tener el país, considerando que la misma “ha sido en el pasado inauténtica e ineficiente”⁵³. Y segundo, ¿cuáles son esos “vastos sectores de la opinión” de los que tanto habla?

En cuanto a los ingredientes inestables del consenso, los mismos radicarían en el ansia de poder y estabilidad, “que nace de la sombría experiencia de los años pasados” y en el “deseo” de crecimiento económico regular y constante. Pero estos, tienen sus pros y sus contras. En palabras del propio Grondona,

los argentinos están –y estarán por algún tiempo- impresionados por sus años de luchas políticas, desorden e inestabilidad. Ese recuerdo les hace aceptar de buen grado una autocracia ordenadora. Pero, a medida que el tiempo pase, el recuerdo de la inestabilidad se irá diluyendo y la gente pedirá, al lado del orden, mayor diversidad, más movimiento. Diez años de de Gaulle en Francia lo prueban: el orden cansa (Primera Plana, N° 299, 17 de septiembre de 1968: 11).

De lo anterior se desprende que, tarde o temprano, un régimen fuertemente autoritario, pero con cierta sensibilidad social o política como parecía tener el régimen de Onganía, cuyo principal objetivo era el orden, tendría que dejar lugar a otras formas de organización más “dinámicas”. Pero ¿acaso eso no sería volver a reiniciar el ciclo de desestabilización y conflicto? Grondona no especifica con qué reemplazar el régimen de Onganía una vez que ésta haya cumplido con su cometido. Sólo se limita a decir que “cuando saciemos nuestro deseo de estabilidad y crecimiento, exigiremos otras cosas. Entonces –y sólo entonces- cambiará la estructura del consenso y, con ella, las condiciones básicas de la vida política argentina” (*Primera Plana*, N° 299, 17 de septiembre de 1968: 11).

Ahora bien, es en otro artículo donde Mariano Grondona, continúa con su intento de definir el régimen político que gobernaba la Argentina desde junio de 1966. En el mismo, Grondona definía al régimen como una

autocracia limitada, capitalista y pluralista. Proclama como meta la construcción de la democracia. Incluye un liderazgo

⁵³ Tampoco queda claro, a qué pasado se refiere. ¿Será acaso el periodo 1958-1966 o el anterior, es decir 1945-1955; o tal vez ambos?

monárquico, ascético y militar. Obtiene consenso en función de la construcción democrática, la vigencia de los derechos constitucionales y la experiencia colectiva en el pasado inmediato. Está sostenido, finalmente, por un aparato militar (Primera Plana, N° 302, 8 de octubre de 1968: 11).

Como puede observarse, Grondona planteaba que el consenso, como vimos en el análisis del anterior artículo, se obtenía de la “construcción democrática”. Esto nos habilita para preguntarnos, qué entendía Grondona por construcción de la democracia, en un país donde toda instancia participativa, comenzando con los partidos políticos, estaban prohibidos. Más adelante, en el mismo editorial, Grondona se explaya sobre este tema, pero no dice nada nuevo que no haya mencionada anteriormente, como así también, continua sin explicar en qué va a diferenciarse esa “democracia representativa”, que es el objetivo final del régimen autocrático, de la “otra” democracia “inauténtica e ineficiente” del pasado⁵⁴.

Para ir finalizando con este apartado, analizaremos uno de los últimos editoriales escritos por Grondona, antes de dejar *Primera Plana* a fines de 1968. En el mismo, toma la cuestión del participacionismo, que el gobierno comenzaba a promover mediante la formación de Consejos Económicos y Sociales. Este artículo, es en gran medida significativo, ya que Grondona desglosa la formación de los Consejos, examinando lo relativo a la participación y la representación. Y lo primero que plantea, es que la promoción de la participación es uno de los temas centrales del “tiempo social”.

Fiel a su estilo didáctico, Grondona comienza definiendo los conceptos centrales de su artículo⁵⁵. Por lo tanto, entiende por participación cuando grupos o personas individuales “se hallan incluidos en el proceso mediante el cual esa estructura adopta sus decisiones”. A su vez, remarca que dicha participación puede ser de carácter consultivo o resolutivo; como así también la resolución tanto del Gobierno en la disposición de que los gobernados participen activamente, como la predisposición de estos últimos.

⁵⁴ El resto del artículo, plantea cosas ya mencionadas con anterioridad. A saber, menciona el liderazgo neutral de Onganía, a quien identifica como un “no-Perón”: “no goza del poder, no abusa del poder, no busca adeptos a través del poder, no mira al poder como un fin en sí mismo”; retoma la cuestión del consenso basado en el “dejar hacer” por parte de sectores democráticos y liberales. Y este consenso se produce porque aún perdura “el recuerdo del pasado inmediato; un pasado de inestabilidad política y estancamiento económico. El consenso se otorga, también, a cambio del orden y la eficiencia que habíamos perdido. El ejercicio enérgico de la autoridad, la reforma de la burocracia y la puesta en marcha del crecimiento económico son, en este sentido, tres frutos que se esperan del Gobierno de Onganía”. Finalmente, recuerda que el sostén del régimen son las Fuerzas Armadas. Véase “El régimen político: una definición” *Primera Plana*, N° 302, 8 de octubre de 1968: 11.

⁵⁵ Véase: “En torno de la participación”, *Primera Plana*, N° 305, 29 de octubre de 1968: 11.

Por otra parte, distingue tres conceptos, que están interrelacionados entre sí: comunicación, representación y participación. Del primero, dice que es la información que fluye sobre lo que pasa en el Gobierno hacia la comunidad y cuando ésta hace llegar al primero sus inquietudes. La misma, es una condición previa para la participación: “si la gente o el Gobierno andan a ciegas, la participación no puede ser mas que una ficción”.

En cuanto al concepto de representación, Grondona define al mismo como la designación de los gobernantes por los gobernados; y que la participación no puede reemplazar a la representación en un sistema democrático:

la participación, por su propia naturaleza, es parcial: cada uno participa en un segmento del recorrido del proceso de decisiones, pero nadie puede hacerlo en la totalidad. La representación, en cambio, permite que los gobernados tomen, como conjunto, una decisión global e inmediata que concierne a toda la nación: la elección de los gobernantes. La representación otorga a los gobernados un papel general, nacional que no les puede otorgar la participación. Pero también es verdad que, sin ésta, una democracia es inauténtica, nominal (Primera Plana, N° 305, 29 de octubre de 1968: 11).

Entonces, ¿cuál sería el sentido de la participación tal como la planteaba Onganía y sus acólitos? Para el editorialista, era

una combinación entre la participación y la representación: los miembros de un consejo económico y social, así, participan consultivamente de las decisiones nacionales, pero, al hacerlo, están actuando en representación de diversos grupos a los que deben su elección (Primera Plana, N° 305, 29 de octubre de 1968: 11).

Por lo tanto, lo que se planteaba era una mera representación sectorial de los “diversos grupos” sociales que participarían en los Consejos, excluyéndolos de la “decisión global” que es la elección de los gobernantes. En adición, la propuesta del gobierno sobre la participación en los Consejos, sólo era una mera fachada, cuyo objetivo final perseguía la estabilidad del elenco gobernante en el poder, mediante la ilusión de participación y, desde un cierto punto, de democracia. Tengamos en cuenta, que estos Consejos actuarían de manera consultiva, por lo cual, el resultado final no iba a cambiar demasiado el modo en que se tomaban las decisiones en ese momento. Por lo que continuaría existiendo la ilegitimidad de las acciones de gobierno, por ser este producto de un golpe de Estado, mas allá de todo planteo de tipo filosófico que algunos

adeptos al régimen realizaban sobre una presunta delegación de la soberanía, por parte del pueblo en las Fuerzas Armadas.

Sobre el final del artículo, Grondona arriba a conclusiones similares. Cree que la participación sólo es una ilusión o un mito que no logrará su objetivo, cuando plantea que “existe, por ultimo, una demagogia de la participación cuando no se quiere otorgar a la comunidad una participación autentica y verdadera sino una ilusión de que participa, con el objeto de someterla mas fácilmente” (*Primera Plana*, N° 305, 29 de octubre de 1968: 11). Y dicha ilusión, que incluso podríamos definirla como autoengaño, explotará en la cara del régimen con los acontecimientos de mayo y junio de 1969. De ese modo, cualquier posibilidad que aguardaba el gobierno de ver legitimada su labor, se verá oscurecida por la violenta represión desplegada por las Fuerzas Armadas. Comenzaba de ese modo, el lento principio del fin del *onganiato*.

La explosión social

A mediados de 1969, el gobierno de la Revolución Argentina pretendía acelerar los planes comunitaristas, para de ese modo hacer frente a la cada vez mayor presión que ejercía el peronismo sobre Onganía y su gestión. Con ello, se buscaba la forma de “rodear a Onganía con una muralla de adhesiones populares capaz de disuadir cualquier movimiento subversivo civil o militar” (*Primera Plana*, N° 333, 13 de mayo de 1969: 8). Además, para el semanario, dicha maniobra política implicaba para el gobierno la imperiosa necesidad de consolidar alianzas con sectores significativos de la sociedad, como los sindicatos, debido a que “la ola de atentados contra regimientos, oficinas de radios y policías denotan cierta impaciencia general y vulneran la imagen de seguridad ofrecida por el gobierno”. Claro que esta alianza sólo podría ser consolidada siempre y cuando, el gobierno de facto aceptara las críticas de la sociedad y permitiera la plena participación de la ciudadanía en la toma de decisiones.

Era con la implementación de los Consejos Económicos y Sociales, con los que el gobierno buscaba obtener cierta legitimación. Pero, para Ramiro de Casasbellas, la consejocracia nacía esterilizada, ya que el gobierno no deseaba someterse a los dictados de los Consejos ni mucho menos. De hecho, para el editorialista, el gobierno temía esa solución debido a que

de un lado, recaería sobre ello el baldón del fascismo, de otro, porque no desean abandonar la tutela paternalista que ejercen sobre el pueblo, ni quieren darle libertad de acción. En suma,

se niegan a que los argentinos sean no sólo los artífices sino los dueños de su destino (Primera Plana, N° 333, 13 de mayo de 1969: 104).

La fachada participacionista con que el gobierno pretendía resguardarse, terminó fracasando. La feroz represión desatada en Corrientes y en Rosario, primero y luego en Córdoba, demostró que la dictadura había fallado en aquello de lo que se vanagloriaba: la imposición del orden. Y *Primera Plana* tomaba nota sobre ello. En el editorial donde se analizaba los acontecimientos del *rosariazo*, Casasbellas hacía referencia a los errores políticos cometidos por Onganía. De este modo, para el editorialista

el balance es muy claro: es autoritarismo lo que se pretende autoridad; y mera apatía lo que se denomina consenso. El Gobierno, sin duda, calculó erróneamente: se fijó un plazo máximo de diez años para escalonar su reconstrucción del país, sin advertir que, para obtener una aquiescencia tan prolongada de los gobernados, hacia falta dos virtudes, al menos: la audacia –en el mejor sentido de la palabra- y el dialogo franco con el pueblo.

Ni una cosa ni la otra: en sus obras y en sus medidas es imposible rastrear el vuelo inventivo, la osadía, que caracterizaba a muchas generaciones de argentinos. En cuanto al dialogo, ha brillado por su ausencia, aunque ahora se busca abrirlo en el aséptico recinto de los Consejos Asesores. Aquella doble carencia, si era justificable en Administraciones como la de 1963-1966, no lo es en el momento actual, porque el Gobierno Onganía se declara revolucionario y goza de poder casi omnímodo (Primera Plana, N° 334, 20 de mayo de 1969: 100).

Y finalizaba diciendo que los motivos de las protestas⁵⁶, eran completamente lícitos y que no buscaban la mera expulsión de las autoridades, “mediante un complot de inspiración marxista” como sostenía Borda. De allí que la represión de las protestas, fueran un grave error:

lo que debe hacer un Gobierno así es escuchar esas voces, abandonar el limbo en que se ha enclaustrado, quizá por exceso de soberbia. Tiene que darse cuenta que es imperioso liberar la energía del pueblo, no para que marche por las calles hacía el látigo y los disparos, sino para que ayude a transformar un país desalentado en un país con miras, para que reine la paz de la vida y no la de los cementerio. Todavía está a tiempo de producir ese cambio (Primera Plana, N° 334, 20 de mayo de 1969: 100).

⁵⁶ Véase: “Rebeliones: de Córdoba al Litoral, con 2 muertos”, *Primera Plana*, N° 334, 20 de mayo de 1969: 8-9.

Como consecuencia de las manifestaciones, para Casabellas, las Fuerzas Armadas habían salido del ostracismo al que las había relegado el propio Onganía, al verse la policía incapaz de controlar la situación. De esa manera, el sector castrense volvía al terreno de lo político, como un actor relevante. Pero, ¿por qué habían intervenido? Si bien en un principio, el editorialista plantea que es lícito que las mismas intervinieran, para “evitar el caos o la guerra civil”, el motivo era muy distinto:

responsable lejano, pero responsable definitivo de tales desquicios [del gobierno], el Ejército mostró su cara, en el fondo, cuestionaba la orientación del Gabinete. ¿Cuestionaba, además, al hombre que lidera ese equipo? Todavía no. Sin embargo, no es exagerado deducir que acaba de formularle su primer planteo.

Las Fuerzas Armadas no han salido a defender al pueblo sino a salvar su piel. Pero este es el drama argentino desde 1930 (Primera Plana, N° 335, 27 de mayo de 1969: 9).

Ya en el artículo central, la revista no dudaba en afirmar que tras las protestas y la represión, las Fuerzas Armadas se autoproclamaban como las salvadoras del gobierno, lo que se traducía en el ejercicio de un poder tutelar hacia la figura de Onganía, pidiendo la dimisión de aquellos funcionarios “incómodos” para las fuerzas, como Borda, Díaz Colodrero y otros. Por otro lado, desde las páginas del semanario se desprendía que la autorización para la represión, había partido directamente del general Lanusse, sin consultar previamente a Onganía, dejándolo en una situación de dependencia en un doble sentido: dependía de las Fuerzas Armadas para que lo “protegieran” de posibles movimientos destituyentes de carácter popular y dependía de ellas, para permanecer en el poder, siempre y cuando acatará los designios de los militares.

En cuanto a la represión, *Primera Plana* no dudaba en definir a la misma como desproporcionada, no sólo por el número de víctimas fatales y heridos, sino también por el arsenal con que las Fuerzas Armadas respondieron al movimiento popular. De la misma forma, delega la culpa por los acontecimientos al propio gobierno y a los militares, mientras que desestimaba cualquier injerencia subversiva de origen comunista, como quería hacer creer la versión oficial⁵⁷.

⁵⁷ Es sumamente relevante el presente extracto de la nota donde se da cuenta sobre el nivel represivo desplegado por las “fuerzas del orden”: “el enviado de Primera Plana observó, cerca del mediodía, el cruce de efectivos militares por la calle Colón [ciudad de Córdoba]: «Disparaban al aire, como cowboys –dice su cable-. Pero no faltaba alguno, de entre la multitud, que desfundase un revolver y contestara el fuego». Abundaron las corridas y las víctimas inocentes, quizá por aquello de que nada hay más certero que

Ahora bien, ¿cuáles fueron las consecuencias de la reacción popular? ¿Y cómo percibió la revista, la posición del gobierno? Desde la página editorial, Casasbellas describe la reacción de Onganía de la siguiente manera:

quienes esperaban una voz conciliadora, recibieron sordas amenazas; quienes pretendían hallar los lineamientos de futuras soluciones, sólo atisbaron una reforma de Gabinete. Es comprensible que Onganía esté dolido por la crisis: a fin de cuentas, él es el jefe de la Nación, un responsable directo de las circunstancias. Pero, por eso mismo, por la suprema magistratura que inviste, debió abrir su espíritu con mayor generosidad y realismo (Primera Plana, N° 337, 10 de junio de 1969: 9).

Es decir, Onganía mantuvo firme su posición, que ya había dejado en claro cuando en relación a la conformación de los Consejos había planteado que la participación popular sería limitada cuando no nula. Y eso es lo que criticaba Casasbellas. La negativa, por parte de un gobierno que se declaraba partidario de la instauración de una “verdadera democracia”, de escuchar al pueblo⁵⁸. Esto último puede observarse en la nota central de la sección *El país*, cuando se resume el mensaje de Onganía en dos ejes fundamentales: por un lado, una “extrema severidad” hacia los manifestantes y por otro, una “absoluta condescendencia” a los planteos de las Fuerzas Armadas, que habían solicitado cambios en el Gabinete⁵⁹.

Dichos cambios afectaron a toda la plana mayor del gobierno, que a pedido de Onganía renunciaron a sus cargos. Y como era de suponerse, estalló una nueva puja entre liberales y “nacionalistas” por ocupar los puestos, ahora vacantes. De hecho, el semanario se preguntaba por quienes serían los nuevos ocupantes de los ministerios estratégicos, Economía e Interior, y por el futuro político de Onganía:

en los días que corren, y en los inmediatos, los auténticos vencedores, miembros del Establishment –los “demócratas”, el “desarrollismo”, los librecambistas y el catolicismo tradicional-, se disputaran las ubicaciones dentro del flamante Gabinete. Ese proceso, ¿conducirá a las elecciones que anhelan los decrepitos partidos? Según los íntimos de Onganía, ello no ocurrirá mientras el Presidente conserve un halito de vida, seguro como está de las bondades de su plan. Pero

una bala perdida. Según el Ejército, ondeaban banderas rojas en manos de los manifestantes; el enviado de Primera Plana no vio ninguna. En cambio, un chico que agitaba una bandera argentina recibió un tiro” (*Primera Plana*, N° 336, 3 de junio de 1969: 13).

⁵⁸ Casasbellas lo dice claramente: “sí, en verdad, «lo que está en juego aquí y ahora no es el destino de un hombre, ni de un gobierno» [cita a Onganía] sino «el destino argentino», hay que abandonar la Torre de Marfil, escuchar al pueblo, construir con él el futuro y no contra él” (*Primera Plana*, N° 337, 10 de junio de 1969: 9).

⁵⁹ El artículo se refiere a que ante el planteo militar, “el Presidente trata de salvar la filosofía y el destino del régimen mediante el sacrificio de alguno o de todos los funcionarios. Tal sacrificio consiste en fundar un Estado militar-industrial, de alta eficacia y carácter oligárquico, apto para dar el ejemplo a América latina y desvanecer, en los próximos años, la amenaza de «la serpiente comunista»” (*Primera Plana*, N° 337, 10 de junio de 1969: 11).

también es cierto que el futuro ya no depende por entero de Onganía (Primera Plana, N° 337, 10 de junio de 1969: 11).

El cambio de gabinete, finalmente se produjo y para sorpresa tanto de las Fuerzas Armadas como de los medios de comunicación, *Primera Plana* incluida, Onganía lograba imponer una clara línea “nacionalista” en su tercer equipo, especialmente en el área política. Como ministro del Interior, el presidente de facto había designado al general retirado Francisco Imaz, con quien esperaba mantener la línea hasta el momento desplegada⁶⁰. Dicho nombramiento, por el cual Onganía había ignorado las “recomendaciones” de los Comandantes en Jefes, hizo especular al semanario sobre un posible golpe palaciego, el cual era inmediatamente desestimado por considerar que si el mismo se producía, las Fuerzas Armadas se encontrarían sin ningún plan político para continuar con la Revolución. Aun así, *Primera Plana* afirmaba que se había producido el divorcio definitivo del gobierno con los militares: “las Fuerzas Armadas no garantizan ya la seguridad del Gobierno, con semejante Gabinete a costas. Entonces, si Onganía da cualquier traspie, caerá solo, por inercia, de la Casa Rosada” (*Primera Plana*, N° 338, 17 de junio de 1969: 12).

En cuanto a Imaz, *Primera Plana* resalta la posición “comunitarista” del flamante ministro: “la Revolución, dice Imaz, tiene un compromiso histórico: el de imaginar y poner en marcha, con audacia creadora, nuevas formas de participación de la comunidad en los asuntos públicos”, a la vez que revela su pasado peronista, lo que presumiblemente hizo enfrentar al ministro con el Comandante del Ejército⁶¹. En resumidas cuentas, hay una fuerte oposición por parte del semanario a la gestión Onganía, especialmente en lo relacionado al modo en el que se desarrolló en los acontecimientos de Rosario y Córdoba y por las respuestas dadas a la crisis desatada *a posteriori*.

Dicho alejamiento por parte del semanario ¿hizo que la revista se acercase a la posición esgrimida por las Fuerzas Armadas? Creemos que es demasiado pronto para aseverar ello, ya que el sector castrense no tenía tampoco un rumbo fijo ni definida su posición, a lo que se le debe sumar la imprecisión por parte de *Primera Plana* en cuanto a su posición política.

⁶⁰ Asimismo, se designaba como Ministro de Economía a José María Dagnino Pastore, “un técnico de talento, aunque sin duda inexperto”.

⁶¹ Es que, mientras Lanusse se encontraba preso por el fallido intento de golpe del general Benjamín Menéndez, Imaz apoyó a Perón en su intento de resistir al golpe que finalmente, terminó desplazándolo del poder.

La ruptura

Sin lugar a dudas, la principal consecuencia de la explosión social antedicha, fue la generalización de un proceso de extrema violencia, que *Primera Plana*, a través de su editorialista, no dudaba en adjudicar como originada por la mala administración del gobierno de facto:

sin embargo [dice Casasbellas], esas consideraciones serían injustas si no buscáramos el verdadero origen de una crisis que ya ha provocado 23 muertes. Es la tozudez del Gobierno, que insiste en aislarse de la realidad y ver fantasmas, en no discutir el clamor popular que se levanta de los estallidos y prestarle atención. Su dureza, su incomprensión, sólo consiguen echar leña al fuego: el peor de los sistemas (Primera Plana, N° 340, 1 de julio de 1969: 9).

Como puede observarse en el anterior fragmento y en la lectura del artículo central sobre política nacional, para la revista el culpable de la situación de inestabilidad no es otro más que el propio Onganía, a quien acusan de “miopía”, de no aceptar su parte de responsabilidad en los sucesos y de adjudicar la reacción popular a un complot internacional. Es decir, Onganía introducía la conflictividad social en el conflicto Este-Oeste, algo que el semanario se encarga de resaltar cuando comenta el informe del CONASE sobre las revueltas:

en él se endilga “el proceder de las organizaciones subversivas que actúan en el país” a “la doctrina que obre el particular han fijado los ideólogos revolucionarios, en especial los marxistas, pudiendo advertirse una clara injerencia extranacional”. No se aducen pruebas, aunque se declara que “el enemigo interno no sólo amenaza al Gobierno sino a toda la sociedad argentina (Primera Plana, N° 340, 1 de julio de 1969: 10).

Con el uso de la retorica propia de la Doctrina de Seguridad Nacional, el gobierno esperaba torcer la opinión pública a su favor, algo que con *Primera Plana* no pudieron conseguir debido a la posición crítica que adoptó la publicación. Es que para el semanario la situación de “desestabilización y conflicto” comenzaba con la decisión del aumento de precio en los comedores universitarios de la Universidad del Nordeste, que provocó la movilización masiva del estudiantado, con la consecuente represión por parte de la policía que acabó con la vida del estudiante Juan José Cabral, seguida por una ola de protestas y movilizaciones que requirieron la intervención de las Fuerzas Armadas. Y este es otro factor que la revista observa con preocupación, al percibir que el sector castrense se había erigido como árbitro de la situación.

Por otro lado, *Primera Plana* se dedicó a analizar los cambios en la política económica. Con la salida de Krieger Vasena, se criticó duramente los efectos inflacionarios de su política, que en parte generaron las revueltas⁶², abriendo de este modo una nueva etapa en donde se tendría en cuenta la distribución de la riqueza entre los sectores medios y bajos, cuya calidad de vida se había visto disminuida por el proceso inflacionario⁶³.

Pero el panorama político distaba mucho de normalizarse, y en medio de fuertes tensiones, la situación generada en mayo de 1969 escribió un último capítulo: la clausura de *Primera Plana*. Luego de la publicación del número 345, el 5 de agosto de 1969, el gobierno de facto clausuró el reconocido semanario, debido a que la revista había dejado entrever un conflicto entre Onganía y el Comandante del Ejército.

“La ofensiva Lanusse”, que por otra parte es el título del citado ejemplar, comienza con el pedido de baja de dos altos oficiales del Ejército a pedido del Comandante en Jefe. De este modo, para el semanario, la maniobra de Lanusse

amenaza con descabezar a los mandos desleales del arma: exactamente, busca desplazar a los jefes considerados “nacionalistas”, dispuestos a transformar la índole del Gobierno, a “rescatar” a Onganía si éste se aviene a ello, o a terminar con él y con Lanusse de lo contrario (Primera Plana, N° 345, 5 de agosto de 1969: 11).

Por otro lado, la revista daba cuenta de un conflicto al interior de Ejército, entre la facción “nacionalista” que apoyaba a Onganía y la facción que deseaba

un avance material rápido, capaz de eclipsar las saudades del peronismo en las masas populares, para volver entonces el sistema “democrático”, en el cual los partidos tradicionales jugarían otra vez un rol protagónico. Se considera que este sector “liberal” está acaudillado precisamente por el general Lanusse (Primera Plana, N° 345, 8 de agosto de 1969: 11).

De igual manera, se planteaba la intención por parte de Lanusse de presentar a Onganía un pliego de condiciones que “en caso de repudio se decretaría la separación del Presidente”. Ante tal posibilidad, el “presidente” se marchó repentinamente de vacaciones a Villa la Angostura, para eludir de ese modo el, posible, planteo del Comandante del Ejército. En cuanto al planteo, para *Primera Plana*, Lanusse tenía la intención de pedirle a Onganía

⁶² “No es casual que en todos los recientes estallidos obreros-estudiantes las quejas contra la conducción económica hayan sido aun mas estrepitosas que el descontento contra el manejo político” (*Primera Plana*, N° 341, 8 de julio de 1969: 22).

⁶³ Para las críticas a la gestión Krieger Vasena y sobre los lineamientos de Dagnino Pastore, véase “Ditellianos: cuando me fui de Krieger”, *Primera Plana*, N° 341, 8 de julio de 1969: 21-22.

la participación obrera en las ganancias, un expediente son sabor a demagogia; las versiones señalaban que tras la propuesta, destinada a ganarse la opinión pública, el Comandante pedirá la defenestración del Ministro del Interior, del Secretario de la SIDE, de numerosos Gobernadores y del equipo de la Secretaría General de la Presidencia. Imposición final: que el Gobierno fije un lazo de gestión, al cabo del cual será necesario convocar a elecciones (Primera Plana, N° 345, 5 de agosto de 1969: 14).

Ahora bien, ¿por qué se clausura *Primera Plana*? Si tenemos en cuenta la aversión del semanario hacia el sistema político liberal y hacia todo tipo de “salida demagógica” como la que presumiblemente planteaba Lanusse; Onganía podía asegurarse, si no la lealtad hacia él de la revista, tampoco el apoyo a Lanusse. Creemos que el miedo a esto último, sumando a el hecho de que se insinuaba una ruptura entre los dos generales, generando una situación de inestabilidad, provocó la decisión de clausurar de la revista, pocos días después de la publicación del número 345.

Así finalizaba un periodo marcado por el apoyo masivo, en un principio, y el intento de legitimación de un gobierno claramente ilegítimo, seguido por la crítica a las acciones de gobierno, después. Y puede que “la ofensiva Lanusse”, haya sido la excusa necesaria, para finalmente sacar de circulación a una publicación de prestigio e influencia, que comenzaba a tronarse incomoda.

La etapa Periscopio y el fin del onganiato

Pero la clausura de *Primera Plana* no supuso la desaparición del proyecto periodístico iniciado por Timerman en 1963. Con ese fin, en septiembre de 1969, salía *Periscopio*. La nueva revista se presentaba como una continuación de *Primera Plana*, desde el punto de vista visual hasta editorial⁶⁴. Incluso, varias secciones de la anterior revista había logrado sobrevivir, como “Extravagario”, “Señoras y Señores” y “Vida Moderna”, como así también las secciones dedicadas a la política nacional y la economía.

A pesar de las semejanzas, el nuevo semanario presentaba algunas diferencias. Por un lado, y quizás la diferencia mas significativa, no había editoriales políticos ni económicos, por lo menos hasta mediados de 1970, cuando los acontecimientos del secuestro de Aramburu y la renuncia de Onganía, provocan la vuelta de los editoriales

⁶⁴ Victorio dalle Nogare, último director de *Primera Plana*, se mantuvo en el mismo puesto en la nueva publicación, que era editada bajo el sello de Editorial Primera Plana SRL, el mismo que el de su antecesora.

de Ramiro de Casasbellas. Incluso el “editorial” gráfico de Flax había desaparecido inicialmente, para reaparecer mas adelante. Ahora bien, ¿eran estos cambios producto del clima represivo y de censura, cuando no de auto censura? Sin lugar a dudas, luego de la clausura, la experiencia *Periscopio* procuró no ser tan crítica con el gobierno, manteniendo una postura “neutral” y acrítica, como puede observarse en el siguiente fragmento:

los círculos oficiales ya no disimulan que, con la partida del equipo liberal, han ganado en libertad de acción. El Presidente no rehúsa, ahora, el dialogo comprensivo con empresarios, trabajadores y vecinos; los Gobernadores no parecen creer, como antes, que su función consiste en mostrar caras de piedra a pueblos secularmente burlados en su ingenua fe. En áreas como Bienestar Social y Educación se respira una atmosfera nueva; continua la liberación de presos políticos y gremiales (Periscopio, Nº 9, 18 de noviembre de 1969: 8).

La falta de un editorial dificulta el análisis, ya que cuesta discernir la posición de la revista ante el gobierno. No obstante, podemos realizar algunas observaciones. En primer lugar, se nos presenta a un gobierno mas “amable” y propenso al dialogo, producto de la “partida del equipo liberal”, es decir Krieger Vasena, con lo cual también hay una postura editorial distinta de la hasta ahora vista. Porque si antes se discutía y ponía en tela de juicio la corriente “nacionalista” dentro del gobierno⁶⁵, ¿era ahora ésta la corriente movilizadora de cambios, que produciría la apertura del régimen hacia el dialogo⁶⁶?

Volviendo a *Periscopio*, resulta interesante algunas observaciones sobre las apreciaciones de la revista sobre la violencia política desatada en el país, y que por otra parte sería el tema predominante en ediciones subsecuentes. Habiendo analizado con anterioridad lo relacionado con las protestas y el accionar represivo por parte del gobierno y la fuerte crítica que realizó *Primera Plana* sobre ello; la nueva revista parecía haber revisado aquella vieja postura:

el Ministro del Interior, sin embargo, aprovechó un encuentro con periodistas durante una visita a Catamarca para repetir que “hay un plan de subversión en nuestro país, que no comprende únicamente a la República Argentina, sino a todas las naciones sudamericanas”. Nadie lo duda: la OLAS

⁶⁵ Recuérdese el claro sesgo “nacionalista” del tercer gabinete de Onganía y la posible fuente de conflicto con el Comandante del Ejército que abría la designación de los nuevos ministros. Véase, *Primera Plana*, Nº 338.

⁶⁶ Por otro lado, es importante que tengamos en consideración que el objetivo del “tiempo social”, luego de los violentos acontecimientos de mayo y junio, tenía por objetivo final no solamente desembocar en el “tiempo político”, sino también asegurarse una base social de apoyo para legitimar su accionar, presumiblemente, mediante la participación en elecciones.

(Organización Latinoamericana de Solidaridad), con sede en Cuba, lo ha revelado públicamente (Periscopio, N° 8, 11 de noviembre de 1969: 8).

Es toda una política –y no sólo económica- la que se derrumba en estas postrimerías de 1969. Se derrumban sin estrepito, salvo el de los absurdos actos de terrorismo contra empresas extranjeras, que la semana pasada causaron grandes daños materiales y de otro orden. Un avezado grupo extremista –sin duda, el mismo que debutó con el incendio de los supermercados cuando el viaje del Gobernador Rockefeller-procura, con fines pocos claros, que el Gobierno se obstine en una represión sin horizontes (Periscopio, N° 10, 25 de noviembre de 1969: 12).

Como se observa en las dos citas anteriores, hay un cambio en la postura sobre el origen de la violencia. Si durante los disturbios de Rosario y Córdoba, la revista culpabilizaba al gobierno por los mismos, al tiempo que desestimaba las acusaciones por parte de éste sobre un complot marxista, ahora no dudaba en adherir a las ideas del ministro Imaz y en introducir a las protestas sociales en la lucha ideológica Este-Oeste; como así también en justificar el accionar represivo del gobierno, debido a la “provocación de grupos extremistas”. De todas formas, la postura pasiva y permisiva para con el gobierno, duraría poco tiempo y antes de lo pensado, *Periscopio* retomaba la senda crítica.

Lo cierto era que el gobierno de Onganía se hallaba sumamente debilitado y jaqueado por todos los sectores. Las Fuerzas Armadas, demostraban su jerarquía y que claramente eran ellas las que gobernaban al país, viéndose el “presidente” subordinado a los mandatos del Comandante en Jefe del Ejército, el nuevo hombre fuerte del régimen, quien poseía las mayores posibilidades para reemplazar a Onganía al frente de la administración nacional. Paralelamente, como la revista se encarga de dejar en claro, comenzaban a producirse distintas maniobras por parte de los sectores “políticos”, para disputarles el poder a los militares. Por un lado el heterogéneo espectro del radicalismo, con Balbín y Frondizi a la cabeza, el general y ex presidente de facto Eugenio Aramburu en representación de los sectores liberales y el general Perón desde Madrid, movían sus piezas en una delicada partida de ajedrez, que era retratada semanalmente por la publicación⁶⁷.

⁶⁷ Véase: “Ceremonias de verano”, *Periscopio*, N° 12, 9 de diciembre de 1969; “La casa de los cuervos”, *Periscopio*, N° 14, 23 de diciembre de 1969; “Las paradojas de Belén”, *Periscopio*, N° 15, 30 de diciembre de 1969.

Por otra parte, la revista se hacía eco de un fenómeno que comenzaba a tornarse crónico. La toma de guarniciones militares y comisarias para el robo de armamento, algo que *Periscopio* no acertaba a decidirse si tales acciones comprendían a hechos aislados, cuasi “románticos”, o si por el contrario se estaba en presencia de un verdadero movimiento revolucionario:

se emitió la sospecha de que un sector del Gobierno intenta justificar la vigencia del estado de sitio; pero si los asaltantes buscaban esa finalidad, hubieran vuelto a volar los supermercados, sin arriesgar nada. Habrá que esperar unos días para saber si el frustrado copamiento fue un hecho aislado –bisoño alarde de algunos guerrilleros de café-, o si responde a un plan (Periscopio, N° 15, 30 de diciembre de 1969: 13).

La violencia que comenzaba a palpitar en el ambiente, será la que finalmente termine por implosionar al régimen. Y el detonante de ello, fue el secuestro y posterior muerte de una de las piezas del ajedrez político de aquel momento.

Es que el general Aramburu, comenzaba a jugar un fuerte papel en el armado político pos-dictatorial, o mejor dicho, para la salida política de la situación en que se encontraba el país. Para *Periscopio*, la figura de Aramburu comenzaba a ganar espacio, aunque era poco probable que pudiera enfrentarse con éxito en elecciones al peronismo. De él, decía la revista a principios de 1970 que posiblemente,

sólo ahora comienza a trascender, mas humano y mas político, sin miedo o prevención contra las corrientes populares, y decidido a enfrentarse con lo que haya de real en las clásicas figuras de la oligarquía y el imperialismo, agigantadas por la demagogia (Periscopio, N° 22, 17 de febrero de 1970: 10-11).

Lo cierto era que Aramburu, comenzaba a mostrar su juego con la clara intención de llegar a la Presidencia de la Nación. Y para ello, como lo revela la revista, debía tejer una complicada red de alianzas que incluía al peronismo⁶⁸. Ésta intención de Aramburu, de lograr un acuerdo con el radicalismo y el peronismo, suponía para el semanario la vuelta de la “partidocracia” y la demagogia populista.

¿Por qué era importante la figura de Aramburu? Lo era, no sólo por su peso político al momento de los acontecimientos narrados en el presente apartado, sino que también su importancia radicaba en que fue su secuestro y posterior muerte, lo que

⁶⁸ Sobre la pretensión de Aramburu de arribar a un acuerdo con las distintas fuerzas políticas, dice *Periscopio* que “confiesa ante quien quiera oírlo que «habla con todos»: se considera amigo de Frondizi, a quien secretamente admira; suele recordar, también, que Perón fue su profesor en la Escuela Superior de Guerra. Lo considera un hombre brillante y admite que su primer Gobierno fue exitoso; después perdió el dominio de sí mismo, ya no pudo asegurar la concordia entre los argentinos y fue necesario derrocarlo. El peronismo, sin embargo, es una realidad, y ha llegado el momento de convocarlo para reconstruir el país” (*Periscopio*, N° 22, 17 de febrero de 1970: 12).

terminó por cerrar el ciclo del *onganiato* en el poder. Claro que Onganía no se vio obligado a renunciar solamente por lo ocurrido a Aramburu, sino que fue un cumulo de cuestiones, entre las que se destaca el avance de la violencia política reflejada en la proliferación de distintas organizaciones guerrilleras que mas de una vez pusieron en ridículo al gobierno, tomando por asalto comisarias y almacenes militares para robar armamento.

También es cierto, que los primeros movimientos guerrilleros carecían de cierta logística y entrenamiento militar avanzado, por lo cual, como planteaba *Periscopio*, muchos de ellos no podían ser tomados en serio. Aun así, se ponía en relieve la escasa capacidad del gobierno para poner fin a la naciente guerrilla, como asimismo se resaltaba el fracaso de la imposición del orden, algo que ya había quedado demostrado con el *Cordobazo*. El secuestro de Aramburu, era el, nuevo, fracaso esperado por la cúpula de las Fuerzas Armadas, para desplazar a Onganía⁶⁹.

Propiamente, sobre le secuestro de Aramburu, *Periscopio* le dedica dos extensas notas en los números 37 y 38 de junio de 1970. En ellos, relata con detalle el secuestro y la “condena a muerte” por parte de Montoneros, al ex presidente de facto. Sobre esto último, la revista expresa su disgusto y oposición al naciente movimiento guerrillero. Aun así, deja por fuera la cuestión sobre la responsabilidad del gobierno en el acontecimiento. Será recién con el ejemplar 39, del 16 de junio de 1970, donde se dedique a analizar la renuncia de Onganía y el camino a seguir por la Revolución Argentina.

De este modo, *Periscopio* daba cuenta del acto por el cual se instituyó al general Roberto Levingston, calificado como un oficial “intelectual”, como nuevo “presidente” de la Nación. El almirante Pedro Alberto José Gnavi, Comandante de la Armada, pronunció un discurso en donde enumeraba las razones por las cuales, la Junta de Comandantes destituía a Onganía:

Gnavi le imputó “ausencia de ideas claras” en esa materia [en referencia al proceso de institucionalización de la Revolución], “la reiteración de tensiones sociales” y una “evidente sensación de inseguridad pública”. Sin embargo, en párrafos anteriores fue benévolo: “El país ha conseguido superar el crónico estancamiento alcanzando una tasa de crecimiento satisfactoria, completar e iniciar importantes obras de

⁶⁹ A ello se deben sumar los fracasos en materia de política económica, especialmente en lo relacionado a la inflación incontrolable; los continuos conflictos gremiales, con numerosas huelgas, y los problemas con las administraciones provinciales, especialmente en Córdoba y Tucumán, hicieron patente, a principios de 1970, el fracaso del gobierno nacional por instaurar una sociedad ordenada y moderna.

infraestructura, encarar la racional explotación de nuestras riquezas naturales y fuentes de energía, actualizar leyes de fondo y de procedimiento, y poner en marcha iniciativas que han de contribuir a incrementar el bienestar social". Tiembla uno al pensar lo que hallaran estos hombres, ahora que se informaran mejor (Periscopio, N° 39, 16 de junio de 1970: 13).

En cuanto a la figura de Onganía, el semanario realizaba la siguiente observación sobre su deposición:

pues resulta que el mandato de Juan Carlos Onganía era limitado, condicionado, como el de un Presidente constitucional, como el de un simple paisano: ¡y él sin saberlo! Concluía su misión, debía hacer elecciones y marcharse. Si a usted lo invitan, y usted se queda indefinidamente, lo echarán.

El Cordobazo le renovó, en lo inmediato, el respaldo del Ejército; y si este año se hubiera repetido -¡era lo que convenía y no raptar a Aramburu!-, Onganía estaría aun en la Casa Rosada. Pero, a la larga, ningún otro acontecimiento ha contribuido más a abreviar el término. Una vez disipado el peligro, los mandos comprendieron: debían enfrentarse con el pueblo cada vez que el Gobierno se equivocara. ¿Por qué, entonces, no gobernar? (Periscopio, N° 39, 16 de junio de 1970: 13-14).

Se puede concluir de los anteriores párrafos que por un lado, y de un modo un tanto irónico, Onganía estaba lejos de ser aquel “hombre fuerte” que *Primera Plana* había promovido en un primer momento, para ser simplemente un instrumento, una herramienta de la Junta de Comandantes, que eran los que efectivamente tenían el poder. Y es con la designación de Levingston, que las Fuerzas Armadas deciden pasar a la ofensiva y tomar el gobierno en sus manos. Asimismo, se declara que el secuestro de Aramburu y el incontenible avance de la guerrilla, era la gota que había rebalsado un vaso de por sí, ya bastante cargado.

Lo que efectivamente había ocurrido, y *Periscopio* se encarga de poner en limpio, era que las indecisiones y la falta de claridad, de un rumbo fijo, habían sellado la suerte de Onganía, quien aparentemente había entendido que su función sería *in eternum*, algo que no era compartido ni por la cúpula militar ni por la sociedad en su conjunto. La extrema lentitud con que el gobierno de Onganía pretendía llegar al “tiempo político”, algo que Grondona le reclamaba en los primeros días de la Revolución, provocó la decisión de su remoción⁷⁰.

⁷⁰ En el artículo sobre la asunción de Levingston, se da a conocer un memorándum secreto, escrito a pedido de Lanusse, donde se resumen las principales fallas del onganiano, a saber “1, pérdida de impulso del proceso revolucionario; 2, lentitud de las obras de

El mencionado e histórico número de *Periscopio*, cierra la extensa sección dedicada al “cambio” de gobierno, con un racconto sobre la vida privada y pública del depuesto “mandatario”. En ella, se reflejan una serie de elementos que tienden a opacar aun más la imagen de Onganía, considerándolo un militar regular cuando no mediocre, que logró sus asensos gracias al escalafón y no por haberse destacado en algo. De igual manera, se presenta su costado más mesiánico y ególatra, debido a que él mismo se consideraba una especie de Rey omnipotente y omnisapiente⁷¹.

Así, la revista que lo había ayudado a llegar al poder, ahora lo enterraba bajo un manto de injurias, en gran medida ganadas a costa del sufrimiento de buena parte del pueblo de la Nación Argentina. Claro que todavía, el verdadero calvario aun no había comenzado.

desarrollo; 3, ineficacia de diversos funcionarios; 4, silencio oficial ante la denuncia de negociados y vinculaciones con intereses extranjeros; 5, falta de ideas concretas sobre el desarrollo y la salida revolucionaria; 6, temor por las derivaciones de un proceso sin consultas; 7, graves tensiones por la difícil situación de los sectores populares”. Además, se hace referencia a una reunión entre Onganía e importantes oficiales, en donde el “mandatario” contestó con evasivas las preguntas de los oficiales y divagó largamente sobre su idea de comunidad, poder político y poder militar. La reunión, que según el semanario, fue calificada por un cercano colaborador, anónimo, de Lanusse como penosa, fue en gran medida la que terminó por sellar el destino de Onganía. Véase: “Estalló el tiempo político”, *Periscopio*, N° 39, 16 de junio de 1970: 12-14.

⁷¹ En uno de los fragmentos mas relevantes de la nota, el cronista dice lo siguiente: “...su esfuerzos por rodearse de tecnócratas indicaron mas de una vez que, en el fondo de su alma, seguía negándose a ver políticamente la realidad. Admirador de Franco, hasta la pompa oficial que él restauró lo asimilaba a un Rey. En mayo de 1969, el incendio de Córdoba agota sus reservas de paciencia y, sin duda, acentúa su religiosidad: poco después consagra el país al Corazón de María y, así tonificado, endurece aun mas la vida de sus conciudadanos”. Véase “Ocho años de reinado”, *Periscopio*, N° 39, 16 de junio de 1970: 20.

CONCLUSIÓN

El presente trabajo pretendió responder a las preguntas sobre cuál había sido el rol de la revista *Primera Plana*, durante el periodo del *onganiato*, y cómo fue la relación entre el gobierno de facto y la publicación que lo apoyó en los momentos previos al golpe de 1966. Recuérdese que el interés por realizar esta investigación, radicaba en el relativamente escaso conocimiento de la problemática, durante los primeros años de la Revolución Argentina, teniendo en cuenta el apoyo inicial del que dábamos cuenta antes y cómo había terminado dicha relación.

Por otro lado, es indudable que *Primera Plana* fue una de las publicaciones más importantes e influyentes del país durante la década de los `60, por lo cual la hacía un actor sumamente relevante a la hora de analizar el inicio de un periodo que presenta distintas aristas, como fueron las experiencias semi-democráticas, la lucha por el retorno de Perón, la intervención de las Fuerzas Armadas en política, la influencia del contexto internacional en los acontecimientos argentinos, los golpes de Estado, los cambios culturales y fundamentalmente, la violencia política. Todas estas cuestiones se vieron reflejadas, de algún modo, en las páginas de la revista a lo largo del periodo estudiado.

De igual manera, *Primera Plana* tuvo un especial interés por promover la modernización del país, tanto del punto de vista económico como cultural, haciendo mayor énfasis en la última. Si bien no fue objeto del presente trabajo analizar la sección dedicada al arte y la cultura, es sumamente importante que tengamos en cuenta que dicha sección, promovió las principales corrientes vanguardistas del campo artístico. Asimismo, también podemos observar una creciente promoción y difusión de la última moda y el consumo de determinados artículos, elementos estos que ayudaban a la modernización productiva y cultural del país. En cuanto a lo relacionado con el tema económico, la promoción de la industria pesada ligada al capital extranjero, como así también al libre mercado, hicieron que la publicación adoptara un perfil editorial ligado, en lo económico, al liberalismo.

Pero, ¿y lo político? Y más importante aún, ¿cuál fue el rol de la revista durante el *onganiato*? Aquí ya comenzamos a disgregar nuestro objeto propio de estudio. Primero y principal, hemos podido observar un fuerte rechazo a la política de tipo liberal, especialmente en lo relacionado a la democracia de partidos. Pero ello no significa que la revista haya brindado un apoyo incondicional al régimen de Onganía,

quien en contrapartida se oponía o por lo menos representaría a quienes se oponían a aquella forma de hacer política.

Si bien desde sus primeros números post-golpe, *Primera Plana* trató por todos los medios de legitimar la figura de Onganía, pronto quedó demostrado que el presidente de facto, estaba muy lejos de ser el líder que el semanario había creído descubrir en el periodo anterior, cuando era presentado como la antítesis del presidente Illia. De ese modo, la puja entre las facciones que formaban parte del BA, es decir la liberal y la paternalista, este último también denominado por la revista como “comunitaristas” o “nacionalistas”, fueron las que en gran medida terminaron definiendo los posicionamientos políticos no sólo de los distintos actores involucrados, sino también a *Primera Plana*.

Y es que si bien, la revista percibía como perjudicial para la Argentina al sistema de gobierno de tipo liberal, tampoco acordaba con la propuesta corporativa, desplegada por Onganía y sus ministros del Interior. De hecho, queda cierto vacío en lo referente a este punto, ya que la publicación nunca expresó una opinión concreta sobre cuál sería una forma óptima de gobierno. Si puede rastrearse una cierta línea de afinidad, con la experiencia *gaullista*, en el sentido de que para la revista, y especialmente para Mariano Grondona en sus primeros editoriales, lo mejor era contar con un líder fuerte y carismático, que apelara a un régimen plebiscitario y que contará con la participación popular. Para ello, el gobierno debería ganarse la voluntad popular, algo que con la intervención en las universidades y el fuerte clima represivo y de censura, sumado a las falencias de la política económica que generaron grandes malestares con el encarecimiento de la calidad de vida y el empobrecimiento de bastas zonas periféricas, como Tucumán, no pudo conseguirse.

Por este motivo, la revista brindó su apoyo a la Universidad y al estudiantado, frente al embate dictatorial; mientras que en lo relativo a los sindicatos, tuvo la posición contraria, por considerarlos como elementos subversivos, que atentaban contra el orden de la sociedad. Además, tras los sindicatos se encontraba la figura de Perón, a quien la revista se oponía.

En cuanto a las políticas económicas desplegadas por el *onganiato*, por un lado tenemos la fuerte crítica que ejerció el semanario a la gestión Salimei, por considerarla como “anacrónica” e ineficiente, debido al aumento de la inflación y a la devaluación de la moneda, registradas en su corta gestión. En segundo lugar, lo relativo al periodo

Krieger Vasena, *Primera Plana* brindó un apoyo crítico. Si bien el segundo Ministro de Economía de Onganía, estaba mucho más cerca ideológicamente a la revista que Salimei, ciertas cuestiones de su mandato generaron resquemores, especialmente lo vinculado al rol del Estado. Como se recordará, el Estado tuvo un importante papel en lo referente a la inversión de obra pública, al no poder obtener la financiación externa a largo plazo que requería el gobierno, en forma de inversión directa.

Y ya que hablamos de críticas, no debemos dejar de lado la oposición de la revista a los ministros del Interior. Desde Martínez Paz a Imaz, las gestiones de los tres ministros fueron duramente criticadas, por considerar que sus propuestas rozaban el fascismo. Es así como, la idea defendida por el gobierno de una “comunidad organizada” mediante la creación de “Consejos Asesores” primero en las orbitas provinciales, para pasar luego al nivel nacional no tuvieron el apoyo que a Onganía le hubiera gustado recibir de *Primera Plana*.

Más tarde, la revista se tornaría incómoda para el gobierno, por las constantes críticas efectuadas a la administración nacional, aunque debemos destacar que en ningún momento *Primera Plana* propuso el desplazamiento de Onganía, salvo cuando al tratar las consecuencias de la explosión social, comenzó a elevar a la figura de Lanusse como un posible remplazo. Esto último, lo consideramos muy relativo, porque el entonces Comandante del Ejército estaba asociado, políticamente hablando, con sectores liberales, lo cual para el semanario no representaba una opción viable. Por lo tanto, Onganía cometió un error al clausurar la revista si creía que la misma estaba posicionado a un futuro reemplazo.

Luego con *Periscopio*, podemos apreciar que en los primeros números, la nueva revista adopta una posición conciliadora con el régimen, llegando a aceptar las justificaciones del mismo, cuando hasta hacía sólo unos pocos meses atrás, los había desechado. Pero la “luna de miel” entre el nuevo proyecto editorial y la dictadura, duraría poco y *Periscopio* retomaría la senda crítica, haciendo foco en el incipiente clima de violencia que comenzaba a respirarse.

Los continuos ataques y robos a delegaciones policiales y cuarteles militares, hacen pensar a la revista que el objetivo de ordenar la sociedad, el caballito de batalla del *onganiato*, había sido una mera ilusión. El secuestro de Aramburu, fue el disparador que puso fin a los intentos de un gobierno que pretendía erigirse como eterno. Y la revista, apoyó el desplazamiento del “hombre fuerte” de la política.

En síntesis, podemos concluir que en relación al rol que jugó la revista, el mismo estuvo dado en un primer momento a legitimar la figura de Onganía, frente a la opinión pública, especialmente ante el público al que estaba dirigido el semanario. Un público selecto, cultural y económicamente, asociado a empresas extranjeras o a entidades corporativas como la Bolsa de Comercio, la Unión Industrial Argentina, la Sociedad Rural o el Jockey Club.

A la vez, la revista adoptó, especialmente mediante Mariano Grondona, un rol que podríamos denominar como de “*consejero del príncipe*”, ya que de un modo didáctico, trató de aconsejar al gobierno sobre cómo llevar a cabo las distintas políticas y cómo lograr el apoyo de la sociedad. Y éste rasgo, no será abandonado por la revista, ni siquiera con el alejamiento de Grondona, lo que pudimos observar cuando con motivo del *Cordobazo*, la publicación trata por todos los motivos de indicar el camino a seguir. Algo que el régimen, en su carácter omnisapiente, prefirió ignorar.

En cuanto a la relación gobierno-revista, la misma estuvo atravesada, como hemos podido apreciar en nuestro análisis, por tres etapas. Una primera, donde la revista se dedicó a legitimar al régimen, pero que a la vez lo encontró opuesto a él, en lo relativo a la intervención en las universidades y en la política económica. Una segunda etapa, la relación se restablece con fuertes críticas, pero es indudable que *Primera Plana* no dejó de apoyar al gobierno en ningún momento. Finalmente, es con la tercera etapa en que la relación termina rompiéndose, por los continuos errores del gobierno y por una situación social que era insostenible, llegando a extremo de que la revista fue clausurada.

BIBLIOGRAFÍA

Libros y artículos

- ALVARADO, Maite y ROCCO-CUZZI, Renata (1984). “Primera Plana: el nuevo discurso periodístico de la década del `60” en *Punto de vista* N° 22, diciembre. Disponible en: <http://www.rehime.com.ar/escritos/documentos/idxalfa/a/alvarado.php>
- BARTOLUCCI, Mónica (2006). “Juventud rebelde y peronista con camisa. El clima cultural de una nueva generación durante el gobierno de Onganía” en *Estudios Sociales*, año XVI, primer semestre. Universidad Nacional del Litoral. Disponible en: <http://bibliotecavirtual.unl.edu.ar:8180/publicaciones/handle/1/476/items-by-author?author=Bartolucci%2C+M%C3%B3nica>
- BERGONZI, Juan Carlos (2006). “Comunicación y golpes de Estado: la autocracia al poder” en *Revista de la Facultad* N° 12. Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Universidad Nacional del Comahue. Disponible en: http://fadeweb.uncoma.edu.ar/medios/revista/Revista_12/05Juan_Carlos_Bergonzi.pdf
- BERNETTI, Jorge Luis (1998). *El periodismo argentino de interpretación en los `60 y `70. El rol de “Primera Plana” y “La Opinión”*. Ponencia presentada en el IV Congreso de ALAIC. Disponible en: http://www.catedras.fsoc.uba.ar/rlevenberg/paginas/bernetti_primera_plana_y_la_opinion.pdf
- CALELLO, Osvaldo y PARCERO, Daniel (1984). *De Vandor a Ubaldini*. Buenos Aires, CEAL.
- CAVAROZZI, Marcelo (2006). *Autoritarismo y democracia*. Buenos Aires, Ariel.
- CASTILLO ESPARCIA, Antonio (2011). “Los medios de comunicación como actores sociales y políticos” en *Razón y Palabra* N° 75, febrero-abril. Disponible en: http://www.razonypalabra.org.mx/N/N75/monotematico_75/12_Castillo_M75.pdf
- COUSINS, Cyrus Stephen (2008). “General Onganía and the Argentine [military] revolution of the right: anticommunism and morality, 1966-1970” en *Historia Actual On Line* N° 17, otoño. Universidad de Cádiz. Disponible en: <http://www.historia-actual.org/Publicaciones/index.php/haol/article/view/268/256>
- DE RIZ, Liliana (2000). *La política en suspenso 1966-1976*. Buenos Aires, Paidós.

-FREIDENBERG, Flavia (2004). “Los mass media: ¿también son actores?” en MARTI I PUIG, Salvador *Materiales Interpretativos para una ciudadanía activa*. Salamanca. Universidad De Salamanca Y Junta De Castilla y León (CD). Disponible en:

<http://campus.usal.es/~dpublico/areacp/materiales/Mediosdecomunicacion.pdf>

-GORDILLO, Mónica (2007). “Protesta, rebelión y movilización: de la resistencia a la lucha armada, 1955-1973” en JAMES, Daniel (Dir.). *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*. Nueva Historia Argentina. Tomo IX. Buenos Aires, Sudamericana.

-JAMES, Daniel (2005). *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina 1946-1976*. Buenos Aires, Siglo XXI.

-JAMES, Daniel (2007). “Sindicatos, burócratas y movilización” en JAMES, Daniel (Dir.). *Ob. Cit.*

-JAMES, Daniel (Dir.). (2007). *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*. Nueva Historia Argentina. Tomo IX. Buenos Aires, Sudamericana.

-LAGUADO DUCA, Arturo (2006). “Onganía y el nacionalismo militar en Argentina” en *Universitas Humanística* N° 62, julio-diciembre. Pontificia Universidad Javeriana. Disponible en: http://www.javeriana.edu.co/Facultades/C_Sociales/universitas/62/laguado.pdf

-LIPPMANN, Walter (1964). *La opinión pública*. Buenos Aires, Compañía General Fabril S.A.

-LOPEZ, Ernesto (1985). “Doctrinas militares en Argentina. 1932-1980” en MONETA, Carlos, LOPEZ, Ernesto y ROMERO, Aníbal. *La reforma militar*. Buenos Aires, Legasa.

-LOPEZ, Ernesto (1987). *Seguridad nacional y sedición militar*. Buenos Aires, Legasa.

-MAZZEI, Daniel (1997a). *Los medios de comunicación y el golpismo. La caída de Illia 1966*. Buenos Aires, Grupo Editor Universitario.

-MAZZEI, Daniel (1997b). “Primera Plana: modernización y golpismo en los sesenta” en *Realidad Económica* N° 148.

-McCONBS, Maxwell (1996). “Influencia de las noticias sobre nuestras imágenes del mundo” en BRYANT, J. y ZILLMANN, D. (Comps). *Los efectos de los medios de comunicación. Investigaciones y teorías*. Barcelona, Paidós.

- MELON PIRRO, Julio Cesar (2009). *El peronismo después del peronismo*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- MENENDEZ, María Cristina (2001). *La impronta mediática sobre la teoría política*. Ponencia presentada en el V Congreso Nacional de Ciencia Política, Universidad Nacional de Río Cuarto. Disponible en: <http://www.saap.org.ar/esp/docs-congresos/congresos-saap/V/docs/smulovitz/maria-cristina-menendez.pdf>
- MIGUEZ, María Cecilia (2012) “Illia y Santo Domingo: de las columnas de Primera Plana al golpe de Estado” en *Ciclos en la historia, la economía y la sociedad* N° 40, Vol. 20, julio-diciembre. Disponible en: <http://www.scielo.org.ar/pdf/ciclos/v20n40/v20n40a02.pdf>
- MIGUEZ, María Cecilia (2013) “¿Anticomunistas, antiestatistas, antiperonistas? La “nacionalización” de la doctrina de seguridad nacional en la Argentina y la legitimación del golpe de Estado de 1966” en *Revista SAAP*, Vol. 7, N° 1, mayo.
- O'DONNELL, Guillermo (1977) “Estado y alianzas en la Argentina 1955-1976” en *Desarrollo Económico* Vol. 16 N° 64.
- O'DONNELL, Guillermo (2009). *El estado burocrático autoritario*. Buenos Aires, Prometeo.
- OLLIER, María Matilde (2005). *Golpe o revolución. La violencia legitimada, Argentina 1966-1973*. Buenos Aires, EDUNTREF.
- PIÑEIRO, Elena (2002). “Medios de comunicación y representación política: el caso Primera Plana (1962-1966)” en *Revista Temas de Historia Argentina y Americana* N° 1, noviembre. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Católica Argentina.
- POTASH, Robert (1994). *El ejército y la política en la Argentina 1962-1973*. Tomo III. Buenos Aires, Sudamericana.
- PUJOL, Sergio (2007). “Rebeldes y modernos. Una cultura de los jóvenes” en JAMES, Daniel (Dir.), *Ob. Cit.*
- ROCK, David (1993). *La Argentina autoritaria. Los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública*. Buenos Aires, Ariel.
- ROUQUIE, Alain (1994). *Poder militar y sociedad política en la Argentina*. Tomo II. Buenos Aires, Emecé.

-TARONCHER, Miguel Ángel (2004). *Periodistas y prensa semanal en el golpe de Estado del 28 de junio de 1966. La caída de Illia y la Revolución Argentina*. Tesis doctoral no publicada. Universidad de Valencia. Disponible en:

<http://www.tdx.cat/bitstream/handle/10803/9957/taroncher.pdf?sequence=1>

-TARONCHER, Miguel Ángel (2009). *La caída de Illia. La trama oculta del poder mediático*. Buenos Aires, Vergara.

-TCACH, Cesar (2007). “Golpes, proscripciones y partidos políticos” en JAMES, Daniel (Dir.). *Ob. Cit.*

-TERAN, Oscar (2013). *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina*. Buenos Aires, Siglo XXI.

-VIEYRA, Juan Cruz (2002). *Sistemas de comunicación modernos y opinión pública. La transición imposible en la Argentina de los '60*. Ponencia presentada en el V Congreso Nacional sobre Democracia, Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario.

Publicaciones periódicas

Revista *Primera Plana*: julio 1966-agosto 1969.

Revista *Periscopio*: septiembre 1969-junio 1970